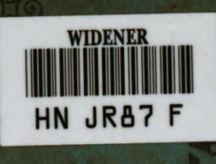


SARA

NOVELA ORIGINAL

DE

FELIPE PÉREZ

1883

BOGOTA
IMPRENTA DE ECHEVERRÍA HERMANOS

SARA

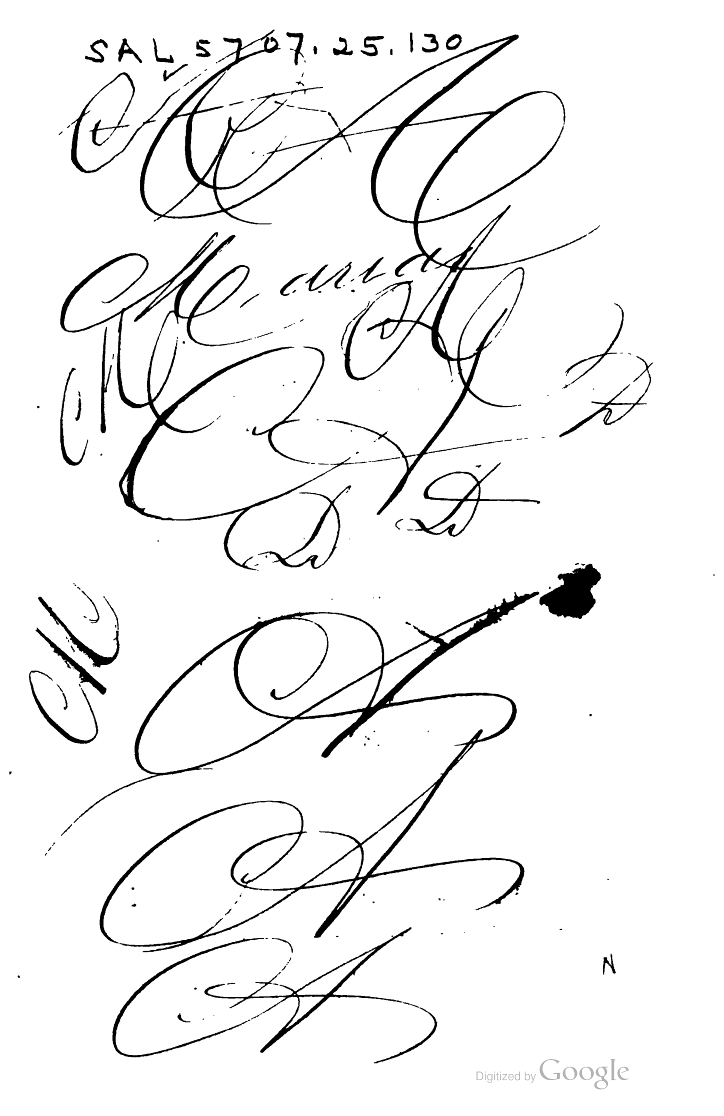
NOVELA ORIGINAL

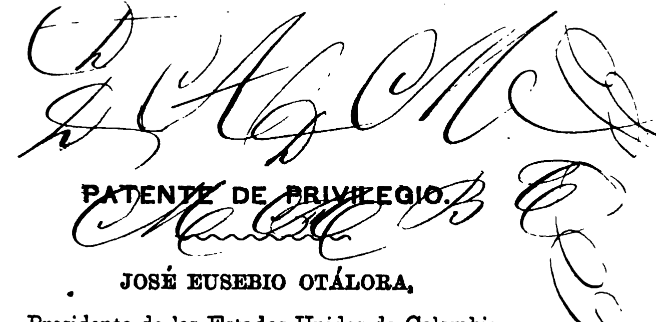
DE

FELIPE PÉREZ

1883

BOGOTA
IMPRENTA DE ECHEVERRÍA HERMANOS


SAL 5707.25.130
N



PATENTE DE PRIVILEGIO.

JOSÉ EUSEBIO OTÁLORA,

Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

HACE SABER

Que el señor Cárlos Plata, en su calidad de Intendente de la "Sociedad protectora de niños desamparados," ocurrió al Poder Ejecutivo solicitando privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de la propiedad del señor Felipe Pérez, quien la regaló á los "niños desamparados," y cuyo título, que ha depositado en la Gobernacion del Estado soberano de Cundinamarca prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue:

"SARA."

Por lo tanto, en uso de la atribucion que le confiere el artículo 66 de la Constitucion, pone, mediante la presente, á los "niños desamparados" en posesion del privilegio por el término de quince años, de conformidad con la Ley 1.ª Parte 1.ª Tratado 3.º de la Recopilacion Granadina, "que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias y algunas otras."

Dada en Bogotá, á primero de Octubre de mil ochocientos ochenta y tres.

(L. S.) JOSÉ E. OTÁLORA.

El Secretario de Fomento,

Manuel Laza Grau.

V

Señor doctor Rafael Pulido, Presidente de la Junta directiva del Asilo de niños desamparados de Bogotá.

Junio 15 de 1883.

Muy señor mio.

Cumplo la palabra que tenia dada á usted enviándole un pequeño romance, cuyo título es "Sara." Usted puede hacer imprimir y vender ese romance por cuenta de los niños desamparados de Bogotá.

Hubiera querido hacer algo más notable, pero no me lo han permitido mis fuerzas. La sociedad verá solamente mi propósito y lo coadyuvará con su benevolencia acostumbrada.

Felicito á usted como siempre por el caritativo interes y la paternal constancia con que trabaja por mejorar la suerte de los niños desgraciados.

Soy su amigo y estimador,

FELIPE PÉREZ.

Número 1,016.

Sociedad protectora de niños desamparados.

Señor doctor Felipe Pĕrez.

Bogotá, Junio 16 de 1883.

Mi muy estimado señor y amigo.

Agradecido á usted como presidente de la Junta directiva, tambien lo estoy como amigo y como sacerdote, puesto que de todos tres títulos hice uso al suplicarle que escribiera la obra que he tenido la honra de recibir junto con su muy atenta nota, fecha de ayer.

El único premio que usted buscaba lo ha obtenido: servir con su pluma á la causa de la orfandad. Ojalá que otros escritores sigan tan noble ejemplo.

No es esta la primera vez que usted demuestra con hechos que más puede su benevolencia que el ascendiente del dinero.

No terminaré esta nota sin recordar lo

que dijo Ovidio en cierta ocasion para aplicarlo en la presente: "Pague el cielo lo que yo ni con la lengua ni con los afectos puedo reconocer y agradecer."

Soy de usted muy atento y seguro servidor y amigo,

RAFAEL PULIDO.

SARA.

PARTE PRIMERA.

I

Era un sábado. Se acababa la tarde y una noche serena se extendia por todo el amplio horizonte de.... En la puerta de una rica casa se detenian de instante en instante multitud de carruajes, de los cuales salian muchas personas jóvenes y alegres—quizá hasta enamoradas—en cuyos cuerpos todo era elegante y lujoso, y en cuyos labios no habia sino sonrisas y palabras de expansion.

Las flores y las cortinas que la adornaban, que en aquella vez eran más numerosas que de costumbre, habian convertido la casa de que hablamos en una especie de canastilla gigantesca, en la que las muchachas bonitas hacian el papel de mariposas. Una orquesta escogida tocaba entusiasmadamente ¿ Qué habia en aquella casa? Una boda? No. ¿ Un baile? No: un bautizo. Un matrimonio elegante hacia inscribir á su primogénito en el voluminoso libro de los cristianos, y no lo hacia al aire libre del cielo ni con las aguas del Jordan, sino con la pompa de los afortunados de la tierra. El recien nacido era, aparte de esto, un guapo chico y sobre él llovieron aquella noche dijes, lisonjas, encajes y joyas. La riqueza suele ser espléndida cuando se combina con la vanidad.

Los padres del niño y sus padrinos habian convenido al fin en que se le nombrase Napoleon-Alejandro, para transigir una disputa de seleccion de nombre que iba causando un rompimiento entre personas

tan honorables y tan sérias. La abuela habia alegado porque se le llamase Gengis-Khan, y sus primitas, que eran otros tantos pimpollos, para que se le diese el nombre de Cárlos, de Alberto ó de Arturo, que eran los nombres de moda segun ellas. Ademas, no faltó quienes quisiesen que se pusiese al rico heredero el nombre de Bravonel, ni más ni ménos que si se tratara de un perro. Hay extravagancias que aspiran al sello del buen tono.

Una vecina yá entrada en años, que cultivaba en secreto las musas, Laura Pinares, dijo al saber esos altercados y esas opiniones: "¿Habria cosa más sencilla que llamarlo Child-Harold? Si yo hubiera tributado culto al dios Himeneo y hubiera tenido una hija, la habria nombrado sin vacilar La Henriada."

En aquella misma noche y no léjos de aquella casa tenia lugar una escena de otro órden. En una pieza húmeda, oscura, albergue eterno del hambre y de la desesperacion, agonizaba una mujer infeliz. Era esta mujer casada y lavandera. A su ma-

rido lo habian obligado por la fuerza á servir de soldado, pues pertenecia al número, no escaso por cierto, de aquellos á quienes les toca, en todas partes, decidir en los campos de batalla las cuestiones que no son suyas ni de su provecho. Ocho meses hacia que lo habian cogido una noche al salir del taller en donde ganaba el pan de su familia, que le habian puesto la blusa — camisa de fuerza del infeliz — y lo habian metido en un batallon que al dia siguiente estaba distante tres leguas de la capital.

Qué habia sido de él? Nadie lo sabia. Durante esos ocho meses habian tenido lugar varios combates y en dos ó tres partes militares se hallaban estas palabras de costumbre: "Heridos, el nunca bien ponderado Capitan *** ; muertos, dos sargentos y siete soldados." ¿ Habia sido nuestro recluta de este número? Parece que sí.

¿ Se habia vuelto vicioso é insensible en las filas hasta el punto de haber olvidado á su mujer y á sus hijos? Quizá.

Cuando un pobre hombre no tiene de-

lante de sí sino el plomo enemigo y por detras el recuerdo de un hogar ocupado por la miseria, en donde lloran sus hijos de hambre y de frio, en donde su mujer reza ó se prostituye compelida á ello por la necesidad ó por la falta de educacion moral; y cuando su jefe le dice: "Acechad á todas horas, matad á todas horas; pillad cuando podais para vivir; sed cruel porque los grandes de nuestro país nos tienen en este campo de asesinato y de violencia y porque no tenemos más ley, más dios, ni más esperanza que nuestro propio sable".... cuando esto sucede, decimos, ¿ qué puede tener de extraño que el hombre huya de los abismos de la sociedad para caer en los abismos del alcohol? Los que las damos de moralistas decimos que todos debemos oponer un pecho fuerte á los embates de la mala fortuna; que debemos sonreir á la desgracia; más, ¿ quién ha probado que el rebaño de la humanidad (el mayor número de ésta) ha sido fundido en el molde de Job?

Mirad lo que pasa en la selva. Cuando

la sacuden de firme las alas del huracan, caen todas las hojas secas de ella, todas las hojas débiles, y por una encina que se arranca de cuajo desaparecen en el turbion todos los arbustos y todas las flores.

Ah! si los bosques fueran de granito.... ah! si la humanidad se compusiera de grandes caractéres.... Pobres de nosotros! no somos sino átomos en presencia de las fuerzas superiores.

Juan Mártir fué llevado al matadero como tantos otros, y no se volvió á saber de él. Su mujer, Ana, se murió de hambre, sus hijos crecieron en la orfandad y en el pecado, que es el camino del delito; pero eso no causó extrañeza ni desagrado á nadie, porque esa es la historia de todos los dias. Ademas, los grandes intereses de la política, las razones de Estado.... y en fin....

Que haya un cadáver más qué importa al mundo!

Para los Gobiernos — que son entes de razon — el reclutamiento no es una lepra sino una necesidad; decimos más: es un *derecho*.

Hay que tener gordos á los cañones y los cañones no comen sino carne de soldado.

Por otra parte, no faltan compensaciones, aunque sarcásticas. Nuestra abuela solia cantar:

Martin Batatas
Se fué á la guerra.
Le rompieron un brazo,
Luégo una pierna;
Y despues de difunto
¡Quién lo creyera!
Lo hicieron condestable
De Tragatierra.

Los hombres son iguales delante de la ley; sin embargo, la ley no es siempre igual delante de los hombres. Entre los romanos se disolvia el matrimonio cuando el marido caía prisionero ó era reducido á la esclavitud, ó cuando no se tenia noticia de él durante cinco años. Entre los modernos el reclutamiento arrebata los maridos y no les da nada en cambio á sus mujeres, ni pan ni libertad, puesto que nadie cuida de eso. Los hogares descabezados por el re-

clutamiento arreglan sus negocios como pueden, ó no los arreglan.

Cuéntase que en cierto distrito habia sido expedida una ley que prohibia las corridas de toros. Sin embargo, un dia hubo en ese lugar corridas de toros, y un buen hombre á quien le gritaron que se hiciera á un lado para que no lo estropeasen esos animales dijo: "Estropearme? cómo! Y la ley? y la ley?" Este desgraciado tenia al ménos más lógica que la autoridad. Esa lógica lo perdió.

La lavandera de que hablamos abandonó sus quehaceres y su familia y corrió hácia arriba y hácia abajo en busca de su marido. Lo más que consiguió fueron noticias confusas y contradictorias. Le lloró al Alcalde y al Jefe del cuartel; echó de empeño á los señores de las casas de donde lavaba las ropas, y acabó por perder toda esperanza. Entónces la infeliz lloró para sí misma y rezó. Tambien supuso que su marido le enviaria noticia de su paradero, y hasta llegó á creer que se desertaria y que una noche cualquiera ven-

dria á llamar quedito á la puerta; mas, una vecina á quien le habló de esto le dijo:

—Dios no lo permita: lo fusilarian.

—Qué dices, Plácida!

—Sí, á los desertores los fusilan, insistió Plácida lacónicamente.

—Yo lo ocultaria.

—Nada hay oculto para el Gobierno.

—¿Quién habria de saber que estaba aquí?

—¿Tienes confianza en Blas, el sastre remendon de la esquina? Le crees á Toribio el cordelero? Ana, las gentes no son buenas.

—Me tendrian lástima.

—No te engañes. No habria llegado aquí Pedro cuando empezarian yá los cuchicheos, las miradas sospechosas echadas sobre ti y sobre tu vivienda; y cualquier dia por quítame estas pajas – y partido el golpe de donde tú ménos lo esperaras – hallarias la calle llena de soldados, rondarian las casas y se llevarian á Pedro al patíbulo. No, no pienses en eso.... Además, ¿de qué te serviria un hombre escon-

dido? Molino parado no gana maquila. Sería una boca más y una boca inútil.

—¿Qué haré entónces?

—Tener paciencia; trabajar y tomar las cosas como vengan. Pedro volverá con las tropas del Gobierno.

Ana al parecer quedó convencida. Se dejó de gimotear y volvió á coger el camino del rio con el lío de la ropa en la espalda y su muchacho cogido de la mano.

Cuando no podia llevar consigo á éste cerraba la tienda, lo echaba á la calle como un perro y le decia á Plácida:

—Comadre, cuide á Gil: queda por ahí.

Otras veces y como castigo á éste, que habia estado tonto, lo dejaba encerrado de seis á seis. El muchachito empezaba por llorar mucho y recio, despues apénas sollozaba y por último se dormia fatigado por el hambre, el cansancio y el frio. Cuando su madre lo dejaba en el aire libre, buscaba piedrecitas en el arroyo, hacia casitas de barro con otros muchachos ó se acostaba al sol y á la lluvia como los cerdos

de la vecindad. La tia Plácida solia llamarlo y darle un hueso medio roido ó una papa cocinada, y más comunmente un buen trago de licor. A las veces Gil pedia limosna á los transeuntes, quienes lo miraban con indiferencia y seguian de largo. Gil tendria en aquel entónces tres años de edad.

Yá hemos dicho que Pedro Mártir fué colocado en un cuerpo y sacado de la ciudad con premura. Sí, con mucha premura....Se trataba de dar alcance á un grupo sedicioso. Este grupo se parapetó en un recodo del camino y al ver á sus perseguidores–que en lo que ménos pensaban era en que iban á caer en una emboscada–hizo fuego á mano salva. La descarga dejó muertos al jefe, al segundo y á seis soldados. Entre éstos estaba Pedro Mártir, cuyos sesos saltaron y se estrellaron contra las paredes de un barranco vecino.

Caprichos de la suerte! Veinticuatro horas ántes ese hombre estaba tranquilo y contento trabajando en su oficio para mantener á su mujer y á sus hijos, y más

ignorante de la política y de las cosas del Gobierno que si hubiera sido un turco y vivido en Constantinopla.

¿Para qué vino ese hombre á la vida? ¿Por qué le toco un destino tan desgraciado? Nada podemos decir de esto en presencia de los impenetrables misterios que rodean á la humanidad. Si se nos hablase de todas las ondas del rio, podriamos decir para qué sirve el rio; pero si se nos hiciese la misma pregunta respecto de una sola onda del rio, no acertariamos á decir nada. Sin embargo, cada grano de arena tiene su precio en el monton, aunque fuera del monton no valga nada cada grano. Los hombres deben tener su precio en el grupo inmenso de la humanidad; fuera de ella son ceros. Pero no: quizá los hombres oscuros, los hombres anónimos y hasta desgraciados son genitores indispensables en las genealogías de los genios y de los profetas.

El mismo dia en que Pedro Mártir moria sin saber por qué ni á qué horas, con la muerte del soldado, un periódico de la

capital, al hablar del reclutamiento, hacia la política elegíaca y decia copiando á Cormenin:

" *Todo frances debe prestar en persona el servicio militar y el de la guardia nacional. Se prohiben los reemplazos.*

" La mayoría ha rechazado mi proposicion, pero esto no me obliga á abandonarla. Por el contrario, persisto en ella ahora más que nunca. Hé aquí por qué.

" Los reemplazos son fatales al ejército pues lo aislan, lo aristocratizan, lo desmoralizan, lo enervan y lo gangrenan. Los reemplazos son contrarios á la igualdad de los ciudadanos, á la seguridad defensiva del país y á los principios de la revolucion de Febrero; ellos establecen la más dura de las desigualdades entre el hijo del pobre y el hijo del rico. Ellos dicen al primero: *partid* y al segundo: *quedaos.* Quedaos, al ocioso; partid, al trabajador! Partid, al que sostiene á su padre anciano, al que se aparta llorando de un amor correspondido, al que ha recibido del cielo el dón del genio, al que es arrancado del

peculio que él forma, del arte que él cultiva, del campo que él fecunda y del bosque, del rio, del prado, de la montaña que no volverá á ver sino en sueños! No seria más justo, más humano, más moral, más fraternal que todos los hijos de la patria estuviesen igualmente obligados á la defensa de la patria, ricos y pobres, debajo de la misma bandera, y que allí aprendieran á amarse, á estimarse y á socorrerse? El valor seria entónces comun á todos y la gloria el galardon de los más dignos. Si el servicio militar es una pesada carga, ¿por qué los jóvenes ricos pueden libertarse de él gracias á su dinero, en tanto que los jóvenes pobres salen de su pueblo con el corazon hinchado de pena y los ojos inundados de lágrimas?

"Es verdad que se hacen contra la *interdiccion* objeciones sábias, técnicas, espirituales; pero ninguna de ellas es concluyente. Es porque el pasado nos detiene á pesar de que el presente quiere arrastrarnos hácia el porvenir. ¿Será cierto que no hemos sido creados sino para las

conquistas y que las guerras de invasion deben ser eternas entre nosotros? Si lo que se quiere es que, como las legiones de César y de Sila, como los antiguos bandos españoles, como la guardia imperial de Napoleon, haya una nacion dentro de la nacion; si lo que se quiere es vencer al extranjero en su propio país para prolongar nuestro imperio y guardar nuestras conquistas, dad á los franceses el espíritu del soldado en lugar del espíritu del ciudadano, levantad vuestras tiendas militares y haced de ellas otra patria distinta de la nuestra. Que nadie obedezca sino á los generales, que no se envejezca sino en los cuarteles, y que no se muera sino en los Inválidos. * Mas, si se quiere respetar la independencia de las otras naciones y no preservar sino la nuestra; si se quiere ablandar la dureza del servicio; si se quere oponer á la invasion del enemigo un ejército numeroso, valiente, disciplinado;

* Gran cuartel de retiro, en París, para los que han sido inutilizados en la guerra.

renaciente é invencible, entónces que se llame á todos los franceses á las armas.”

Nuestro país estaba entónces en vena de reformas político-filosóficas y sustituyó el reclutamiento forzoso con el enganche voluntario. A pesar de esto, como fuera de los códigos las cosas iban de otro modo, ó mejor dicho de un modo contrario, Pedro Mártir ha podido exclamar al caer acribillado á balazos, como el estropeado por los toros: ¿“Y la ley? ¿y la ley”?

Esto hubiera sido un poco cruel; pero más cruel era la suerte del padre de familia á quien habia matado el poder práctico, ya que nó el poder teórico del gobierno en que habia vivido. El soldado de Roma aunque por lo comun dejaba sus huesos en tierra extranjera, estaba ocupado en la conquista del universo, y más de una vez sació su hambre tomando dinero á préstamo sobre lo que habia de pillar en la campaña próxima venidera. Mas, ¿qué gloria cabe en las luchas civiles? ¿qué botin es el despojo del hermano en el desórden de las revoluciones?

Pero volvamos á donde Ana.

En los momentos en que era mayor la alegría y habia más consumo de luces, de vinos y de viandas en la casa de la fiesta, aquella mujer agonizaba de inanicion, á oscuras y en el desamparo más absoluto. Acababa de dar á luz una niña—la última hija de Pedro—y se moria abandonada y de necesidad. La buena mujer Plácida la habia acompañado durante algunas horas, pero luégo le habia dicho:

—Creo que lo pasarás bien hasta mañana; me voy á dormir. Vendré temprano.

—Cierra la puerta, le habia dicho Ana á su vez; no me olvides. Solo Dios sabe qué puede suceder.

Al dia siguiente al entrar Plácida en la habitacion de la enferma creyó que ésta dormia, pues reinaba en el local el mayor silencio. Mas, grande fué su sorpresa cuando al acercarse al jergon de su vecina vió que ésta estaba muerta y que tenia entre sus brazos una criatura medio ahogada.

—Pobre! exclamó, y sin turbarse cogió á la recien nacida y le prodigó los más

oportunos cuidados. Cuando la hubo aseado y envuelto en un trapo viejo lo mejor posible, se preguntó á sí misma:

—Y Gil?

Este dormia profundamente entre unos andrajos. Plácida cubró el rostro de Ana con lo primero que halló á la mano y cogiendo de un brazo á Gil lo despertó. Luégo le dijo:

—Gil, hijo mio, no duermas. Ven, siéntate aquí, junto á tu hermanita, que acaba de nacer, y no hagas ruido pues se despertaria tu madre; la pobre está muy enferma y cansada. Yo voy á salir, pero volveré al instante.

Gil hizo lo que se le mandó, y cuando yá se iba Plácida bostezó y le dijo:

—Tengo hambre.

—Ah! Sí; espera.

Y fué y le trajo un pedazo de pan. En seguida echó llave á la puerta y se marchó.

Los primeros rayos del sol penetraban escasamente por las rendijas de la puerta, y mezclados con las sombras de aquella triste y húmeda habitacion, agregaban

mayor espanto al cuadro melancólico formado por estos tres séres supremamente infelices y supremamente inconcientes: el cadáver de una honrada mujer que habia sido jóven, esposa y madre, y á quien el Gobierno le habia quitado su marido y con él la felicidad y la vida; un niño de tres años, huérfano y sólo en el mundo, y una criatura que pertenecia al mundo de los vivos apénas por la respiracion. Esos tres séres eran tres horrores, ó mejor dicho, tres abismos de infelicidad. Por fortuna, ninguno de ellos veia á los otros dos, ni comprendia lo que les estaba pasando en aquel momento supremo y decisivo de su existencia. ¡Cuán desgraciado hubiera sido cualquiera de ellos si su alma se hubiera despertado é iluminado entónces con los resplandores de la reflexion!

En fin de fines, la madre siquiera estaba muerta. Su alma estaria yá en las salas etéreas de la inmortalidad y su cuerpo iba á ser devuelto al limo de que habia sido hecho. Mas, ¿qué seria de aquel niño desamparado si llegaba á *ser hombre*? ¿Qué

seria de aquella niña abandonada si llegaba á *ser mujer?*

Ana, si hubiera sido sola, si no hubiera tenido hijos habria podido decir ántes de espirar lo que Werther, el célebre personaje de Geothe: "No me estremezco al empuñar el frio y pavoroso cáliz en que voy á beber el último sueño. En él se cifra todo y en él terminan todos los temores y todas las esperanzas. Serena y erguida descargo el aldabazo sobre la herrada puerta de la muerte!" Empero, aunque eso dicen al morir todos los desgraciados, eso no puede decirlo una madre, porqne las madres al morir dejan detras de sí algo que es más que su propia vida: dejan á sus hijos!

Despues de algun tiempo volvió Plácida con cuatro hombres vestidos de negro y con las cabezas cubiertas con unos capuchos horribles.

Estos hombres pusieron en un ataud público el cadáver de Ana y se la llevaron sin ceremonia.

—¿Por qué se llevan á mi madre en esa

caja? preguntó Gil azorado y temblando.

—Calla! díjole Plácida, y lo cogió y lo puso con la cara contra la pared. Calla: está muerta.

—¡ Muerta! repitió Gil, y no se atrevió á mirar más lo que pasaba al rededor suyo.

Idos los capuces, Plácida cogió á la recien nacida, la puso debajo de su mantilla y fué y la depositó en una cuna de expósitos.

Para colmo de males, el cuerpo de Ana no fué llevado al cementerio sino á un anfiteatro, y allí fué despedazado por los estudiantes de medicina.

Estos contrastes casi hacen vacilar la fe del hombre sensato y hasta los más buenos están dispuestos á exclamar con Bartolomé Leonardo de Argensola:

¿ Dime, Padre comun, pues eres justo,
Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude al tribunal augusto?
¿ Quién da fuerzas al brazo que robusto,
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿ Y que el celo que más las reverencia
Gima á los piés del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo......"
....

Mas, si esto fuera cierto en absoluto, ¿á qué quedaria reducido el universo moral? El feliz y el desgraciado, el virtuoso y el malo tendrian la misma recompensa, porque tendrian el mismo fin: el sepulcro.

No; hay que creer en los santos é inmortales horizontes del espíritu y cantar como cantó Moises despues de haber pasado el Mar Rojo:

"Tú conducirás tu pueblo, tú lo esta-
" blecerás ¡oh Señor! sobre el monte de tu
" heredad, en la firmísima morada que te
" has fabricado en el santuario ¡oh Señor!
" que han fundado tus manos."

El pueblo de Dios es la humanidad entera, y Argensola tiene razon cuando afirma en el soneto citado que *no es la tierra el centro de las almas*. y que es *ciego* el que lo cree asi. Al juicio de los muertos de los egipcios ha sucedido algo más solemne y grandioso entre los cristianos: el juicio de Dios. Ese juicio es el que cierra ó abre las puertas de la eternidad á los mortales, segun sus obras.

II.

Algun tiempo despues de la muerte de la pobre Ana, la tia Plácida se ausentó de la ciudad y fué á establecerse en un pueblo vecino de ésta. Plácida era oriunda de ese pueblo, en donde habia heredado un pedazo de tierra y algunos animales, circunstancia que la decidió á pasar en él el resto de sus dias. Gil vivia con Plácida desde la muerte de su madre. Pero aunque la buena mujer se habia apiadado de él, el muchachito habia seguido siempre jugando en la orilla del arroyo, durmiéndose al sol, pidiendo limosna á los transeuntes y parándose las horas enteras en la puerta de las tabernas, en donde aprendia una multitud de palabras obcenas y en donde las gentes, movidas de una falsa caridad, le daban tragos de licor. Gil siguió pues en la aldea la vida que habia llevado en la ciudad.

Su edad y su orfandad le daban franco el paso por todas partes y le permitian entrar en las casas de los vecinos con la

misma libertad y el mismo derecho que en la suya, si la hubiera tenido. La tia Plácida no se inquietaba por esto; muy al contrario: dejaba que las cosas fueran así, y más de una vez, cuando aconteció que Gil se quedó á pasar la noche en algun soportal junto con los mendigos ó en alguno de los rincones de una abacería, no se inquietó ni preguntó por él. Esto en la buena mujer no era indiferencia ni maldad; nada de eso: era falta de reflexion. Habia llevado á su casa á Gil como se lleva un perro, le habia puesto un ropon de zaraza como se le pone un collar á un perro, y cuando lo veia le decia una palabra cariñosa ó le arrojaba un mendrugo como se hace con un perro; y viéndolo bien, la condicion de Gil era la de uno de esos perros merodeadores que se hacen populares por estar entrándose en todas partes y haciéndose los amigos de todos, y que, sin otro título que *su familiaridad*, se arriman á la olla de los pobres y de los ricos, y se están hasta tres ó cuatro dias seguidos en la casa de los extraños.

A Gil se le habria podido llamar pues con más propiedad *el perro* que *el huérfano*; y á la verdad no faltaban cocineras malévolas y muchachos desalmados que le diesen este nombre y que le arrojasen piedras para espantarlo, ó huesos pelados yá, por ironía. Con frecuencia se les oía decir: *es el perro, mirad al perro, ¿á dónde irá el perro?* Sin embargo, la desventurada criatura no salia á la vera de los caminos á ladrarles á las gentes, sino á pedirles con cierto sonsonete, así invariable como infructuoso, *tan-ti-co pan, tan-ti-co pan.*

Los cabellos de Gil habian crecido bastante y tenian el desgreño propio de un desaseo de muchos meses. No por eso la tia Plácida habia caido en la cuenta de que debia hacer que se los cortasen, ó peinasen al ménos. El roponcito de antaño estaba hecho girones y habria sido imposible averiguar de qué tela era ni qué color habia tenido. Sin el auxilio providencial del roce, las uñas de las manos y de los piés de Gil habrian alcanzado el desarrollo de las uñas de una ave de rapiña. Desgra-

ciadamente para la sociedad, Gil no era un tipo aislado sino el tipo de una vasta especie: la de los hijos de los desgraciados.

Entre tanto el niño de que hablamos en las primeras páginas de este libro, hijo del rico matrimonio, gozaba de toda clase de cuidados y gastaba un lujo de príncipe. Bienaventurados los que no padecen hambre ni sed y cuyo espíritu puede ser nutrido desde temprano con los preceptos de una sana moral! Napoleon Alejandro era el orgullo de sus padres y el embeleso de sus parientes y amigos. ¿Lo seria tambien más tarde?

En el pueblo, ó mejor dicho en la aldea en donde vivia la tia Plácida, vivia tambien una señora de una edad que no podia ser bien determinada, pues no se podia decir si era jóven ó si era vieja. Unas personas decian que sí era jóven, salvo que las penas la habian destruido un poco; otras decian que no era jóven y que se conservaba fresca gracias á la buena vida que tenia y al uso de ciertas drogas. Sea de

esto lo que fuere, la señora Berta (este era su nombre) era una gallarda y hermosa señora, de unos cuarenta años de edad, de suaves maneras, de una inteligencia no comun y bastante cultivada, y lo que valia más que todo eso, de un corazon de oro. Esta señora, que nadie sabia quién era ni de dónde habia venido, habia comprado en la aldea una gran casa de paja (no habia de otras en ella), la habia hecho refaccionar y asear, y luégo habia ido á habitarla junto con un criado, cuya edad pasaba de cincuenta años. En la casa de la señora Berta no habia lujo ni se encontraba nada que fuera superfluo ó que estuviera fuera de su lugar.

Hacia la limosna sin ostentacion y por conducto de Tobias (su criado), á quien llamaba cariñosamente *Tobi;* mandaba todas las semanas á éste al pueblo inmediato, en donde habia estafeta, á recoger no sus cartas pues la señora Berta no mantenia correspondencia epistolar con nadie, sino los periódicos á que estaba abonada, que en su mayor parte eran extranjeros.

Se decia que esta señora habia viajado mucho y que pertenecia al gran mundo, pero ignoramos cuáles eran los fundamentos de esta esercion. En la aldea no tenia amistad con nadie aunque era amiga de todos, y no daba entrada en su casa sino al cura, y esto solamente los juéves y domingos por la noche. Recibíalo en un cuarto pequeño, que le servia de biblioteca, y allí conversaban ó leian de las siete á las nueve, hora en que se separaban despues de haber tomado el té.

El cura de la aldea habia cumplido yá los setenta años y era alto, seco, pobre y benévolo. Creemos que no habria brillado en el mundo por sus luces, pero era un hombre de virtud y de sentido recto. Hablando él mismo de sus condiciones intelectuales, habia dicho una vez á la señora Berta: "¿De qué me habria servido en el mundo un gran talento y una vasta instruccion? Habria tal vez llegado á ser obispo; pero ¿me habria hecho esto mejor de lo que soy? Por otra parte, despues de haber bajado más de dos terceras partes de la

cuesta de la vida, creo que me ha ido mejor en mi aldea de lo que me hubiera ido entre las doradas borrascas de la vida. Los oropeles de la sociedad pueden engañar los sentidos, ¿ pero qué habrá en el mundo que pueda engañar un buen corazon ? ”

Este rasgo, que pinta por sí solo al cura de la aldea, hizo que la señora Berta le estrechara sus manos con las suyas, como lo habia hecho muchas otras veces, y que se le desprendiese de sus negros y melancólicos ojos una lágrima; lágrima que ella enjugó de pronto y que el cura no vió de intento, quizá porque no queria saber nada de los asuntos íntimos de su amiga, ó quizá por que sabia demasiado acerca de ellos.

En la noche de uno de esos domingos en que aquellas dos almas tan poco parecidas pero tan buenas—almas que se habian encontrado de repente en el largo y fatigoso camino de la existencia, que venian de regiones tan opuestas y que se habian enlazado con ese nudo misterioso que solo desata la muerte y que se llama *amistad*—en una de esas noches, decimos, tran-

quila y llena de estrellas, de brisas embalsamadas y de dulces murmurios, dijo el cura á la señora:

—Os veo esta noche más alegre que de ordinario.

—Oh, sí! le contestó ésta. Hace dias que he concebido un proyecto, que pienso poner por obra con la voluntad de Dios y la ayuda vuestra. Al principio, la idea me vino á la cabeza como cualquiera otra, y creo que como el débil eco de un ruido lejano. Ahora mucho tiempo leí en un periódico español el artículo que os leeré luégo, y aunque ese artículo llamó mi atencion, confieso que olvidé pronto su contenido porque entónces eran otras mis circunstancias y por lo mismo mis propósitos. Sin embargo, hace unos ocho ó diez dias que presencié desde detras de la cortina del cuartico que llamo *mi taller*, una escena que me mortificó en demasía.

El cura escuchaba con atencion. La señora Berta continuó así:

—Vi pasar primero un niño desgreñado y andrajoso, que corria mucho y en cuyo

rostro estaba pintado el terror. Ese niño miraba á cada instante hácia atras como si lo persiguiese una manada de lobos y gritaba de cuando en cuando: *tia! tia!* con una voz suplicante y espantada, como es la de las personas que piden socorro.

—Y ....

—Detras de ese niño apareció tambien corriendo un grupo de diablitos, que perseguian á aquel tirándole piedras y diciéndole malévola y sarcásticamente: *el perro! el perro!* Así el perseguido como sus perseguidores desaparecieron pronto, y sin saber yo misma por qué, quedé mal impresionada con lo que habia visto.

—Estarian jugando esos niños, dijo el cura con bondad.

—No, observó la señora. Era muy vivo el terror del niño que huia y muy enérgica la expresion de los que lo apedreaban, para creer eso. Referí á Tobi lo ocurrido y le supliqué que se informase.

—Y lo hizo?

—Sin duda. Escuchad.

El cura tomó una actitud séria.

—El niño que corria adelante es un huérfano. Su padre fué destinado al servicio de las armas y se cree que ha muerto, pues no se ha sabido más de él. Su madre murió hace yá algun tiempo, al dar á luz una niña, que está hoy en un hospicio. El niño ha sido recogido por una pobre mujer. En la aldea se le conoce con el apodo del *perro.*

—Del *perro*?

—Sí; es bien triste.

—Por qué lo llaman así?

—Dicen que porque anda calle arriba y calle abajo y porque se entra en donde puede, como hacen los perros.

—No encuentro extraño ni grave lo que me decis.

—No?

—En todas las partes del mundo les ponen sobrenombres á las personas y más á los muchachos.

—Ah! sí, pero no en todas las partes del mundo se trata á las personas segun el sobrenombre que se les da.

—No entiendo.

—Nada hay más sencillo, sin embargo. A ese pobre niño lo llaman el perro y de todas partes lo echan á palos.... los muchachos le arrojan piedras cuando lo encuentran y todos han hecho de él una bestia.

—Es posible!

—Habrá un infortunio igual! ¿ Qué vendrá á ser de ese niño? Con el tiempo puede ser una fiera. Pensando en esto y contemplando el cielo....mi madre solia decirme que mirase el cielo todas las noches ántes de acostarme, porque la contemplacion de los astros en el silencio trae á la mente las buenas ideas y al corazon los buenos sentimientos....pensando en esto, decia, recordé el artículo de que os he hablado y me vino el deseo de poner en obra aquí, en esta aldea, lo que ese artículo encomia y recomienda á todos los pueblos.

—Aquí decís?

—Sí, aquí; luégo os diré por qué.

El cura no comprendia de qué se trataba. La señora Berta continuó:

—Una vez decidida me puse á buscar el

tál artículo, y me costó gran trabajo hallarlo. Mas, helo aquí; dejadme que os lo lea. Dice así:

SALAS DE ASILO.

"Los niños yá destetados y de los diez "y ocho meses hasta los seis años son una "verdadera carga para las familias, no "tanto por lo que consumen, cuanto por "el tiempo que se gasta en cuidar de ellos. "Si se les deja solos, están expuestos á in-"finidad de peligros, pues con todo juegan "y todo lo maltratan y rompen. Si la ma-"dre se dedica á su inspeccion, tiene que "descuidar otros quehaceres de la familia y "desentenderse de multitud de pormeno-"res de economía. Ahora, si su estado las "obliga á salir de la casa para trabajar, "entónces el abandono de sus hijos es "absoluto puesto que no pueden llevarlos "consigo. Esta pérdida de tiempo ó de "trabajo influye más de lo que parece en "el bienestar y en la dicha doméstica de "muchas personas.

"Pues bien, estos inconvenientes desa-
"parecerian con el establecimiento de *Salas*
"*de Asilo*, iguales á las que hay hoy en
"muchas partes de Europa no solo en las
"ciudades populosas sino en las que no lo
"son, y en todas las grandes fábricas y en
"otros establecimientos industriales.

"Una *Sala de Asilo* es un salon público
"á donde las madres de un barrio ó de un
"distrito llevan sus niños durante el dia.
"De las seis de la mañana á las seis de la
"tarde, por ejemplo. Allí se enseña á los
"niños á conocer las letras y los números,
"los cuerpos y las figuras geométricas y
"la doctrina cristiana (todo á la voz), y se
"les recitan cuentecitos é historias mora-
"les para ayudarles á desarrollar su inte-
"ligencia y á formar su corazon. Tambien
"se les enseña á tenerle amor al trabajo
"haciéndoles devanar hilo, sacar hilas,
"hacer calcetas, extender los desperdicios
"de los capullos de seda, desmotar algo-
"don, trabajar figuras en cera, &c. Ade-
"más de esto los niños se acostumbran
"allí á vivir en sociedad, á estar aseados,

"á tener hábitos de órden, nada de lo cual
"olvidan áun cuando sus padres se apo-
"deren de ellos luégo para aplicarlos al
"trabajo. En muchas aldeas cuando esto
"sucede yá los niños saben leer y contar,
"lo que les es despues de mucho provecho.

"No hay poblacion, por pobre que sea,
"que carezca de un local cualquiera para
"abrir una Sala de Asilo, ni á la cual no
"preste ésta grandes servicios. Por el
"testimonio unánime de todos los jefes
"de establecimientos industriales que em-
"plean mujeres en ellos, se sabe que toda
"mujer que tiene que cuidar uno ó más
"niños, pierde una cuarta parte del tra-
"bajo del dia, y que si trabaja á destajo
"no gana lo necesario para satisfacer sus
"necesidades. Todo fabricante ó jefe de
"taller que emplea mujeres en su estable-
"cimiento, con solo que haya seis que ten-
"gan niños de poca edad, tiene interes en
"que se establezca una Sala de Asilo para
"que se encargue una sola mujer de la
"inspeccion y cuidado de todas aquellas
"criaturas.

“ De todos los establecimientos ideados
“ por una ingeniosa y próvida beneficencia,
“ las Salas de Asilo son los más aprecia-
“ bles para las clases laboriosas, pues sa-
“ ben que en ellas, durante las horas de
“ trabajo, sus hijos están seguros, vigilados
“ y ocupados. En todas partes en donde
“ se han establecido estas Salas se ha visto
“ que los cuidados dispensados á los niños
“ y los consejos de los médicos generosos
“ que se han impuesto la tarea de visitar-
“ los una ó dos veces por semana, han in-
“ fluido poderosamente no solo en la buena
“ salud sino tambien en el buen desarrollo
“ físico de aquellos.”

Aquí la señora Berta suspendió la lectura y dijo al sacerdote con cierta intencion:

—Agregad, amigo mio, las visitas del párroco á las del médico, y vereis la suma que resulta de la adicion de esos dos grandes y benéficos esfuerzos.

—Sí, dijo el cura: me decis que sume el cuerpo sano y el alma sana.

—Exacto; esa suma hace *el niño perfecto*. El niño perfecto es la sociedad redimida. Continúo:

"Los niños por una especie de instinto
" sienten el beneficio de la atmósfera pura
" que respiran ocho horas del dia, y todas
" las mañanas van alegremente á la Sala
" de Asilo, en donde encuentran á sus
" compañeros del dia anterior, y en donde
" van dejando los hábitos contraidos en el
" ocio, el abandono y las malas compañías.
"Por lo comun los padres se cuidan más
" de castigar los defectos de sus hijos que
"de prevenirlos. Las Salas de Asilo hacen
" lo contrario, pues la influencia moral de
" estos establecimientos se extiende hasta
"los padres; estos establecimientos son
"además las antesalas de las escuelas.
" El niño que ha estado en una Sala de
" Asilo, es un escolar aplicado, voluntario
" y disciplinado.

"Toda Sala de Asilo debe tener un re-
"glamento sobre las condiciones de los
" recipiendarios y su número, sobre el em-
" pleo del tiempo segun la edad de los ni-
" ños, sobre las horas de entrada y de sa-
" lida, sobre los alimentos, sobre el aseo
" de los niños, sobre el libro de inscrip-
" ciones, sobre recreaciones, &c.

La señora Berta concluyó su lectura.

—Y bien? dijo el sacerdote.

—Quiero fundar aquí en la aldea una Sala de Asilo.

—Aquí?

—Sí, señor. Aunque es mucho más útil un establecimiento de éstos en una ciudad, en donde hay muchos artesanos, jornaleros, criadas, aplanchadoras, lavanderas, costureras, &c, que no pueden tener consigo sus hijos durante las horas de trabajo, no por esto las Salas de Asilo rurales dejan de hacer grandes servicios, pues las gentes de los campos, labradoras casi siempre, no pueden llevar sus hijos al lugar en donde están sus labranzas, ni cuidarlos en sus casas sin descuidar sus quehaceres del dia. Tampoco pueden enseñarles nada por sí mismas.

—Es claro.

—Mirad, si ese infeliz huérfano á quien execran todos con el nombre del *perro* hubiera estado en una Sala de Asilo, ¿seria lo que es? ¿lo llámarian así?

—¿Creeis que las gentes manden sus niños á la Sala?

—Sí, y no. Las gentes ignorantes son rehacias cuando se trata del progreso social y hasta cuando se trata de su propio bien; pero la paciencia es una gran fuerza y el apoyo sacerdotal es otra gran fuerza. Yo tengo la primera, y espero que vos no me negareis el segundo.

—En ningun caso.

Aquella misma noche quedó acordado entre los dos amigos que se abriria la Sala de Asilo de la aldea lo más pronto posible, y que èl cura, además de recomendarla todas las semanas en la plática dominical, iria personalmente á enseñarles la doctrina á los niños y á estimularlos con su presencia y su sagrada bendicion.

La señora Berta cumplió su palabra. De un tramo que habia desocupado en su casa hizo una gran sala, clara, alegre y bien ventilada, en la cabecera de la cual hizo poner una imágen del Salvador rodeada de chiquillos, con esta inscripcion al pié: *Dejad á los niños que vengan á mí*, sencillas y sentidas palabras cuyo alcance hace cerca de veinte siglos que comprenden todas las gentes.

Al cabo de algun tiempo funcionaba yá la Sala con tres niños, los que habian sido puestos al cuidado de una señora escogida con mucho tino por la señora Berta. Casi no hay para qué decir que uno de estos tres niños fué Gil ó *el perro.*

¡ Grandiosos é inescrutables secretos de la Providencia ! A la más infeliz, á la más degradada de las criaturas se debia uno de los pensamientos más elevados y generosos, y uno de los rasgos más fecundos de caridad colectiva !

Benditos sean los espíritus profundos, porque ellos son los que estudian los hechos más insignificantes y deducen de ellos las grandes leyes del mundo moral y material. La caida de una manzana hizo descubrir á Newton todos los secretos de la mecánica celeste, y la señora Berta, al ver huir á un niño perseguido por otros niños, dedujo el deber que tiene la sociedad de socorrer á los desamparados.

La asistencia pública es la higiene social. El cuerpo que deja que le entre la lepra y crezca ó se desarrolle en él, en fin de

fines lo que quiere es morir devorado por ella. No debe pues quejarse de su mal sino de sí mismo.

Algun tiempo despues Gil era un niño limpio, de ojos azules, de blonda y rizada cabellera; y nadie habria podido descubrir en él su horrible estado anterior, no obstante cierto aire de estupidez melancólica, producto de las privaciones y de la degradacion en que habia vivido. El que no habia sido sino un perro en la sociedad podia no tener conciencia de sus desventuras pasadas, pero esto no impedia que la naturaleza por sí misma conservase el sello de las dolencias físicas y de los vejámenes á que habia estado sometido. Esto se observa no solo en los animales y en las plantas sino tambien en los seres inertes. De estas huellas, Gil conservó toda su vida una muy marcada en la frente. Hé aquí la historia de esa cicatriz.

Algun tiempo ántes de ser llevado Gil á la Sala de Asilo de la aldea, esto es, cuando estaba aún en el apogeo de la inmundicia y del abandono doméstico y

social, pasó por la aldea un magnífico coche tirado por una hermosa pareja de caballos ingleses. En el coche iban una señora, un niño de siete años y una niña. El coche se detuvo algunos instantes en la plaza para satisfacer cualquiera necesidad que ocurrió de pronto, y la señora y los niños se apearon de él y echaron á andar al acaso. Todos estaban ricamente vestidos. Gil corrió á ver el coche y los caballos, lo que tambien hicieron tres ó cuatro muchachos de los que vagamundeaban por las cercanías, y lo contemplaron todo con el pasmo propio de su edad y de su ignorancia.

La señora y los niños se detuvieron cerca de una gran piedra y sobre ella puso el niño un canastillo con manzanas y confites, el cual se volcó y virtió en el suelo parte de su contenido. La señora reprendió al niño por su falta de destreza al mismo tiempo que recogió las manzanas y los confites. En aquel momento Gil, que los hab'a seguido encantado con el traje de los niños, se avanzó y cogió una de las manzanas caidas.

—Qué haces ? pilluelo, dijo la señora.

Gil, por toda respuesta, se rió con estupidez y le dió un mordisco á la manzana.

—Pillastre ! exclamó la señora. Era la mejor de mis manzanas. En seguida llamó al cochero y le dijo que trajera el látigo.

Este obedeció.

—Pablo, dijo la señora al cochero, dad á ese tuno unos latigazos. Se ha cogido la mejor de mis manzanas, mi fruta favorita.

—Sí, Pablo, dale duro, agregó el niño.

—No, no, mamita, dijo la niña. Pobrecito ! Tal vez tenga hambre, y extendió sus manitas de armiño para favorecer á Gil. En seguida se puso á llorar.

—Eres una tonta, dijo la madre.

El cochero azotó á Gil como si fuera una culebra. Gil chilló, pero en lugar de soltar la manzana se aprovechó de la flagelacion para comérsela íntegramente.

—Es un idiota, dijo el cochero al concluir.

Esta especie de justicia sumaria trajo cerca de los que la propinaban á todos los chicos de la aldea, quienes al divisar

á Gil empezaron á arrojarle piedras y á gritar:

—Es el perro. Al perro! al perro!

Gil, que no habia tenido miedo al látigo tuvo miedo á los muchachos, y huyó. La señora y el niño gozaron mucho con este espectáculo, el cochero se rió á más y mejor, y los apedreadores recibieron de los viajeros algunas monedas y parte de los confites de la canastilla. De todas aquellas gentes la única que tuvo piedad de Gil fué la niña.

La señora se encaminó luégo hácia el coche y al hacerlo dijo al niño:

—Ven, Napoleon Alejandro; ven, que es tarde.

La plaza de la aldea volvió á quedar desierta.

III.

Habian pasado cuatro años á contar desde los acontecimientos que quedan referidos. La perseverancia y la virtud práctica de la señora Berta habian obrado prodigios en la Sala de Asilo de la aldea.

Hé aquí el régimen observado invariablemente en ella.

La Sala estaba abierta yá á las seis de la mañana, y la celadora al recibir á los niños no solo cuidaba de que cada uno de ellos estuviera lavado y peinado, sino que hacia á sus padres ó conductores las observaciones que eran del caso.

A los niños que iban entrando se les iba haciendo formar en línea y cuando yá habian llegado todos se decia la oracion de la mañana. Esta era corta, sentida y se decia de rodillas. A la oracion seguia un canto sencillo, de versos propios para ser entendidos por los niños. Despues se les enseñaba de viva voz la doctrina cristiana, la que repetian todos en coro, y era como el comienzo de la clase de religion y de moral. Consistia ésta en la repeticion cotidiana de los principios y verdades eternas, en la predicacion del amor á Dios, del amor á sus padres, maestros, compañeros y prójimos. Esta clase la hacia la señora Berta, y encantaba oir el diálogo siguiente, que tenia lugar todos los dias con los niños más grandecitos de la Sala:

—Quién hizo el mundo?

—Dios.

—Quién es Dios?

—El padre de todas las criaturas.

—Qué es el mundo?

—Todo lo que existe al rededor de nosotros, y nosotros mismos.

—De quién son la imágen nuestros padres?

—De Dios.

—Por qué?

—Porque no se ocupan sino de nuestro bien y de nuestra felicidad.

—¿A quién debemos amar sobre todas las cosas y personas?

—A Dios.

—¿Y despues de Dios á quién debemos amar?

—A nuestros padres.

—Y despues de nuestros padres?

—A nuestros prójimos.

—Quiénes son nuestros prójimos?

—Todas las gentes, pues todas son iguales á nosotros en cuerpo y en espíritu.

—¿A quién debemos amar y servir des-

pues de Dios, de nuestros padres y de nuestros prójimos?

—A nosotros mismos.

—¿Hay quienes se aborrecen á sí mismos?

—Sí, todos los que son malos y viciosos.

—Qué es amar?

—Es honrar y reverenciar á Dios y á sus criaturas.

—¿Cómo se reverencia y honra á Dios y á sus criaturas?

—Practicando la virtud.

—Qué es practicar la virtud?

—Cumplir con nuestros deberes.

—Qué es cumplir con nuestros deberes?

—Es hacer cada cual lo que le corresde segun su estado y segun las leyes divinas y humanas.

Despues de esta primera clase, la señora Berta, que sabia que no se debe recargar de trabajo á los niños y que aquel á que se les dedique debe hacérseles agradable, hacia extender sobre la gran mesa de la Sala los libros de pinturas y los álbums que servian para enseñarles á conocer los

animales, las plantas y los diversos objetos de la naturaleza. Los niños no tomaban esto como estudio sino como premio y recreacion. A las veces lo que se hacia era leerles cuentecillos é historietas graciosas y escogidas.

Entre ocho y nueve se llebaba á los niños al patio á recibir el sol y las brisas de la mañana, y se les dejaba jugar á su gusto bajo el cuidado de la celadora. Estos juegos no eran permitidos en la Sala, porque este santuario del trabajo no debia ser profanado por el desórden ni la algarabía.

Despues del primer descanso de la mañana, venia la clase de lectura, para la cual se seguian distintos métodos. Uno de ellos era pintar por su órden las letras en el tablero, y mandar á los niños de uno en uno á borrar la letra pintada y á volverla á pintar. Las equivocaciones cometidas y los garabatos que hacian servian de grata diversion á todos. Lo mismo se hacia con los números.

Otro método era poner á cada niño un carton al cuello en el cual habia una letra

del abecedario en grande escala, y hacerlos jugar en seguida *á las letras*, esto es, á llamar á sus compañeritos, no por sus nombres, sino por la letra que tenian colgada. A los que no acertaban á conocer la letra respectiva, se les quitaba la letra que tenian al cuello y se les ponia en fila con los brazos cruzados para que atendieran y corrigieran á los otros.

Esta clase terminaba cuando los niños daban señales de cansancio ó de aburrimiento. Ademas, nada se hacia en la Sala ni se decia que no estuviera al nivel de sus tiernas inteligencias.

Tambien se les hacia contar las letras del abecedario y las combinaciones de algunas de ellas, ó sílabas. El marco-contador era para todos un objeto querido; * lo mismo el *pliego de papel misterioso*, con el cual hacia la celadora líneas rectas, ángulos,

* El marco-contador es un cuadro dividido con alambres paralelos en que hay bolas de diversos colores, y sirve para enseñar á los niños á conocer los colores, á contar las bolas y hacer algunos ejercicios de numeracion.

escuadras, triángulos, cuadrados, cilindros, &ª Los niños se disputaban la gloria de decir el nombre de cada una de esas figuras.

Se enseñaba á conocer á los niños los cuatro puntos cardinales del globo y las diferentes razas de los hombres que pueblan la tierra. Para esto último cada raza estaba representada por un hombre y una mujer pintados en un carton con colores vivos y en una escala notable. Grande era el contento de los niños cuando el que debia exhibir á sus compañeros el carton de la raza blanca, exhibia el de la raza asiática, ó al contrario. Habia palmadas ó risas.

En una palabra, se pasaba insensible y alegremente el dia entre el juego y el estudio, aunque en puridad de verdad todo era estudio. Habia lecciones de cosas, lecciones de preguntas, lecciones por contraste y lecciones por medio de imágenes. Pondremos ejemplos.

Se llevaba á la Sala una piedra, una flor, un pájaro, una moneda, una cinta, &ª y se

preguntaba á los niños : ¿ De qué clase es esta piedra y para qué sirve ? á qué planta pertenece esta flor ? qué propiedades tiene esta planta y en qué clima se produce ? Respecto del pájaro se les preguntaba: ¿ cómo se llaman las diferentes partes del cuerpo de esta ave ? ¿ cuáles son los colores de sus plumas y de qué país es originaria ? Respecto de la moneda se les hacia notar la diferencia que hay entre el círculo y el cuadrado y entre el valor del oro y el de la plata. Tambien se les decia cuál es el uso que se hace de estos metales preciosos y cuál el que se hace de los metales bastos llamados *cobre*, *hierro*, &c.

Otras veces se preguntaba á los niños cualquiera cosa sencilla ó natural de las que estaban á su alcance, como éstas :

Qué diferencia hay entre el sol y la luna ? entre el dia y la noche ? entre un monte y una llanura ? entre el fuego y el agua ? y al hacerlo, se alababa al que respondia con acierto, se alentaba á los que mostraban timidez y se corregia con dulzura á los que se equivocaban. Con este sistema la

señora Berta habia logrado despertar la emulacion de los niños, fijar su atencion y acostumbrarlos á que ellos mismos se pusiesen cuestiones y se hiciesen preguntas en las horas de recreo, á fin de mostrarse más aplicados ó *más sabios* que sus compañeros.

Tambien solia decirse á los niños una palabra para que ellos dijesen inmediatamente la contraria, así:

—*Blanco.*

El primer niño debia decir *negro.*

—*Bueno.*

El segundo niño debia decir *malo.*

—*Noche.*

El tercer niño debia decir *dia.*

Esta enseñanza se daba en forma de juego, y al que corregia á otro se le daba un confite. El que debia responder y se equivocaba pasaba á ocupar el último asiento de la clase. Al establecer este sistema la señora Berta habia dicho á los niños:

—No premio al que contesta bien porque su deber es contestar bien. Premio al que corrige, porque prueba que es más

aplicado que el que se equivoca, y la aplicacion debe ser premiada porque es una virtud. Castigo al que contesta mal porque es desaplicado, y la desaplicacion es un vicio que debe ser castigado.

—Qué es aplicacion? le habia preguntado un dia uno de los niños.

—Aplicacion es el cuidado que úno pone en aprender lo que se le enseña. Los niños que ponen toda su atencion en lo que aquí se les dice son aplicados; los que no la ponen son desaplicados.

Tambien se solia dibujar en el encerado ó tablero de la Sala un puente, una torre, una campana, para poner cuestiones sencillas á los niños sobre estos objetos, á fin de despertar en ellos nuevas ideas ó de aclararles las yá adquiridas.

Hé aquí como:

—Qué es una campana? De qué se hacen las campanas? Para qué sirven las campanas? ¿En dónde se ponen las campanas? Qué es una torre? Qué es una iglesia? En dónde hay iglesias? Qué es una catedral?

Con este excelente método los niños estaban contentos y aprendian cada dia tres ó cuatro cosas sin trabajo. Tres ó cuatro cosas por dia hacian cien cosas por mes y mil doscientas por año. El aprendizaje de hoy servia de punto de apoyo del aprendizaje de mañana, y de este modo se hacian con aquella pequeña y simpática tropa verdaderas jornadas de ejército.

Recordamos que álguien ha dicho que lo que conocemos ménos es lo que está más cerca de nosotros, porque eso es en lo que no nos fijamos. Desgraciadamente es así, y decimos *desgraciadamente*, porque nuestra ignorancia respecto de las cosas que nos rodean suele sernos funesta. Una de las grandes ventajas de las Salas de Asilo es familiarizar á los niños con los objetos más comunes y triviales, que son los que más prontamente hieren su imaginacion y reclaman su discernimiento.

IV.

La señora Berta, que alcanzó los mejores resultados respecto de su Sala en general,

no tuvo al principio la misma fortuna con Gil en particular. Este mal muchacho sacaba los ojos á las gallinas y torturaba y descuartizaba á los sapos con una máquina de su propia invencion, hecha con palitos y hebras de caucho; abofeteaba á sus compañeros, tiraba del pelo á las niñas de la Sala, rompia ó escondia los cuadros que servian para la enseñanza, arañaba las paredes, se robaba cuanto podia, se embriagaba siempre que conseguia licor, falseaba las cerrajas de las puertas y de los baúles de todos los habitantes de la aldea, espiaba el momento de coger las frutas en sazon, atormentaba á las venteras, ponia trampas á las bestias de carga que transitaban por el camino real, se robaba los huevos de las gallinas y de los pájaros, insultaba á los caminantes, pintorreaba los cuadros y las estatuas de la iglesia, echaba basura en la pila de la agua bendita, envolvia trapos á los badajos de las campanas para que no sonasen, escondia las bujías y los candelabros del altar para hacer rabiar al sacristan, empujaba á las

viejas para hacerlas caer, ordeñaba las vacas de los vecinos poniéndose en cuatro piés é imitando á los terneros, soltaba los potros que los campesinos tenian amarrados en la orilla de sus dehesas, torcia el curso del arroyo que servia de pila á la aldea é inundaba con él las casas de los vecinos, saqueaba á las vivanderas en los dias de feria, y hubiera ido hasta poner fuego á la aldea y hasta envenenar el agua y el aire si se le hubiera ocurrido ó hubiera podido. A todas estas diabluras hay que agregar que Gil las hacia ocultamente y con todas las precauciones necesarias para que no se le descubriera ni se sospechara de él. Cuando notaba que era observado, tomaba el aire de un hipócrita ó una actitud estúpida, ó se echaba en el suelo y se revolcaba como una bestia. Entónces, unos tenian lástima de él y exclamaban *¡Pobre idiota!* Otros decian: *¡Es un bellaco!*

Cuando se le dirigia la palabra no contestaba y se reia sardónicamente. Lo más que podia lograrse de él era arrancarle uno ó dos monosílabos. Sin embargo,

cuando hablaba sólo ó insultaba á álguien era verboso y obsceno.

La señora Berta, aun cuando conoció pronto la profundidad inmensa de la sima en que habia caido este muchacho, no se desalentó. Por el contrario, cobró más brios á cada nueva dificultad y á cada nuevo desengaño. No hay para qué decir que aquellas y éstos se los facilítaba Gil á montones.

Viendo tanta constancia infructuosa, el cura solia atreverse á disuadirla de la que él llamaba *empresa temeraria.*

Damos en seguida una muestra de esos amistosos debates.

—¿No sabeis, señora, que cuando el cuerpo humano tiene un miembro podrido debe amputársele ese miembro?

—Por qué amputárselo y no curarlo?

—Porque la podredumbre puede ser tánta que sea imposible curarla y contagie el resto.

—Ese no es sino un supuesto.

—Y si está gangrenado el miembro?

—Ese es otro supuesto. Los supuestos

no son demostraciones. Ademas, vos sabeis mejor que yo que el divino pastor dejó el rebaño para atender solo á la oveja descarriada.

—Teneis, señora, la facultad de convencerme.

—Os convenzo porque sois bueno y porque sois inteligente. Además, ¿tengo yo el derecho de arrojar á la calle á ese desventurado?

—Por qué no?

—Por lo que voy á deciros. Suponed que Gil, en lugar de ser una criatura infeliz, abandonada de todo el mundo y por lo mismo pervertida en la ociosidad, fuese un perro rabioso ó una serpiente. ¿Podria yo abrirle la puerta de la Sala con mis propias manos y por mi propia decision echarlo afuera?

—Permitid que os observe que no hay paridad entre los dos casos.

—Sí la hay, y mucha.

—A un perro rabioso se le mata, á una serpiente se le aplasta.

—Convengo; mas, ¿qué se hace con una

criatura mala como Gil? ¿Se le debe matar? ¿Se le puede aplastar?

—Desde luégo que no.

—Entónces?

El cura turbado no contestó.

—Lo que se hace con una criatura mala como Gil es corregirla, dijo la señora Berta con aire de triunfo. O lo que es lo mismo, se mata en ella ó se aplasta en ella la parte que tiene dañada, que es la maldad, y se salva el resto, porque Dios no quiere la muerte del pecador sino su arrepentimiento. Y lo que Dios quiere deben quererlo la humanidad, la nacion, la sociedad y la familia. ¿Podria yo abrir las puertas de mi casa y al arrojar de ella á Gil podria decir á la sociedad: os envío un futuro asesino, un futuro ladron, quizá un futuro incendiario, quizá un jefe de bandidos? No, no podria. Del mismo modo que no podria echar afuera de mi casa á un perro rabioso, á una serpiente ó á un tigre, si los tuviera.

—¿Y por qué la sociedad y el gobierno no ven las cosas lo mismo que vos?

—Sí las ven, aunque no las vean todas por desgracia ni por todos sus lados. Si no las vieran, no habria escuelas, hospicios, hospitales, cárceles, caminos, policía, seguridad pública, en fin. ¿Y sabeis por qué hay todas estas y muchas otras cosas? Porque la sociedad se debe á sí misma dos asistencias: la colectiva y la individual. La primera se refiere á su conjunto, la segunda á cada uno de sus miembros. Esas dos asistencias, trasfundida la una en la otra, constituyen lo que se llama *seguridad general.* Es verdad que la sociedad y el gobierno han sido descuidados con Gil y con todos los muchachos que se parecen á Gil, pero yá caerán en la cuenta de su descuido y atenderán lo que pudiéramos llamar *vagancia juvenil*, fuente de muchos males y de muchas miserias. Lo que importa es hacer conocer los hechos, popularizar las verdades y destruir los errores: lo demás viene despues lógicamente.

Suponiendo que la sociedad y los gobiernos no tuvieran ninguna moral y por lo mismo ninguna caridad, ninguna virtud,

ningun sentimiento noble, el instinto de la propia conservacion obligaria á ambos á dar la asistencia pública. La asistencia pública no es solo una limosna ni un acto de piedad, es tambien una precaucion. Cuando se manda secar un pantano, limpiar un muladar ó recoger un mortecino, nada se hace en favor de estas cosas directa ni indirectamente: lo que se hace es evitar una peste, un contagio, una infeccion. Hacer esto no es ejercer un acto de caridad con el pantano, con el muladar y con el mortecino: es ejercerlo con nosotros mismos.

—Presentais las cosas de un modo que....

—Amigo mio, no es que presento las cosas de *un modo que*.... es que las presento del *único modo* que ellas deben ser presentadas: desde el punto de vista de la realidad. Cuando la sociedad ó el gobierno, funda escuelas, lo que hace es premunirse contra la ignorancia; cuando funda hospitales, lo que hace es premunirse contra el contagio; cuando funda hospicio, lo que hace es premunirse contra su-

aniquilamiento y su deformidad; cuando levanta un cuerpo de ejército lo que hace es premunirse contra la perturbacion de la paz pública. Eso mismo sucede cuando abre un camino, cuando echa un puente sobre un rio, cuando manda construir un faro, &c. Por supuesto que todas estas cosas útiles y necesarias pueden ser hermoseadas y á las veces lo son, en efecto, con el santo ropaje de la caridad; pero su esencia filosófica, en lo general, no es otra que la que yo determino. En una palabra, dado el órden moral del universo, la sociedad y el gobierno son las providencias inmediatas de sí mismos.

—Permitidme que os diga que no veo qué relacion tengan con vos y con Gil los deberes ó las necesidades ineludibles de la sociedad y del gobierno.

—Una mui clara. Desde el momento en que yo, por mi propia voluntad y mi propio esfuerzo, me he puesto á hacer en esta aldea lo que correspondia hacer á la sociedad y al gobierno con los desamparados de ella, tengo que hacer toda mi

jornada, como la harian aquellas dos poderosas entidades. ¿De qué serviria un establecimiento de esta clase, público ó privado, si se declarara vencido por una naturaleza rebelde como la de Gil, y estableciese el precedente de echar á la calle todas las *fieras* y los *reptiles* que hubiera en ellos?

El cura nada replicó, pero se puso á meditar. La señora Berta continuó.

—Aunque las ideas de la sociedad y las del gobierno están un poco confundidas sobre lo que es la *instruccion* y lo que es la *educacion*, hay, empero, entre éstas una gran diferencia: la educacion forma ó corrige los instintos físicos y naturales del hombre, y la instruccion cultiva su inteligencia. Un hombre bien educado es siempre un hombre bueno; no se puede decir lo mismo de un hombre bien instruido. Pues bien, amigo mio, las Salas de Asilo en todos los países del mundo, so capa de cuidar materialmente de los niños, tienen por objeto formar el corazon de los niños. El pueblo que logre formar el corazon de

todos sus hijos será un pueblo feliz. Los individuos de la especie humana pueden vivir sin inteligencia y sin instruccion, pero no pueden vivir sin moral, sin buenos sentimientos, sin amarse á sí mismos y sin amar á sus semejantes.

El cura siguió meditando

—En resúmen, amigo mio, yo quiero corregir el corazon de Gil en representacion de la sociedad y del gobierno. Si lo logro, habré creado un hombre. Por lo demás, vos sois testigo de lo bien que marcha la Sala y de los progresos que hace cada dia. No hay en el rebaño sino una oveja flaca, enferma y mañosa: Gil; pero Dios mediante ésta cambiará pronto.

El cura quedó convencido.

Aquel mismo dia al dar Tobi las buenas noches á su señora le dijo:

—Tengo que haceros una súplica.

—Habla.

—No; es tarde y estareis fatigada debido á la larga conversacion que habeis tenido con el señor cura.

—Nos has oido?

—La señora debe recordar que yo servia el té miéntras aquella tenia lugar.

—Ah! Si lo quieres, mañana hablaremos, mi fiel Tobi.

IV

Al dia siguiente, cuando la ocasion se presentó por sí misma, dijo Tobi:

—Pues, señora....

—Habla.

—Pues, señora, aunque dice el refran:

Ni con chanzas ni con véras
Partas con tu amo las peras;

Y aunque tambien dice:

Suelen lloverle las habas
Al que no tiene quijadas.

Es cierto

Que el que los lobos frecuenta
Ahullar como ellos se enseña.

—Serás siempre el mismo, Tobi. Hablarás siempre con refranes, dijo la señora Berta con dulzura.

—Cada cual se explica como puede, y los refranes dicen mucho más de lo que úno pudiera decir sin la ayuda de ellos.

Es el caso que ese pobre Gil....

—Quieres hablarme de él?

—Ciertamente, porque

Cuando el enfermo es de vida
La agua sola es medicina.

La señora Berta se sonrió. Luégo dijo:

—Comprendo ahora todo lo que me quieres decir. Me quieres decir que aunque no debes tomar parte en mis negocios, y Gil no merezca quizá lo que yo hago por él, lo haces porque ese pobre muchacho no tiene la culpa de ser lo que es, y porque siendo un enfermo jóven y robusto basta poco esfuerzo para curarlo.

—Sí, mi señora, eso mismo es lo que yo quiero deciros; pero jamas me habria atrevido á haceros reflexiones perentorias. No, jamas. Vos sois la discrecion y la inteligencia en persona; y aunque yo pisé escuela y suelo leer en libro, esas no son razones para atreverme á tánto. Además:

El asno que va á Roma
Asno retorna.

—No, Tobi, ese refran no es aplicable á ti. Conozco tu buen juicio y tu pene-

tracion, y tú no eres mi criado sino mi compañero; digo mal: eres mi amigo....

—Señora! exclamó Tobi sollozando de emocion. Yo vuestro *amigo !*

—Si largos años de una adhesion ilimitada y desinteresada no me autorizaran para llamarte amigo, ¿en qué podria consistir la amistad en la tierra? En mi orfandad, en mis penas, en mi horroroso aislamiento, ¿quién ha sido mi compañero, mi sosten, mi guia? Mi buen Tobi, dime cuanto quieras y háblame cuanto pudieras hablar con una hermana ó con una hija.

Tobi, que no pudo contenerse al oir estas palabras, se puso de rodillas y quiso besar los piés de su señora; y su emocion fué tan grande que se le olvidaron todos los refranes que sabia, no obstante que los sabia por millares.

—Me decias....me ibas á decir que Gil, dijo la señora levantando á *su amigo.*

—Os decia....iba á deciros á propósito de ese pobre muchacho, que

Es el amor de niño
Agua en cestillo;

Venga el amor de madre
Que ese no es aire.

—Te comprendo, Tobi, te comprendo: quieres decirme que si Gil hubiera tenido una madre....

—Sí, mi señora; si Gil hubiera tenido una madre, las cosas habrian pasado de otro modo, porque

No se cogen truchas
En barcas enjutas

—Dices pues?

—Digo que lo que le ha faltado á Gil ha sido una madre. Si la hubiera tenido habria sido un niño como todos, miéntras que ahora es un monstruo. Perdonad, señora, que os pregunte esto: ¿si los monstruos tuvieran corazon y sentimientos serian monstruos? El corazon del hombre no se desarrolla bien sino con el calor de la madre.

—Tobi, qué cosa tan cierta has dicho!

—¿Quién ha cuidado de él? continuó el *amigo* de la señora ¿quién le ha enseñado lo que es bueno y lo que es malo? ¿Quién le ha dicho: "Gil, hay un Dios á quien

debemos amar y revenrenciar. Hay una doctrina que debemos acatar? Nadie, señora mia. Pues bien, yo quisiera....si me lo permitierais....

—Qué deseas, Tobi?

—Quisiera servir de padre á Gil.

—Tú!

—Sí, quisiera adoptarlo por hijo con todas las formalidades de la ley y hacer por él lo que nadie querria hacer en este mundo, excepto vos, señora, que sois un ángel.

—Has pensado bien lo que me dices?

—Sí, mucho. Además, ¿por qué podria arrepentirme? Quiero tener á mi lado á ese infeliz y traerlo al sendero comun: es tan fácil y tan hermoso ser hombre honrado.

—Es tan malo ese infeliz! es tan incorregible!

—Señora mia, permitidme deciros no un refran sino un precepto.

—Dilo.

—Es este:

Procura siempre hacer bien
Y no repares á quién.

Una especie de rayo de luz iluminó de repente el cerebro de la señora Berta. Acababa de tomar forma definitiva en su espíritu una impresion antigua, que hasta entónces no habia pasado de ser una sombra. Esto hizo que se propusiese estudiar á fondo á Tobi. Hasta ese momento solo lo habia escuchado con benevolencia. Díjole pues:

—Gil es un desventurado á quien nadie podrá salvar. Yo he hecho por él cuanto era posible y lo que ha resultado ha sido que he traido al Asilo el desórden, la desobediencia, la desaplicacion, la contumacia y el mal ejemplo de carne y hueso en todos sentidos. Gil destroza los útiles de la Sala, maltrata á sus compañeros, les enseña cosas malísimas y da él solo más guerra que todos los muchachos malos de diez leguas á la redonda. Me siento fatigada con su peso y á cada instante me parece que voy á desfallecer. En una palabra, me he creado una alternativa desesperante: si lo expulso de la Sala, me hago la responsable directa de lo que llegue á ser ese muchacho —

probablemente el más criminal de los hombres — y si lo dejo en ella, acabará por destruirla hasta los cimientos.

—Hay un modo de evitar esa alternativa. Concedme lo que os pido y yo amansaré ese fiero animal. Bien sé que

Si está repleto el mortero
Mal lo maja un majadero;

Pero sé tambien que

A grandes cedros
Mayores vientos.

Y que

Continua gotera
Horada la piedra.

La señora Berta, dominada por la idea que acababa de formarse en su cabeza, miró con disimulo pero con mucha atencion á Tobi, ántes de decirle:

—Dices tántos refranes, que has hecho que recuerde yo alguno que tal vez pudiera venir al caso presente; es éste:

Quien siembra en el camino
Cansa sus bueyes y no coge trigo.

—Es cierto; pero como tambien dice el refran

Si el necio su mal escoge
No se queje ni se enoje,

dejadme ensayar. Yo haré de padre de Gil, y si esta prueba sale mala pondremos en obra otras.

Quedó convenido al fin entre la señora y Tobi, que éste llevaria á Gil á su habitacion para vivir con él, con facultades ilimitadas; pero que el acto de la adopcion no tendria lugar sino en el caso de que Gil se corrigiese completamente.

Segun su manía de aplicarle un refran á cada una de las circunstancias ó casos de su vida y de emplear estos como raciocinios en la conversacion, Tobi dijo al retirarse:

El salir de la posada
No es la más corta jornada.

El buen hombre creia que yá se habia puesto en camino.

La señora Berta se quedó largo rato pensativa, bien como entregada á antiguos y confusos recuerdos, bien como sumida en hondas cavilaciones, que al fin se resumieron y manifestaron en esta exclamacion: *Quién será este hombre?*

Luégo escribió al cura la carta que sigue:

" Amigo mio.

" Permitidme que me dirija á vos como
" lo hago siempre que se renuevan las lla-
" gas de mi corazon, ó que tengo gran ne-
" cesidad de trasmitir á álguien las más
" íntimas impresiones de mi alma. Acabo
" de tener con Tobi, á propósito de Gil,
" una larga y singular conversacion, que
" ha venido á hacer más fuerte en mí una
" sospecha que tengo de años atras. Me
" parece que Tobi no es lo que él dice y
" que su estado en la sociedad es muy su-
" perior al de un simple sirviente. Lo creo
" un hombre culto, y vos habeis podido
" juzgar por vos mismo de su claro discer-
" nimiento y de sus alcances. En la nece-
" sidad de ocultar á todo el mundo lo que
" es (Dios sabe por qué causa), y no pu-
" diendo dominarse hasta el extremo de
" hacer en todo tiempo y en todas las oca-
" siones el papel de criado, ha hecho una
" vasta recopilacion de proverbios y de
" refranes, y de ellos se sirve para hacer

"valer su talento, su prudencia y hasta "pudiera decir su acendrada virtud, sin "que nadie sospeche de él. Esta manera "de proceder es muy profunda, y no puede "ser sino el resultado de una inteligencia "verdaderamente admirable.

"Os llamo pues, mi amigo y mi consul-"tor, la atencion sobre este hecho y os "suplico que me ayudeis á descifrar el "enigma. Tobi vino á mi casa y entró en "mi servicio en la simple calidad de criado. "Esto hace yá muchos años.

"Lo resuelto respecto de Gil os lo co-"municaré de palabra.

"Vuestra servidora, *Berta.*"

V.

Entre los libros que la señora Berta llevaba para el mejor órden y buen régimen de la Sala de Asilo de la aldea, se hacian notar un libro de gastos, uno de notas y otro de visitas. En el primero llevaba la cuenta minuciosa de los egresos que causaba la Sala; en el segundo hacia los

apuntamientos relativos al carácter de cada niño, de su estado físico, de su conducta, &c; y el tercero le servia para conservar lo que escribian en él las personas distinguidas que visitaban la Sala, ó solo sus escritos autográficos. *

El libro de entradas era una libreta alfabética de cuyas páginas damos un *fac-simile.*

Nombre de los niños.	Número de la inscripcion.	Padres y recomendados.	Profesion de éstos.	Observaciones.
José Fierro.	18	Santos Díaz. En su ausencia Cleofe Osuna.	Carretero	Este niño va y viene sólo de la Sala á su casa. Véase la página 23 del Libro de Notas.

Con este método era muy fácil saber en cualquier momento todo lo concerniente

* Aunque la Sala de Asilo de la aldea era costeada por la señora Berta, habia junto de la puerta una cajita cerrada y con una rendija para recoger las limosnas de los visitantes. El producto de estas limosnas era empleado en premios para los niños más aplicados ó en vestidos para los más pobres,

á cualquier niño, estuviese éste aún en la Sala ó hubiese salido de ella desde mucho tiempo ántes.

En su incansable trabajar por el bien de los niños, la señora Berta no limitaba sus esfuerzos y sus esperanzas á la Sala de la aldea sino que habia recogido cuantos datos é instrucciones habia podido sobre las Salas de Asilo de Europa y de América y habia formado con ellos un folletico, el cual daba á todos los que visitaban la Sala de la aldea y enviaba por los correos á todas las autoridades y á todos los periodistas del país. Tobi solia burlarse de esta acuciosidad en su forma acostumbrada — los refranes — no por la acuciosidad misma, que era muy laudable, sino por los resultados de ella, que él no creia que fueran buenos. Decia pues á la señora Berta :

El que de otro se alimenta
Almuerza mal y peor cena.

—

Primero mis dientes,
Despues los dolientes.

O esto otro, en lo cual parece que habia algo de su propia cosecha:

Más da el duro
Que el desnudo,
Dice el refran;
Mas la experiencia nos dice
Que no dá ninguno.

Hé aquí parte del contenido del interesante folleto, cuyo título era

BREVE INSTRUCCION SOBRE LAS SALAS DE ASILO. *

" Las Salas de Asilo para los niños de " dos á siete años se conocen hace mucho " tiempo en Inglaterra con el nombre *In-* "*fant's schools* y se han extendido yá en " Francia, en Escocia, en Alemania, en " Suiza y en otros paises de Europa y " América. Suponiendo que las mujeres " sean siempre ilustradas para educar bien " á sus hijos, no siempre pueden seguir " libremente sus inspiraciones íntimas y

* Estas líneas son realmente extractadas de un escrito sobre la materia.

" dedicarse á ello. Las mujeres toman á " menudo parte en aquellas ocupaciones " que sostienen y alimentan las familias, " ocupaciones que suelen ser tan continuas " que no les permiten consagrar sino muy " cortos instantes á los deberes del amor " maternal. ¿Qué les sucede durante el " dia á los niños de un gran número de " trabajadoras y de artesanos que van á " ganar su vida léjos de sus habitaciones? " Que se les deja encerrados en una pieza, " casi siempre estrecha y mal ventilada, y " recomendados á una vecina que por las " mismas causas ó por otras semejantes, " no puede cuidar ella misma de sus pro- " pios hijos. ¡Cuántos accidentes sobre- " vienen á estos séres débiles que hubiera " podido evitar la menor vigilancia! ¡Cuán- " tas veces al volver de su trabajo han ha- " llado los padres á su hijo herido, quema- " do, estropeado y hasta ahogado ó ahor- " cado!

" Las Salas de Asilo, por pobres é insig- " nificantes que sean, hacen desaparecer " estos inconvenientes, y ademas alejan á

" los niños de los peligros de la vagancia
" y del contagio de los malos ejemplos.
" Las familias pobres y las clases laborio-
" sas aceptarian como un gran beneficio
" que sus hijos, durante las horas de tra-
" bajo, estuviesen no solo en seguridad sino
" ocupados en ejercicios físicos, morales y
" hasta industriales. Cuántas bendiciones
" no récibiria la voz oficial ú oficiosa que
" dijera: 'Tráeme esos niños, yo velaré
" por ellos, yo los cubriré con mis cuidados
" y repartiré entre todos mi amor y mis
" desvelos.'

" Hemos visto muchas Salas de Asilo
" con sus niños, sus juegos y sus reglamen-
" tos. ¡Qué rostros tan frescos y animados!
" Cómo corrian y saltaban aquellos cuerpe-
" citos frágiles bajo la influencia de un
" aire puro y de un sol benéfico! Pocas
" cosas llenan el corazon como este espec-
" táculo. Sin estas Salas — á donde cada
" dia van los niños alegres y en donde los
" recibe la beneficencia — en lugar de ro-
" bustecerse y de recibir lecciones prove-
" chosas, estarian marchitos por el desaseo

mos como las plantas que
e y de luz.

os algunos niños mendi-
izarse, porque han perdi-
za ó porque no conocen
cen, no pódemos ménos
andono de la sociedad
sto que no han abierto
alarios y preventivos,
s, á la miseria y á la

se entiende en In-
en Alemania, en
blecimientos que
todas clases: 1.º
2.º la educacion
cuando empie-
r. Las Salas
s familias un
solo sirviesen
al, en donde
dos y no re-
ni educa-
donde
so-

"ciedad y en donde empiezan á compren-
"der que cuando hacen el sacrificio de
"una parte de sus gustos y de su voluntad,
"tienen derecho de exigir de sus compa-
"ñeros un sacrificio semejante ó una con-
"cesion igual. Es en ellas en donde pue-
"den evitarse desde temprano las malas
"inclinaciones del corazon y del carácter.
"En efecto, si á la hora de comer los de
"más recursos no dan parte de sus provi-
"siones á los más necesitados, se les tacha
"de miserables y de egoistas, y esto los
"modifica y los corrige para lo venidero.
"Si alguno se manifiesta orgulloso ó vano,
"se le somete á un castigo leve y se le
"hace presente, en presencia de todos,
"que la igualdad es la reguladora de la
"Sala de Asilo; y como el que reclama
"hoy ayuda y asistencia hará mañana á
"su vez algun servicio á sus compañeros,
"se va fecundando en ellos el precioso
"sentimiento de la gratitud.

"Los niños contraen en las Salas hábi-
"tos de órden, de aseo y de obediencia, y
"dan á sus padres, cada dia, el inmenso

"placer de ver que su inteligencia se des-
"arrolla, que su corazon se nutre bien y
"que sus defectos y resabios desaparecen,
"pues son cada vez ménos turbulentos,
"ménos indóciles, más sumisos y más
"cariñosos.

"En la primera edad, cuando el niño
"pende aún de los brazos de su madre,
"exige de ésta cuidados que solo ella
"puede prodigarle; pero cuando la lucha
"por la existencia reclama todo el tiempo
"y toda la atencion de la madre; cuando
"la necesidad y no el cansancio la obliga
"á ocuparse de su hijo ménos de lo que
"ella quisiera, ¿no es sumamente venta-
"joso para ella poder confiar su niño á
"una persona paciente y virtuosa, habi-
"tuada á esa tutela y que le dará una
"educacion moral é intelectual bastante,
"cuanta más humilde sea su condicion,
"para emprender con provecho el largo
"y fatigoso peregrinaje de la vida?

"Ademas, si los niños concurren á las
"Salas de Asilo desde temprano, cuando
"lleguen á la edad de seis ó siete años, no

"tendrán repugnancia de ir á la escuela "ni de dedicarse á tareas más sérias, sean "del órden que sean. La Sala de Asilo es "la antecámara de la escuela.

"Para moralizar el pueblo, lo mejor es "formar el pueblo, y el mejor modo de "hacer esto es ir hasta lo más hondo de "la raíz de la sociedad: los niños.

"Los niños que dejan la Sala de Asilo "aun cuando no pasen de éstas á la es- "cuela sino al taller, llevan yá consigo la "simiente de su regeneracion.

"Cuando las Salas deben su orígen y "sostenimiento á la beneficencia privada, "tienen el nombre de *Salas de Asilo par- "ticulares.*

"Cuando deben su orígen y sostenimien- "to á un individuo que cobra por su ser- "vicio un *precio de escuela*, se llaman *Salas- "pensiones*; y cuando las costea el gobier- "no se llaman *Salas-públicas.*

"En todos los centros de poblacion debe "haber por lo ménos una Sala de Asilo, "y todos los vecinos deben esforzarse en "conseguir un local y en ponerlo en manos

" de una persona competente. Lo mismo " debe hacerse en las grandes fábricas, " en las grandes empresas y en las gran- " des haciendas. En Escocia hay muchas " Salas de esta clase.

" M. Cochin dice: 'La mayor parte de " las familias pobres no tienen mas recurso " que el *jornal* de cada dia, y los dias se " componen de *tiempo.* Si cincuenta fami- " lias emplea cada una una hora de tiempo " en el cuidado de sus niños, se pierden " cada dia cincuenta horas en el jornal de " los obreros. Reemplazando á aquellas en " este cuidado las Salas de Asilo, hay un " ahorro equivalente, más el beneficio mo- " ral, que es inestimable.'

" Toda Sala de Asilo ó Escuela de la " infancia necesita: un local capaz, sano, " ventilado y aseado, con habitaciones para " el director ó directora; muebles aplica- " bles al objeto y los útiles necesarios para " los ejercicios físicos compatibles con la " edad de los niños, y una cantidad mensual " para el sueldo del director y de sus ayu- " dantes, si éstos son necesarios. En los

" lugares de doscientos ó de trescientos " habitantes, en donde concurririan á lo " más veinte ó veinticinco niños á la Sala, " basta entenderse con una persona idónea " y que tenga una vivienda cómoda.

" En los distritos ricos debe la autoridad " hacer construir el local de la Sala y esti- " mular su apertura con algunos socorros " fijos. En las ciudades populosas se sos- " tendrán bien las Salas-pensiones, y has- " ta las Salas-modelos.

" Las Salas de Asilo deben estar en pisos " bajos (bastan veinte metros cuadrados " para cincuenta niños); sus ventanas de- " ben estar á dos metros del suelo para " que no sirvan de distraccion á éstos, " y deben estar corrientes para que pueda " ser ventilada la Sala dos veces, por lo " ménos, en el dia. En el extremo de la " Sala debe haber una gradería en anfi- " teatro, para que se sienten los niños " y sean visibles todos para el director " durante la clase. En los lados de la Sala " debe haber bancos fijos para la lectura " y la escritura, los cuales comunicarán

" con la gradería por anchos pasadizos para
" que se hagan sin tropiezo las marchas y
" contramarchas de los niños. Para el
" recreo debe haber un patio contiguo,
" nivelado y arenado, esto último si es po-
" sible.

" En algunas partes hay blusas de lienzo
" de diferentes tamaños para ponerles á
" los niños que están mal vestidos ó desa-
" brigados, y un reloj grande, una campana,
" una tinaja con agua, un silbato para los
" ejercicios, un estante para poner los úti-
" les de enseñanza, retales de seda para
" deshilar, ovillos de lana para obras de
" punto grueso, algodon para desmotar é
" hilar, aparatos para bordar, &c. Las me-
" jores directoras de las Salas de Asilo son
" las señoras acostumbradas á lidiar niños,
" de trato dulce, de órden, de mucho juicio
" y de conocimientos generales.

" Se ha dicho y con razon que la caridad
" es una virtud diaria; las Salas de Asilo
" no deben estar cerradas, pues, los domin-
" gos ni los dias feriados, á fin de que los
" niños puedan ser llevados á ellas en todo

“ tiempo y á todas horas, excepto de noche.
“ Un dia solo de vagancia en la calle ó de
“ abandono destruye toda la obra hecha
“ en un mes ó en más tiempo, por lo conta-
“ giosos que son los malos ejemplos y lo
“ susceptibles que son los niños de recibir
“ toda clase de impresiones.

“ Todo lo que se dice en estas pocas lí-
“ neas es de una evidencia axiomática. No
“ nos esforzamos pues en persuadir á nadie
“ de su verdad. Nuestro objeto es otro:
“ persuadir á todo el mundo de su *conve-
“ niencia.* Los niños, los niños; hé ahí el
“ mejor punto de partida de la asistencia
“ pública. Si se tratara de la excelencia de
“ los frutos exclamariamos: “Las semi-
“ llas; escoged bien las semillas. Ved que
“ sean sanas.”

VI.

Cierto dia se sintió en el camino de la aldea mucho ruido y poco despues se llenó la plaza de ésta de caballos y de coches. Era que pasaba de largo el Gobernador

de la provincia y su comitiva. Se trataba nada ménos que de una visita administrativa á algunos de los pueblos de la provincia; mas como el señor Gobernador no se habia detenido en dos ó tres distritos y hasta en más de una villa, era de creerse que no se detendria tampoco en la aldea. Sin embargo, apoyados en Tobi, que decia

Una cosa piensa el asno
Y otra el que lo va arriando,

diremos que no sucedió así, porque el oficial que iba mandando el escuadron que hacia la guardia de honor al Gobernador y que caminaba adelante para despejar el camino, entró en la aldea á fin de hacer tocar marcha á aquél cuando llegase á ésta, lo que hizo en efecto; y los empleados y demas individuos del cortejo áulico, que habian resuelto ofrecer un poco de sandwich y un trago de brandy al señor Gobernador, entraron tambien en ella. Hubo allí pues un rato de alegría, de expansion y de oratoria burocrática, que habria podido servir á cualquier observador imparcial para convencerse de que el

mundo y los hombres son siempre los mismos, ya tengan estos últimos por teatro el Asia de Darío ó la aldea de que hablamos, ya sean grandes ó pequeños. Cuando se oia algun ruido en el cielo preguntaba Anaxarco á Alejandro: "¿Eres tú que truenas, hijo de Júpiter?" En la plaza de la aldea hubo preguntas semejantes y adulaciones parecidas.

Un toque de corneta avisó á los guias del señor Gobernador (que de paso diremos que tambien era General) que habia llegado el momento de partir; y todos hubieran dejado la aldea en el instante mismo si un hombre no se hubiera abierto paso por en medio de los soldados, de los jinetes y de los coches hasta ponerse al habla con el señor Gobernador y logrado detenerlo.

El hombre de que hablamos era de estatura regular, flaco, cano, de ojos penetrantes y frente despejada. Estaba vestido de negro y la limpieza de su viejo vestido revelaba que era debida á un trato frecuente con el cepillo. A pesar de todo,

aquel vestido era el traje de gala del que lo llevaba.

El hombre de que hablamos era Tobi.

—Señor Gobernador, dijo á éste con acento respetuoso y vos clara y firme, mi señora, la fundadora y directora de la Sala de Asilo de esta aldea....

—Ola! exclamó el señor Gobernador interrumpiendo á Tobi, con que tenemos una Sala de Asilo en esta aldea!... ah! sí.... no lo sabia. Continúa.

—Mi señora la fundadora y directora de la Sala de Asilo de esta aldea, volvió á decir Tobi, mira como un singular beneficio de la Providencia que el señor Gobernador haya venido á este pobre y humilde lugar, y le suplica con todo respeto se sirva honrar la Sala con su presencia, aunque sea por unos pocos momentos.

—¿Quién es vuestra señora? preguntó el señor Gobernador.

—Excusadme, señor, no sé sino que es la fundadora y directora de la Sala y que se llama Berta.

El señor Gobernador sacó su reloj del bolsillo y despues de ver la hora dijo:

—Son pasadas las doce y tenemos que andar todavía unos quince kilómetros.... ademas, el tiempo anuncia lluvia.... ¿ qué decis, señores ?

Ninguno contestó directamente, pero sí se hicieron observaciones en voz baja, tales como éstas:

—¿ Qué puede ser una Sala de Asilo en este lugar ?

—¿ Qué clase de vieja loca será la tal *directora* y *fundadora* de que habla con tánta énfasis este sacristan endomingado ?

—Estoy seguro de que se espera desocuparnos los bolsillos en són de caridad.

—Bien, señores, dijo al fin el señor Gobernador, puesto que todos sois de mi misma opinion, en marcha !

—Perdonad, señor Gobernador, insistió Tobi. Es probable que durante el ilustre período de vuestro mando no podais volver á pasar por esta miserable aldea, y tambien lo es que no paseis nunca durante el resto de vuestra preciosa existencia. Recompensad el celo de la buena señora mostrándoos á ella por unos instantes y

estimulando á los huérfanos y desvalidos de la aldea con una voz de aliento, voz de mucha eficacia y de un recuerdo eterno para ellos, puesto que saldrá de vuestros egregios labios. Los hombres grandes, que son aquellos á quienes la fortuna coloca en los puestos eminentes, no exhiben toda su talla sino cuando se dignan descender hasta el polvo en que yacemos los pequeños. Se dice de vos en los periódicos del país que buscais siempre la oscuridad porque os gusta hacer la luz en medio de las tinieblas; venid pues á la Sala para que los niños desamparados os vean y os toquen, y puedan decir algun dia: "Yo fuí uno de aquellos afortunados á quienes el señor Gobernador de la provincia les dijo: —Bien, muy bien, hijos mios. Sed buenos y diligentes para que llegueis á ser, como yo, el orgullo del país y el sosten de la República!"

En un momento de entusiasmo dijo el señor Gobernador:

—Caballeros, todos á la Sala de Asilo!

Una salva de aplausos, de voces y de

manos, acogió esta patriótica determinacion del señor Gobernador. Esta demostracion, empero, era fingida, pues miéntras se encaminaban hácia la Sala decia uno:

—Qué idea! nos estaremos aquí dos horas y nos cogerá el agua en el camino.

Otro decia:

—El mensajero de la vieja loca cojea de clásico!

Otro:

—El cuervo éste huele á erudito!

Otro:

—¿Qué dicen ustedes del dómine que guardan estos montes?

Otro:

—Sospecho que el Ciceron de parroquia quiere que lo hagamos diputado.

Otro:

—Qué buena figura haria esta corneja en las filas de los oposicionistas.

Otro:

—Calla! es el orador de los huérfanos.

Cada una de estas observaciones era seguida de una explosion de risa.

A pesar de todo la visita á la Sala tuvo

algo de solemne. El escuadron formó en batalla delante de la puerta y sus cornetas volvieron á tocar marcha durante el desfile del señor Gobernador y de sus acompañantes; las gentes rezagadas de las inmediaciones se agolparon á la Sala de Asilo y el cura y la señora Berta hicieron los honores con toda gravedad.

Reinaba en la Sala un gran silencio. Su aseo era extremado y la señora Berta habia hecho de improviso algunos ramilletes y los habia colocado convenientemente para que perfumasen el aire. Los niños estaban de pié y en formacion, y cuando acabó la marcha de los guias, en el momento en que el señor Gobernador pasó el quicio de la Sala, entonaron un himno sagrado acompañados con las notas de un armonium que una persona desconocida habia regalado á la Sala. Nada más dulce que aquellas voces inocentes proclamando en coro la grandeza de Dios y su misericordia infinita.

Los niños hicieron luégo algunos ejercicios y mostraron al señor Gobernador y á

sus acompañantes algunos trabajos. Se hicieron á los más aprovechados algunas ligeras preguntas, y la sencillez y solemnidad del acto fueron táles, que muchos de los que al principio se habian reido de la figura grotesca de algunos niños, de lo grueso de sus piés ó de lo voluminoso de sus estómagos, acabaron por dejarse subyugar por el porte distinguido de la señora Berta, las francas maneras del cura y el bellísimo conjunto de toda la escena.

Al terminar, hizo la señora Berta que los niños más aplicados, como premio, se acercasen y se despidiesen del señor Gobernador besándole las manos. Los favorecidos con esta distincion lo hicieron con el pechito lleno de júbilo, y los muy pocos que representaban la zizaña en aquel campo de espigas doradas se avergonzaron y se prometieron hacerse mejores en lo venidero.

Los niños tienen tambien honor y emulacion.

No hay para qué decir que Gil no brilló en aquel acto sino por la omision estudiada que se hizo de él; tampoco merecia otra

cosa. Sin embargo, mucho llamaron su atencion los dorados de las casacas de los oficiales que acompañaban al señor Gobernador y las plumas rojas de sus chacós, y desde ese dia no pensó en otra cosa sino en tener un vestido como esos, que le parecieron ser de príncipes ó de gentes del cielo. Ese feliz deseo nació en su corazon como nace una flor en un campo de ceniza, y tuvo alguna influencia en los destinos de su oscura y trabajosa vida.

El señor Gobernador felicitó á la señora Berta por su consagracion al servicio gratúito de los niños pobres, y al cura por su valiosa ayuda. Luégo manifestó lo apesarado que se apartaba de la Sala por no poder hacer nada por ella, debido á la mala índole de la provincia, á los asiduos cuidados que exigia de él el mantenimiento del órden y al mal estado crónico del tesoro.

La señora Berta le dió las gracias por el honor que le habia hecho á la Sala visitándola, y se atrevió á insinuarle que la Sala no necesitaba, gracias á la bondad del Sér

Supremo, auxilio de ninguna clase; pero sí le suplicó se dignase pensar un poco en la conveniencia de establecer buenas Salas de Asilo en los pueblos de la provincia. El señor Gobernador le contestó:

—Teneis razon, y yá pensaré en ello. La autoridad ha sido creada en las repúblicas para servir y honrar al pueblo.

Un centenar de vivas acogió estas enfáticas palabras.

Despues de recoger en el libro respectivo las firmas del señor Gobernador y de sus acompañantes, y despues de que Tobi hubo distribuido á todos ellos el folletico titulado Breve instruccion sobre las Salas de Asilo (lo que hizo con cierto aire de burla, como quien no esperaba nada de aquellas gentes), terminó la visita. El escuadron volvió á tocar marcha y á presentar las armas al digno Jefe de la provincia, rodaron los coches, se encabritaron los caballos y poco despues la aldea, un momento perturbada por el personaje que la acababa de dejar, volvió á su silencio y á su quietud habituales. En la con-

fusion que hubo á la salida, ninguno de los acompañantes del señor Gobernador, ni éste mismo, vió la cajilla en que se recogia la limosna para vestir á los niños pobres de la aldea, no obstante que sobre ella habia un cartel que en letras de á palmo indicaba su objeto.

No hubo tempestad como se temia. Por el contrario, desaparecieron las nubes, se abrillantó el sol y los campos lucieron como en uno de los mejores dias de primavera. Como los pescadores de Durazzo, aquellos hombres llevaban consigo á César á y su fortuna. Este César era el mismo hombre que mandaba la partida sediciosa que puso la emboscada que mató al padre de Gil y dejó viuda á Ana.

Algun tiempo despues de haber pasado el señor Gobernador por la aldea, Tobi presentó á la señora Berta un gran cuaderno impreso. Esta lo recibió y le dijo:

—¿Qué me traes, mi buen Tobi?

—Es un ejemplar de la Memoria que el señor Gobernador ha presentado este año á la Legislatura, respondió Tobi.

—Veamos lo que dice de la Sala, dijo la señora Berta, quien tomó el cuaderno y lo ojeó largo rato.

Tobi parecia un poste en presencia de su ama. No se movia porque estaba resuelto á no separarse de donde estaba hasta saber qué decia de la Sala de su señora aquel magistrado á quien él le habia dicho que gustaba de hacer la luz en medio de las tinieblas y que era el orgullo del país y el sostén de la República.

Al fin encontró la señora Berta lo que buscaba y lo leyó para sí. En seguida dejó caer el sobrecejo.

—¿ Parece que no habeis quedado contenta? dijo Tobi con burlilla.

—No, Tobi. Las gentes de edad debemos tener seriedad en nuestras cosas, y más las encargadas de funciones públicas. Escucha lo que ha escrito ese buen señor.

La señora Berta leyó en voz alta :

......"Á propósito de beneficencia, me
" creo en el deber de recomendar al aplau-
" so de las almas caritativas, al siglo y á
" la historia, á la señora Berta Quiñones,

" que á sus espensas y bajo su direccion
" mantiene una escuela de primeras letras
" en la aldea de......Ejemplo semejante
" no será perdido para nuestra naciente
" democracia, que cada dia da más y más
" pruebas á las naciones de allende el pié-
" lago de que la igualdad, la libertad y la
" fraternidad no son palabras vacías de
" sentido en nuestra vírgen y risueña Amé-
" rica."

—Ni yo soy Quiñones, ni tengo escuela, ni este hombre tiene sentido comun, dijo la señora Berta con enojo.

Aunque el tuno de Tobi se estaba riendo por dentro, siguió mudo é inmóvil como una estatua.

— Bien, dijo la señora despues de un rato de silencio, qué dices de esto ?

—Digo, señora, que los tiempos son frívolos.

—No, Tobi : son desgraciados.

—Quizá, dijo Tobi arrepentido de haber dicho una palabra cuya profundidad en las circunstancias hubiera sido una revelacion para la señora respecto de lo que en reali-

dad era él. Por fortuna, la señora Berta no se fijó ó aparentó no fijarse en lo que su criado le dijo. Tobi tomó entónces su aire de vulgaridad habitual, y se volvió á los refranes, de los que era pródigo más que Sancho, y agregó:

El sol que mucho madruga
Brilla mucho y poco dura.

—En ocasiones te falta el juicio por completo, Tobi, dijo la señora. El Gobernador puede ser tan insustancial cuanto se quiera, pero no puede ser acusado de haber prometido nada. Si madrugó mucho y brilló poco de cierto no fué para la Sala.

—No lo digo por él, dijo Tobi.

—Bien, lo dices por mí. ¿Quiéres burlarte de mí?

—Burlarme de vos, señora! Sabeis demasiado que no es así; no. De quien me burlo es de otros, y si pudiera me burlaria de la humanidad entera, porque despues de ocho ó diez mil años no ha acertado aún á coger el camino que debe seguir en la tierra......Al llegar á aquí, Tobi se detuvo asustado como quien ve abrirse de re-

pente un abismo delante de sus piés. Comprendió que el lenguaje que estaba usando lo perdia porque no podia ser el de un criado, y volvió rápidamente hácia atras. Aunque la transicion hubiera sido más brusca de lo que fué, la señora Berta no habria dado muestra ninguna de haberla notado. Tobi continuó así:

—Digo pues, señora, lo que el refran dice:

Piensa en tus duelos
Y no en los ajenos

Y tambien:

La súplica con oro
Lo alcanza todo;
Pero pobre y aislada
No alcanza nada.

—No pensabas lo mismo el dia que estuvo aquí *ese hombre*.

—¿Por qué me decis eso, señora?

—Porque ese dia le dirigiste un discurso que segun los que lo oyeron merecia haber sido impreso.

—Me reprochais?

—No, hago lo que tú haces.

—Si los tiempos no fueran frivo.... quiero decir que ese discurso no fué sincero, y os confieso ahora, como yá me lo he confesado á mí mismo muchas veces, que hice mal en burlarme del señor Gobernador por la resistencia que hizo para visitar la Sala. Por otra parte, vos no debiais echarme en cara lo que hice por vos, señora, solo por vos.... teniais interes en eso de la visita; y

Allí donde el mirlo yanta
Allí brinca y allí canta.

Y

Aquel que quiere á Beltran
Quiere tambien á su can.

—Cállate, Tobi; deja tus refranes, que en ocasiones son verdaderas impertinencias. Hablemos como se debe. Tú no eres lo que aparentas, y....

—Qué ?..yo? balbuceó Tobi y tembló.

La señora Berta vió aquella turbacion y pensó que habia ido demasiado léjos. Retrogradó pues y dijo:

—Sí, tú no eres lo que aparentas, pues aunque eres de condicion humilde tienes

más discernimiento que cualquiera de las personas de tu clase. Yo no me habia hecho la ilusion de creer que el Gobernador hiciera nada en favor de la Sala de este lugar, ¿qué podia hacer? Pero esperaba que hiciese algo en favor de la institucion en general. Se ha dicho que las costumbres hacen las leyes y que las leyes hacen las costumbres. Yo creo que ambas cosas son ciertas, y la ley puede crear la saludable costumbre de las Salas de Asilo si las establece y las mantiene.... por esta vez le hemos pedido peras al olmo. No será la última.

Desde aquel dia la señora y su criado, sin faltar á ninguna de las conveniencias, se miraron como pudieran mirarse dos abismos vecinos que tuvieran ojos y conciencia de ser la oscuridad y el peligro. Ademas, sentian que no debian separarse, pero hubiera querido cada cual hallarse á cien leguas del otro. Se tenian miedo, porque cada cual creia que el otro habia descubierto su secreto.

—Sola! sola! imposible! se decia la se-

ñora Berta al fin de todas sus reflexiones, cuando pensaba en separarse de Tobi.

—Solo! solo! imposible! se decia Tobi en las altas horas de la noche, que eran las de sus largos insomnios, cuando pensaba en alejarse de la aldea.

Una noche, al sentir Tobi la respiracion tranquila de Gil, que dormia á su lado, se tranquilizó y se sonrió como un niño que se despierta despues de un sueño horroroso y ve que el sol dora yá las blancas cortinas de su lecho y que álguien lo acompaña.

—Ah! dijo, no estoy solo. Dios mio, me habeis dado por compañero el *perro de la aldea* y yo lo acepto como un presente de felicidad. Él es todavía un perro salvaje, pero quizá.... Otros han sido tigres y leones, y despues....

VII.

Así la señora Berta como Tobi, aunque vestidos con el sencillo traje de la felicidad vulgar, eran profundamente desgraciados, y sus almas eran dos tempestades conti-

nuas. Separada la una del otro por la desigualdad aparente de sus condiciones sociales, estaban unidos en espíritu y en verdad, y nunca fué Tobi en la casa de su señora sino el consejero y el amigo. Desde los primeros dias de entrado en su servicio conoció la señora Berta que aquel hombre no era lo que él decia y que algun secreto muy hondo era el móvil de su ficcion. Respetóle pues siempre, y tuvo siempre por él la simpatía que infunde una desgracia mal velada.

A su vez, Tobi sospechó que la que él llamaba *su señora* llevaba una vida impuesta por la fatalidad y que un gran misteterio era la causa de aquella soledad y de aquel aislamiento. Pero ambos habian vivido tranquilos, al ménos cuanto cabia en sus respectivas situaciones, hasta que á fuerza de observarse en silencio y de conjeturar y más conjeturar, llegaron casi á descubrirse. Como los unia la virtud, hija en ellos del arrepentimiento ó simple dón de sus corazones, acaso no pudieron ménos de temblar cuando sospecharon que sus

vidas habian sido tormentosas y tal vez culpables. Creian que hablar y decirse lo que habia les era imposible — cuando hubiera sido lo mejor — y acabaron por temer que el uno huyese del otro. Este temor, empero, era mayor en la señora Berta, ya por ser mujer, ya porque al tiempo que tenia ciertos escrúpulos respecto de sí misma, hallaba irreprochable á su compañero. Cuando exclamaba con terror *sola! sola!* lo hacia porque tenia miedo á la austeridad de Tobi. Cuando por su parte éste decia *solo! solo!* lo hacia porque suponia que una vez descubierto, tendria que alejarse de su compañera.

Sin embargo, estos nublados pasaron pronto y la serenidad volvió á reinar en los corazones de aquellas dos buenas personas.

Entre tanto Tobi habia logrado hacer progresos maravillosos en la correccion de Gil. Primeramente trató de inspirarle confianza, para lo cual solia llamarlo con misterio y llenarle á escondidas las manos de confites; otras veces lo llevaba al comedor de la casa y le hacia comer presas de pollo;

tajadas de jamon ó pedazos de pastel. Estó hizo que el muchacho lo acechase y lo siguiese como si hubiera sido verdaderamente un perro. De las golosinas pasó Tobi á los juguetes y regaló á Gil trompos, bolas de cristal, muñecos de carton, cocas, &c. En ocasiones, ántes de hacerle el regalo, lo peinaba, le componia el vestido, le cortaba las uñas de las manos y de los piés ó le hacia lavarse la cara. Despues le decia:

—Si durante la semana se maneja usted bien en la Sala y llena su tarea, le daré algo que le va á gustar mucho.

Gil no le prometia nada, pero sí le preguntaba, siempre que lo veia, qué cosa era la que iba á darle al fin de la semana.

Cierto dia tuvieron Tobi y Gil la siguiente conversacion:

—La señora Berta está enojada con usted porque usted no se conduce bien.

—Yo no quiero á la señora Berta, dijo Gil.

—¿Por qué no la quiere usted?

—Porque es muy brava.

—No, Gil; la señora Berta es muy buena.

—Con los otros sí, pero conmigo no.

—Qué haria usted si la señora Berta fuese la madre de usted?

—Tampoco la querria.

—Usted no siente eso, Gil. Dígame, ¿en dónde está la madre de usted?

—Mi madre se murió.

—La recuerda usted?

—No la recuerdo

—Y si viviera la querria?

—Á ella sí.

—Y á su padre?

—A él tambien.

—Y si tuviera usted hermanitos?

—Yo tengo una hermanita.

—Tiene usted una hermanita, Gil? ¿En dónde está?

—No sé.

—¿Cómo sabe usted que tiene una hermanita?

—Me lo ha dicho la tia Plácida.

—Y no le ha dicho en dónde está?

—No me ha dicho.

—Cómo se llama su hermanita?

—No sé.

—Quisiera usted ver á su hermanita?

—Sí quisiera verla.

—Yo voy á llevarlo á usted á donde ella está.

—Cuándo?

—Un dia de estos, cuando usted no haya cometido faltas en la Sala.

—Me llevareis á la ciudad grande? Yo he tenido ganas de ir hasta allá. La tia Plácida dice que yo nací allá y que mi padre era carpintero, que se fué á la guerra y que no ha vuelto más. ¿Cuándo me llevareis á la ciudad grande?

—Cuando me diga usted que la señora Berta es su madre y que la quiere bien; cuando me confiese usted que todos los niños de la Sala son sus hermanitos, y que usted los quiere bien.

—Y si la señora Berta es mi madre y si los niños de la Sala son mis hermanitos, ¿quién es mi padre?

—Dios, que es el padre de todas las criaturas y especialmente de los huérfanos como usted.

—Sí, Dios es el padre de todos; pero yo

quiero tener un padre aquí en la aldea como todos los niños: Dios está en el cielo.

—¿Quién quiere usted que sea su padre en la aldea?

Gil vaciló un poco, luégo dijo y abrazó las piernas de Tobi:

—Yo quiero que vos seais mi padre.

Por la primera vez de su vida brotaba en el pecho de Gil un sentimiento de cariño. Tobi sintió que el corazon de aquel desgraciado latia con violencia, y dos lágrimas de felicidad cubrieron sus ojos.

Gil no soltaba las piernas de Tobi, pues creia que si las soltaba aquél no le ofreceria ser su padre. Miéntras esto tenia lugar recordó Tobi este pensamiento de lord Bacon: "La bondad y la grandeza del alma se presenta de varios modos. El hombre que recibe con urbanidad y afabilidad á un extranjero, manifiesta que se interesa por todos los paises del globo y que su corazon no es una isla sino un continente unido con ellos." Y agregó: "Yo soy aquí el extranjero y este niño es el hombre! Todo se puede esperar de un corazon que sabe latir."

En honor de Tobi diremos nosotros, recordando tambien á lord Bacon: "El que se compadece de las miserias y desgracias de sus semejantes, demuestra que su corazon es parecido á un árbol saludable, que se daña á sí mismo cuando no da el bálsamo que posee."

Despues de algunos años de una absoluta bestialidad, Gil, el pobre Gil, sintió la necesidad de amar á álguien, y amó á Tobi. No era suya la culpa si nadie se habia tomado ántes el trabajo de despertar en su pecho los sentimientos que tiene toda criatura racional.

—Este niño, se decia Tobi, no ha sido insensible sino porque no se le ha sometido á un régimen adecuado. Yo le he inspirado confianza, y esa confianza ha hecho brotar en él el amor. ¿Cómo podia vivir este corazon si le ha faltado el calor de la madre?

Gil continuaba abrazado de las piernas de Tobi, y como éste estuviese engolfado en sus cavilaciones, al fin prorumpió en llanto y le dijo:

—Vos tambien me aborreceis y me despreciais como todos!

Tobi sintió que la voz se le hacia nudos en la garganta. Aunque aquel era un niño, su alma volvia del país de sombras del pecado y se desolaba al verse en la luz. Sin embargo, no creyó prudente dejarle conocer su emocion y le dijo:

—No, yo no lo aborrezco á usted, Gil, ni nadie lo aborrece en la aldea. Lo que hay es que usted se maneja mal. Esto nos desagrada á todos. Si usted fuera bueno....

—Quereis que sea bueno?

—Sí.

—Si lo soy, sereis mi padre?

—Lo seré.

—Y me querreis?

—Sí.

—Y me enseñareis?

—Sí.

—Y estareis siempre conmigo?

—Siempre.

—Pues bien, yá soy bueno, dijo Gil con un tono casi solemne.

—No basta decirlo: hay que probarlo, y para eso voy á dar á usted un plazo.

—Es inútil: yá soy bueno. Hasta ahora he sido malo porque no queria á nadie y nadie me queria á mí. Antes era el perro de la aldea, ahora voy á ser el hijo de Tobi. ¿ Es cierto, padre mio? dijo Gil, y se arrodilló delante del hombre misterioso que lo habia subyugado con su trato y con su compasion inteligente.

—Qué hace usted, Gil? preguntóle éste.

—Pediros una caricia, porque yá soy bueno.

—Hijo mio! exclamó Tobi, y estrechó al huérfano contra su corazon.

—Gil habia dicho la verdad. Yá era bueno.

El anciano y el niño lloraron abrazados.

Aquella conversacion habia tenido lugar debajo de unos árboles gigantescos, junto de unas piedras y en las orillas del torrente que da frescura y rosas á la aldea. El sol, que se ponia, tendia su rayo horizontal con esplendidez, y al tenderlo realzaba sobre el verde de los campos y los primeros vapores del crepúsculo aquellos dos séres, principio el uno y remate el otro de la vida.

Si álguien los hubiera visto los habria tomado por un hombre y un niño que gozaban dulcemente de las bellezas de la tarde. Pero eran más que eso: el hombre era un peregrino que llegaba al término de su viaje, y el niño una alma purificada que iba á emprender el suyo. Y cosa singular! el uno entraba en la vida por el mismo camino por donde salia el otro de ella: el arrepentimiento.

Un mes despues de aquella noche memorable, habia en la Sala de la aldea una hermosa fiesta. Esa fiesta tenia un nombre particular: *fiesta de la Expiacion.* No daremos cuenta de ella, empero, sino despues de aclarar algunos puntos oscuros de nuestra historia.

Cierta noche, despues de haber tomado el té, dijo el cura:

—Y bien, Tobi, ¿nos cumplireis esta noche vuestra palabra?

—No hay inconveniente para ello.

—Entónces sentaos en este sillon: estareis en él más cómodamente que en otro asiento, dijo la señora Berta.

Tobi obedeció y dió las gracias á la señora con una inclinacion de cabeza y el aire de una persona distinguida y de mundo.

Sobre la mesa habia una lámpara, que alumbraba á media luz porque el cura estaba enfermo de los ojos.

Aquella noche era de invierno y caia un aguacero acompañado de los bramidos del trueno y de los silbidos del huracan. Los árboles se agitaban con violencia, y el torrente de la aldea, crecido con las lluvias, dominaba por instantes todos los ruidos de la borrasca.

De cuando en cuando entraba en la habitacion el cárdeno destello de los relámpagos y cubria con una palidez mortal los rostros de la señora, del cura y de Tobi. Esta palidez parecia mayor realzada por el color negro de sus vestidos. Sin embargo, el desórden y la furia de los elementos no causaba ningun cuidado en aquellas tres almas tranquilas.

Tobi habló de esta manera:

—No os diré mi nombre ni el de mis

padres porque esto solo conduciria á mezclar en mi pobre y mala historia, personas á quienes respeto y que nada tienen que ver con los desórdenes de mi vida. De estos desórdenes soy yo el único responsable.

La señora Berta recibió esta introduccion con un hondo suspiro y el cura con una señal de aprobacion. Tobi continuó así:

—Nací rico y recibí una instruccion digna de mi fortuna y del claro entendimiento que me dió el cielo. Despues de educado visité el mundo, busqué y encontré aventuras y por último me casé con una preciosa mujer, quien aumentó mi caudal con una dote cuantiosa. Por aquel tiempo me creia el más feliz de los mortales: al ménos tenia todos los medios de serlo.

Nos avecindamos con mi esposa en Paris y por un año entero fuimos dos tórtolas enamoradas que vuelan acá y allá siempre con el arrullo en el pico y la alegría en las alas. En medio de nuestro aturdimiento y de nuestros frecuentes placeres ambos

esperábamos secretamente algo. Ese algo era un hijo.

La señora Berta volvió á suspirar con fuerza. Tobi continuó.

—Pero se pasaron dos años y ese hijo no vino al mundo. Esto hizo que mi esposa se pusiese triste y que yo sintiese el primer azotazo del fastidio. *El fastidio*, ha dicho Walpole, *es la desgracia de las personas dichosas*, y Walpole ha dicho una gran verdad. Tambien se ha dicho que el fastidio es la plaga de la naturaleza humana y que la mayor parte de las malas acciones, de las imprudencias, de los errores y de las locuras que se cometen diariamente en el mundo son causados por él. No lo creo así, puesto que los desgraciados, los que lloran y los que tienen que comprar el pan de cada dia con el sudor de su rostro, no tienen tiempo de fastidiarse. Opino como Walpole: el fastidio es hijo de la saciedad.

En el tercer año de nuestro matrimonio aumentaron la tristeza de mi esposa y mi fastidio. Nos buscamos ménos, nos quisi-

mos ménos, y cada uno de nosotros fundó su desvío en la inculpacion que hacia al otro de ser la causa de que no tuviésemos familia. Yo decia: *es tan endeble mi mujer*. Mi esposa decia: *me casé con un hombre gastado*. La verdad es que ninguno de los dos tenia razon.

En el cuarto año la creciente tristeza de mi esposa se convirtió en enfermedad. No comia, no bebia, no paseaba, no tenia amigas, no se presentaba en la sociedad. Últimamente se metió entre la cama á suspirar, á llorar y á esperar la muerte con ansiedad. Esto aumentó mi fastidio. Así como ella habia dejado sus trajes, sus diamantes, sus coches, sus jardines, abandoné yo mis libros, mis pinceles, mis caballos, mis armas de cacería, mis amigos, y me encerré en mis habitaciones á estremecerme de frio y á pasar las horas enteras con la cabeza entre las manos. Poco tiempo despues era un completo autómata. Mi inteligencia y mi razon no habian perdido nada, pero no valian nada á mis ojos, como no valian nada mis rique-

zas, que aún estaban intactas. Habia gozado tánto de todo, que nada me causaba yá placer en la vida. Solo me mortificaba el estado de mi esposa, que se acababa más y más de tristeza, de inanicion y de nostalgía.

En la necesidad de reaccionar, esto es, de sentir la vida de algun modo, aun cuando fuera echándome pringues de aceite hirviendo ó dejándome morder de una culebra, buscaba y buscaba con mi imaginacion una escala, bien fuese para subir á la altura ó para bajar al abismo. Un dia asaltó mi turbado espíritu una idea diabólica: pensé en el juego.

—En el juego! exclamaron á un tiempo la señora y el cura.

—Os confieso que hubiera sido mejor pensar en el trabajo, en la beneficencia, ó si quereis en el infierno mismo; pero fué así: pensé en el juego. Siempre habia oido decir de él que es lo único que hace olvidar su cetro á los príncipes.

—Y jugásteis? preguntó el cura aterrado.

—Hice algo más que eso, contestó Tobi; ó mejor dicho, hice lo que todos los jugadores: me arruiné y arruiné á las personas que dependian de mí.

La señora y el cura lanzaron un gemido. El imperturbable Tobi continuó.

—Jugué mi propio caudal, la dote y las joyas de mi esposa y hasta la confianza de mis amigos, porque jugué el dinero que les pedí prestado.

Miéntras yo buscaba en las casas de juego de Paris y de los lugares célebres por sus baños, modo ó manera de hacer que ese verdadero Pactolo que corre en las mesas de juego corriese solo hácia mis bolsillos, mi esposa, más triste que nunca, más enferma y más abandonada, cumplia con los santos deberes de una cristiana y se disponia para morir. Una noche, fué la última (al decir esto el corazon de aquel hombre de acero hizo traicion á su fiereza y dos lágrimas aparecieron en sus ojos; sin embargo, era tal su inmutabilidad, que más que lágrimas parecian dos gotas de rocío rodando en las mejillas de una es-

tatua de piedra).... Una noche al entrar en mi casa, yá completamente arruinado, se acercó á mí con miedo y respeto la mujer que servia de criada á mi esposa y me dijo: —"Perdonad: os estaba esperando porque mi señora desea hablaros un momento y os ha estado aguardando toda la noche." No dije nada á la sirvienta, pero sentí que la vergüenza y los remordimientos me destrozaban como habia sido destrozado Lodbrok de Edda en el hoyo de las víboras. Era yá tarde sin embargo. Un momento despues estaba delante de mi esposa.

—Os he molestado, me dijo ésta con una voz de ángel, porque voy á partir para el lugar de donde no se regresa jamas, y quiero despedirme de vos.

Yo callé como debia callar un reo en presencia de su juez: hacia seis meses que no veia á mi esposa. Esta continuó:

—Lo sé todo y no os acuso. Dadme vuestras manos, quiero besarlas.

—Jamas! dije entre sollozos. Vos, la virtud misma, besar las manos del hombre

que os ha matado con su abandono! No, jamas! esas manos son el instrumento de nuestra ruina.

—Por lo mismo, dijo mi esposa. Quiero dejar en ellas la huella de mis labios moribundos, para que cuando vayais á coger las cartas ó los dados, mediteis si debeis profanar tambien mi memoria y hacer inútil mi martirio.

Comprendí entónces la sublimidad del propósito de mi esposa y caí de rodillas delante de ella. Mi esposa cogió mis manos y las besó. Luégo me miró con dulzura, con esa expresion inefable de los agonizantes, y me dijo:

—Puesto que yá hemos hecho las paces y puesto que no debo ocultar nada cuando voy á comparecer delante de Dios, sabed que muero amándoos como el mismo dia en que estos labios, ahora marchitos y entónces frescos, os dieron el *sí* nupcial. Esas fueron sus últimas palabras.

Quedéme sólo con aquella criatura, que habia tomado de repente el frio, la dureza y el color del mármol, y despues de con-

templarla largo rato con todos los pavores de que estaba poseida mi conciencia, me dije:

—Yo saqué esta niña de la casa paterna, linda, pura y fresca como un lirio. ¿Qué he hecho de ella? Ahí está lo que he hecho de ella. Al decir esto me pareció que los padres, y los hermanos, y los parientes de mi esposa, de todos los cuales era ella el encanto, unos vivos aún y otros muertos yá, me rodeaban enfurecidos y me mostraban con el dedo y decian: "Muerte y escarnio para el infame!"

Me faltaba aún cometer la última iniquidad. Al empezar á clarear el dia, me arrodillé y oré delante del cadáver de mi esposa. Cuando me puse de pié todavía no habian empezado á cantar los pajarillos. En seguida salí de la habitacion y cerré la puerta. Me iba en busca del Sena: no tenia un óbolo, ni un sólo óbolo, y la policía me estaba buscando para llevarme á la cárcel por deudas.

—¿Abandonásteis el cadáver de vuestra esposa? dijo la señora Berta atónita.

—No podia hacer otra cosa: mi permanencia á su lado hubiera expuesto su defuncion á un escándalo. Ademas, yá os lo he dicho: yo iba á hacer lo único que podia: iba al Sena.

—Y á qué ibais al Sena? preguntó el cura sencillamente.

Tobi no respondió. El cura miró á la señora Berta como haciéndole la misma pregunta. Esta se cubrió la cara con las manos y guardó silencio. Tobi continuó:

—Habia resuelto echarme á ahogar. Podia huir de mi familia y de la familia de mi esposa, podia huir y esconderme de mis acreedores; pero no podia huir y esconderme de mí mismo! Era reo ante mi propia conciencia y queria poner entre ella y yo la piedra del sepulcro. Mas ¡oh Providencia siempre misericordiosa! al apoyar las manos sobre la barbacana del puente desde el cual me iba á arrojar entre las ondas del rio, me pareció ver escritas en ellas estas palabras con letras de fuego: *Deteneos, infeliz! Vive y expía.* Eran los ósculos de mi esposa!

Me detuve, pues, y resolví vivir para expiar mis culpas, que son muy grandes sin duda. Desde aquel dia, siempre que he ido á cometer un pecado, una falta, un error que sea, me miro las manos y veo en ellas un letrero que me dice: *no hagais eso.* Entónces me detengo, ó mejor dicho, me salvo y bendigo á mi esposa, quien me ha reconciliado con Dios reconciliándome con mis deberes de hombre de bien.

Aquí parecia que habia terminado la historia de Tobi, pero éste continuó:

—Mi esposa llevó más léjos todavía sus bondades. Cuando me aproximé á su lecho de muerte, puso en uno de mis bolsillos una carta, que encontré pocos dias despues. Hé aquí esa carta.

Tobi puso de presente un papel amarillado por el tiempo, gastado y lleno de manchas. Esas manchas las habian hecho las lágrimas de Tobi, que leia todos los dias esa carta y todos los dias lloraba sobre ella.

La carta decia así:

“ Esposo mio.

" Desde que supe lo que haciais con nues-
" tro caudal y el de vuestros amigos, en-
" treví el abismo en donde vendriais á pa-
" rar. Sustraje entónces de mis haberes
" particulares la suma de que trata el do-
" cumento adjunto, que otorgué á vuestro
" favor, y que podeis recoger en la casa
" de nuestro notario. Esa suma gana un
" interes moderado y lo seguirá ganando
" miéntras no se disponga de ella. Cuando
" leais esta carta habrá llegado el cruel
" momento que he temido durante los últi-
" mos años de mi triste vida, sacad entónces
" esa suma del poder de nuestro notario
" y huid léjos de Francia. Si alguna vez
" os viene la maldita idea de jugarla,
" pensad en que ella podria ser la dote de
" vuestra hija ó el patrimonio de vuestro
" hijo. Vos habriais sido con ellos ménos
" cruel que con su madre."

—Y esa suma? preguntó el cura entre el temor y la esperanza.

—Esa suma, dijo Tobi sonriendo, está intacta y será la herencia de Gil regenerado.

El cura se puso de pié y bendijo al anciano. La señora Berta se arrodilló y oró.

La tempestad, que cada instante habia estado más furiosa, se calmó como por encanto. Quizá juzgó débiles sus furias delante de las pasiones del hombre aplacadas. Si el pecho de los mortales se cansa de luchar, ¿por qué no se han de cansar las aguas y los vientos?

Despues de un rato Tobi continuó así:

—Dejo á vuestra penetracion juzgar cuál seria la miseria de un hombre que habia tenido que salir fugitivo y arruinado de su propia casa, en otro tiempo albergue del lujo y de la moda, y que dejar en ella abandonado el cadáver de la que habia sido su esposa y su víctima. Dejo tambien á vuestra penetracion juzgar qué iba á ser de ese hombre despreciado de cuantos lo habian respetado ántes, y por lo mismo sin familia y sin amigos, y obligado á errar de incógnito sin esperanza y sin consuelo hasta el fin de sus dias! Nada ni nadie me quedó sobre la tierra, y me abominaba yo mismo. Volví pues mis ojos á Dios, á

Dios que es quien perdona los pecados y los crímenes de los hombres, y le pedí fuerzas para *vivir* y para *expiar* mis culpas, que eran muy graves; y como yo habia sido orgulloso y soberbio cuando me habia encontrado en el pináculo de la juventud y de la fortuna, resolví ser de entónces en adelante el sér más humilde, más contrito, más abnegado y consagrarme á las ocupaciones más bajas y más viles. No fuí, pues, á llamar en las puertas de un claustro para entregarme en él á la vida contemplativa y á la oracion. No era digno de ese estado ni debia ir á ultrajar con mi presencia á hombres con los cuales no podia alternar porque eran mejores que yo. Me dediqué pues á barrer las calles, á asear los hospitales, á cavar las fosas de los pobres y á cargar los cadáveres de éstos. Ayuné á pan y á agua y me privé del uso de la sal por mucho tiempo, pues era indigno de comerla. Mi cama fueron las piedras y mi abrigo la lluvia y la nieve.

Como lo debeis suponer, mi expiacion ha

sido lenta, larga, cruel (sí, cruel porque no me he tenido ninguna piedad) y dura todavía. Sin embargo, como no me habia propuesto matarme de un modo indirecto, me tracé yo mismo una escala de prueba y me detuve en cada uno de sus peldaños hasta que mi propia conciencia y los martirios de mi propio cuerpo, me decian á grito herido que merecia pasar á un estado mejor. En mis más mortales angustias y dolores lloraba siempre, y lloraba mucho; pero no lloraba de pena sino de alegría porque la misericordia de Dios me enviaba cada dia nuevas y terribles pruebas. Cuando me miraba las manos, los besos que mi esposa moribunda habia estampado en ellas me decian, con los caractéres de fuego de siempre: "*Más aún, más aún: es necesario expiar bien para alcanzar misericordia.*"

Al presente, esto es, despues de cuarenta años, creo que yá está satisfecha la justicia divina, pues yá no me habla mi esposa con los letreros de mis manos. Al presente, mis manos están limpias y yá no

están callosas; al presente, mis manos yá no me dicen nada!

Al decir esto, Tobi extendió sus manos hácia la señora Berta y hácia el cura. Éstos se estremecieron y volvieron á mirar á Tobi como se mira á una fantasma.

El anciano estaba sereno y radioso.

Luégo continuó:

—¿Quereis saber desde cuándo mi esposa ha dejado de escribir en mis propias manos con letras de fuego, y desde cuándo no me guia porque cree que yá no lo necesito? Desde que Gil se ha regenerado y yo he concebido el pensamiento de adoptarlo por hijo. La bestia-niño debia ser hija de la bestia-hombre, pero no ha sido engendrada en la muerte sino en la vida, no en la carne sino en la virtud. Sin embargo, estoy dispuesto á volver á empezar, si es necesario. Cuando el Salvador oprimido con el peso de la cruz quiso descansar algunos instantes en la puerta de Ashavero, este hombre sin piedad le dijo: *Anda! anda!* El ángel de la justicia celeste dijo despues á Ashavero:

Anda, anda tú tambien y no te pares: el Señor te ha privado del dulce consuelo del descanso. Yo estoy y he estado resignado á todo, y si mi esposa me hubiera escrito esas terribles palabras en las manos, cumpliria mi terrible destino sin suspirar. Sabeis por qué? Porque la inteligencia y la riqueza que Dios me dió me imponian para con mis semejantes deberes mayores que los de otros hombres. Yo hice un mal uso de esa inteligencia y de esa riqueza y desafié á la Providencia volviendo mi espalda á esos deberes.

Al decir estas últimas palabras Tobi dejó de hablar. Era yá tiempo de que así fuera porque iba á amanecer.

La historia de Tobi hizo grande impresion á la señora Berta y al cura. Este último, cada vez que se encontraba con Tobi desde el dia en que la habia oido, corria hácia él y le apretaba las manos con respeto y cariño, y al hacerlo lo llamaba el *hombre fuerte*.

La señora Berta como que se azoraba en presencia de su criado y huia de sus

miradas, cual si quisiera ocultarle lo qué pasaba en su alma y aquel pudiera descubrirlo.

—No me llameis el hombre fuerte dijo un dia Tobi al cura.

—Es el nombre que mereceis.

—No. Yo no merezco ese ni ninguno otro. Pequé y pequé mortalmente, y expío mi pecado por propia deliberacion. No hago pues una penitencia *sentimental*, ni una penitencia de *miedo*, la que seria peor: hago una penitencia de conviccion, esto es, filosófica. La debo así á Dios, que me hizo de la nada y me creó feliz; la debo así á mis semejantes, á quienes engañé haciéndome honrar de ellos cuando no lo merecia; la debo así á la que debió ser mi compañera en la tierra y abandoné en vida y en muerte; y me la debo así á mí mismo, por no caer en el más hondo de los abismos: el propio desprecio.

VIII.

La fiesta de la Expiacion fué sencilla pero solemne. Todos los niños estaban

vestidos de gala segun sus muy limitados recursos; pero lo que faltaba de cintas, de plumas, de encajes, de bordados y de telas de lujo lo suplian la limpieza y las flores. Ademas, el mejor aderezo de esas pobres y simpáticas criaturas eran la robustez y la alegría. El buen aire, los alimentos propinados con regularidad y los ejercicios corporales las habian convertido en otros tantos pimpollos. Habia desaparecido de sus mejillas el color de ocre, de sus cabellos las bedijas y la aspereza, de sus estómagos la deformidad y el estropeo de sus piés y de sus manos.

A las siete de la mañana, despues de recitar el himno matinal, salieron todos de la Sala y se encaminaron en corporacion hácia la Iglesia, en donde iban á oir la misa que debia decir el cura. A la cabeza iba la directora y en el remate la señora Berta y su criado.

La iglesita de la aldea estaba aquel dia muy aseada y el altar muy compuesto. Detras de los niños entraron en ella sus padres y deudos, es decir, todos los habitantes del lugar.

La escuadra infantil se abrió en dos alas, que se colocaron en los dos lados de la única nave de la iglesia al són del armonio, que habia sido llevado al templo para solemnizar la festividad. En seguida el cura felicitó á los niños porque habian venido á la casa santa á visitar al Señor, á ofrecerle la pureza de sus corazones inocentes y á darle gracias por los bienes que derramaba sobre ellos. Las últimas palabras del cura fueron éstas: "Hijos mios, no sois ahora sino unas pequeñas simientes, casi imperceptibles; pero habeis sido puestos en buen terreno y crecereis y medrareis, y como el grano de mostaza de la Escritura llegareis á ser árboles frondosos, en cuyas ramas anidarán las aves del cielo y en cuya sombra sestearán los rebaños fatigados."

Terminada la plática volvió á sonar el armonio acompañado del canto de la señora Berta y del de los niños. Aquel canto era una plegaria dulce y melancólica á un tiempo, mezcla de alegría y de dolor, como el suspiro de una alma que sale de las regio-

nes del temor y entra en las de la esperanza. ¿Quién dirá que no hay crepúsculos en la voz y en la mirada como los hay en la naturaleza?

Luégo empezó la misa, pero ántes de empezarla el sacerdote se volvió hácia los que iban á oirla y les dijo: "La misa es el sacrificio incruento de la ley de gracia, en el cual, bajo las especies del pan y del vino, se ofrece al Eterno Padre el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

"El *altar* representa el Gólgota, que fué el escenario de los deicidas.

"El *introito*, el ánsia por la venida del Mesias.

"Los *Kiries*, la imploracion de la misericordia divina.

"La *gloria in excelsis*, la alegría universal.

"El *Dóminus vobiscum*, la compañía del hombre y Dios.

"La *Epístola*, la predicacion de los profetas.

"El *Evangelio*, la doctrina de Jesucristo, &c.

"Esta ceremonia es á un tiempo imponente y es humilde por sus luces, sus flores, sus perfumes, sus cantos, su música y sus oraciones. Los niños, los ancianos, los jóvenes, los viajeros, los ricos, los pobres, los soldados, los poderosos, los mendigos, todos vienen á ella y se postran de hinojos delante de la cruz, símbolo de la redencion del género humano. Todos exponen en ella con el lenguaje de la oracion, de las lágrimas y de la alegría sus dudas, sus temores, sus esperanzas, sus tribulaciones, y piden perdon á Dios para sus culpas, remedio para sus dolores, fuerzas para el resto de sus dias y eterno descanso para sus almas y sus cuerpos."

Esta explicacion fué muy oportuna. Cuántas gentes de las que van á misa la oyen como autómatas por no saber lo que ella significa ni saber latin, lengua en que habla el oficiante. Ademas, Tobi leyó en voz alta la explicacion que de ella hace el Ordinario segun la liturgia.

Al terminar la misa volvieron los niños á la Sala y ocuparon sus puestos respecti-

vos. Los padres y los deudos de los educandos estaban de pié y en grupo hácia el medio de la Sala. La señora Berta hizo un jesto significativo á Gil al tiempo mismo que Tobi lo estimulaba con una mirada. Gil se levantó del banco, dió unos pocos pasos y miró en torno suyo. Estaba pálido, muy pálido; de la raíz de sus blondos cabellos brotaban abundantes gotas de un sudor frio y en medio de su frente aparecia una cicatriz entre roja y cárdena: era la huella del látigo de la madre de Napoleon-Alejandro. Se conocia que tenia miedo pues vacilaba, pero hizo de repente un esfuerzo y dijo:

"No vengo hoy en medio de vosotros, "maestros y amigos, como viene el reo á "la presencia de sus jueces — el tiempo "de las faltas y de los errores (faltas y "errores de niño abandonado) ha pasado "yá para mí: vengo como el alma arre-"pentida á implorar el perdon y la miseri-"cordia de los buenos y á entrar con ellos "en el peregrinaje de la vida. Soy uno "más entre vosotros."

En seguida se acercó al cura y le dijo:

—Dadme vuestra bendicion, santo padre, para que, purificado con ella, pueda acercarme á mis maestros y amigos y recibir de ellos el ósculo de la reconciliacion.

El sacerdote bendijo al huérfano y los maestros y los amigos de éste le rodearon y abrazaron en medio de lágrimas y de sonrisas. Pasada esta emocion, que fué muy viva, Tobi se acercó á su hijo adoptivo, puso sobre sus sienes una corona de rosas y de yedra, y le dijo:

—Recibe, hijo mio, esta corona, tributo de los que estamos aquí presentes á vuestra expiacion. Grandes fueron tus culpas, pero más grande ha sido tu arrepentimiento. Bendito seas en el Señor!

Terminada esta corta ceremonia empezó un modesto banquete, dado á los niños por el cura y la señora Berta, quienes presidieron la mesa. El asiento destinado á Tobi quedó vacío porque éste no quiso ocuparlo, por haber preferido desempeñar las funciones de criado: con una toalla en el brazo y con mucha diligencia y bondad

sirvió los platos y mudó los cubiertos. Esto no dejó de mortificar al cura y á la señora, pero ambos respetaban á Tobi y éste era inflexible en el cumplimiento de todo lo que él creia ser su deber.

Las madres de la aldea habian llenado la mesa del banquete de flores y de frutas, y los padres de cabritos asados, pescados y aves.

Durante la comida fué tocado el armonio por el sacristan, que era hombre que sabia distinguir un *re* de un *mí* y de un *la*.

La mesa habia sido colocada al aire libre, debajo de unos sauces llorones entrelazados de madreselvas en flor.

Por la tarde los niños hicieron ejercicios gimnásticos en la plaza de la aldea, y al ponerse el sol se retiraron á sus casas. Fué aquel un verdadero dia de felicidad para los habitantes del lugar, y todos los padres recomendaron á sus hijos que aprovechasen el ejemplo que acababa de darles Gil, quien desde la situacion más degradada—la de una bestia dañina—se habia alzado hasta el primer puesto de la Sala,

por su aplicacion, por su docilidad y por el respeto que mostraba á sus superiores.

En la noche de aquel memorable dia, al tiempo de acostarse, dijo Tobi á Gil:

—Estás contento, hijo mio?

—Sí lo estoy, padrecito. Solo me hace falta una cosa.

—Qué cosa?

—Un vestido como el de aquellos generales que acompañaban al señor Gobernador.

—¿Ciertamente quieres tener un vestido como ese?

—Sí, padrecito. Con plumas y con galones, y una espada.

—Te gustaria ser militar?

—No; lo que quiero es el vestido.

—Si te aplicas más y sigues siendo bueno tendrás el vestido; pero no tendrás la espada.

—Por qué?

—Porque los niños no deben tener ni cargar armas. Jesus, el salvador de los hombres, no vino á meter espada entre ellos.

—La que yo quiero es una espada de hoja de lata.

Tobi se sonrió; luégo dijo:

—Seria mejor que quisiese otra cosa y no un vestido de militar; cambia de deseo.

—No puedo cambiar, pues desde que ví á aquellos generales, sueño todas las noches con sus bordados, y hasta me he dicho....

—Qué te has dicho?

—Voy á ser bueno para que el señor To....bi, no, para que mi padrecito me dé un vestido de militar.

—Y sin ese interes serias malo todavía?

—No, dijo Gil, y se echó en los brazos del anciano.

IX.

Cuatro y más años se pasaron sin que nada de notable acaeciese en la aldea ni en la Sala de Asilo de ésta. Nada tampoco habia acaecido á los personajes de esta historia. Los dos ancianos—el cura y Tobi—y la señora Berta habian seguido consagrados con todo interes á sus respec-

tivas y benéficas ocupaciones, y aunque Tobi habia ascendido á la categoría de director de la Sala, nunca quiso sentarse á la mesa de su ama ni ser en la casa de ésta más que un simple criado. Tobi era *un carácter* en el bello sentido de esta palabra, y sabia caminar hácia su objeto como hombre que se comprende á sí mismo.

Todo, pues, continuaba lo mismo. El único que habia cambiado, y mucho, era Gil. Era yá un hermoso jóven, esbelto, activo y estudioso. Sus facultades intelectuales se habian desarrollado bastante y cada dia prometian más. Su aplicacion y su conducta habian merecido que la señora Berta le diese el puesto de pasante ó bedel de la Sala, honor que fué ántes discutido largos dias entre ella, el cura y Tobi. No hai necesidad de decir que Gil llenaba sus funciones á contentamiento de todos, y que á pesar de su *encumbramiento* no olvidó á la tia Plácida, la cual solia decir:

—Todo lo que Gil es me lo debe á mí porque yo lo recogí y le dí de comer.

Esta mala apreciacion habia llegado á

oidos de la señora Berta, quien dijo á propósito de ella:

—Mejor hubiera sido que le hubiera dado doctrina y no pan.

—No, observó el cura. Esa buena mujer no podia hacer otra cosa sino la que hizo. ¿Qué sabia ella de doctrina? Ademas, lo único que estaba á su alcance eran las necesidades físicas más urgentes de Gil. Lo recogió como se recoge á un perro y como á un perro lo crió. La pobre no era para más.

Tobi habia cogido, como se dice vulgarmente, á dos manos la educacion y la instruccion de Gil; pero lo que más lo preocupaba era la primera, y cuando yá lo creyó capaz de comprender el Evangelio, emprendió la tarea de explicárselo por medio de breves y claras paráfrasis. Todas las tardes se les veia subir á los dos por la colina de la aldea; y en esa colina, entre las humildes tumbas de los pobres, sentados sobre alguna piedra errática ó debajo de un árbol antiguo, platicaban sobre tema tan profundo.

El dia de su última conferencia dijo Tobi á Gil:

—" Hé aquí que salió un sembrador á " sembrar, y cuando sembraba cayeron al- " gunas semillas junto del camino y vinie- " ron las aves y se las comieron. Otras " cayeron en lugares pedregosos, en donde " no habia mucha tierra, y aunque nacieron " se secaron por falta de raíz luégo que las " calentó el sol. Otras cayeron sobre las " espinas y las espinas las ahogaron; pero " las otras cayeron en tierra buena y rin- " dieron fruto. El que tenga oidos para oir " que oiga! No olvideis la parábola del " sembrador." Tú, Gil, hijo mio, fuiste de los granos que cayeron en la tierra buena y estás dando yá tu fruto. Da siempre gracias al cielo por esta bondad suya y no olvides mis palabras y mis consejos. De mí no te acuerdes: yo no soy yá sino la ceniza de mí mismo, y deseo que el soplo de la muerte me esparza pronto sobre el haz de la tierra. Oye bien, Gil, mis últimas palabras: *desgraciado del hombre que no hace un templo de su corazon y lo consagra*

al Señor, porque las pasiones se lo comerán como si fueran gusanos.

Bajaron despues el repecho de la colina y entraron en la aldea como dos sombras misteriosas envueltas en el tenue manto del crepúsculo.

Tobi habia dicho la verdad: no era yá sino una ceniza; y como lo deseaba, la noche del dia en que dió su última conferencia al huérfano, esa ceniza se heló para siempre. Se heló para siempre, y las gentes no le volvieron á ver subir por el repecho de la colina en que estaba el cementerio de la aldea, acompañado de su hijo adoptivo. Desde el dia de que hablamos, era Gil el que solia trepar ese repecho á la puesta del sol llevando una corona de inmortales.

Cuando Tobi comprendió que se acercaba el término de sus dias, hizo un paquete con la escritura de adopcion de Gil y con los papeles que hacian á éste dueño único de la suma de pesos que le habia dejado su esposa, suma que habia respetado religiosamente y que se habia aumentado con los

intereses de muchos años. En una de las caras de ese paquete escribió estas palabras, despues de haberlo cerrado y sellado: *Herencia de Gil.*

Algun tiempo despues de la muerte de Tobias dijo el cura un dia á la señora Berta:

¿—Qué habeis pensado sobre el destino futuro de Gil? Lo que se haga por ese jóven no será perdido: su regeneracion ha sido completa y hasta me parece que el alma de *nuestro amigo* se ha trasfundido en la suya.

—Creo que está aquí bien y que dentro de un año ó dos podrá reemplazar á Tobi, dijo la señora.

—No soy de esa opinion.

—Cuál es pues la vuestra?

—Creo que se debe mandar á Gil á un colegio de la capital para que siga allí una carrera que responda á sus capacidades y á sus recursos .... despues de lo que nuestro amigo ha hecho por él me parece que Gil es bastante rico y tiene un nombre, cosas que ántes le faltaban. A propósito,

¿sabeis cuál era el apellido de su padre?

—No; nunca supo decírmelo la tia Plácida. Ella no sabia sino que era hijo de un carpintero llamado Pedro Mártir, que fué reclutado y murió en la guerra, y de una lavandera, llamada Ana, la que murió de parto y de miseria.

—¿Segun eso Gil tiene una hermana ó un hermano?

—Sí, tiene una hermana.

—Cómo se llama? en dónde está?

—No se sabe qué nombre le pondrian en el hospicio á donde la llevó la tia Plácida, ni si vive.

—De manera que no seria fácil averiguar por ella.

—Así lo creo. ¿Cómo averiguar por un expósito entre tantos expósitos? A qué fecha referirse? qué señas dar?

—Es verdad. ¿Sabe Gil que tiene una hermana?

—Me parece que sí lo sabe: la tia Plácida debió decírselo.

—Volvamos á lo de la carrera de Gil. ¿Teneis alguna objecion que hacerme?

—Viendo bien la cosa, no.

—Pues entónces manos á la obra. Si me lo permitís, me encargaré de todo lo concerniente á eso é iré yo mismo á llevar á Gil á la capital.

Así fué resuelto y tres dias despues el llanto inundaba las mejillas del huérfano, cuando éste, desde un recodo del camino, miraba por última vez la colina en donde estaba el cementerio de la aldea. En esa colina quedaba una tumba, y esa tumba encerraba el universo de su vida.

PARTE SEGUNDA.

I.

En una rica estancia, llena de dijes, de flores y de pinturas caprichosas, en una hermosa mañana de abril, habia dos mujeres ó mejor dicho dos niñas que se reian como dos locuelas y charlaban como dos loras. A pesar de que la una era menor

que la otra y de que sus trajes denotaban la desigualdad de sus condiciones, estas dos niñas tenian la intimidad de dos hermanas.

La menor era la señorita y se llamaba Sara. La mayor era la criada de la señorita y se llamaba Ángela. Sara era blanca, pálida, de ojos azules, de cabello de un color amarillo opaco, delgada, dulce é impresionable como una sensitiva. Este era tambien el sobrenombre que le habia puesto su madre.

Ángela era pequeña, robusta y alegre, y aunque tambien era simpática y hermosa, tenian poco de distinguido su porte y su trato. Debemos agregar que Ángela tenia una buena cabeza y un corazon puro.

En la mañana á que nos referimos, la criadita habia entrado desde temprano y muy cautelosamente en la estancia de su ama, y acercándose en la punta de los piés al lecho de raso y de encajes en que ésta dormia, le habia pasado por la frente una espiguita que habia cogido de un ramo de flores en la pieza vecina. Al sentir

la espiga, Sara se estremeció y se llevó la mano á la cara; pero luégo siguió durmiendo. Ángela esperó un rato, y al ver que su ama no se despertaba ó se hacia la dormida, volvió á pasarle la espiga por la frente y por las mejillas, yá sin ninguna precaucion. En esta vez Sara no dió muestra de sentir lo que se le hacia y continuó como sumida en un sueño profundo.

—Está bien, dijo Ángela. Sois pesada para despertar, voy pues á haceros cosquillas.

Pero ántes de que se las hiciera, Sara prorumpió en risa, se envolvió en las cobijas y pidió misericordia. En seguida dijo:

—Eres una impertinente. Vienes á interrumpir mi sueño á pesar de que volvimos anoche muy tarde del teatro y era natural que yo quisiese dormir. Qué hora es?

—Son las siete.

—Las siete no más! Ángela, no te perdono. Sin tus abusos me habria levantado á las once.

—Es posible que yo sea una impertinen-

te, no digo que no, dijo Ángela fingiéndose enojada; pero vos sois una desagradecida.

—No entiendo: explícate.

—Suponed que yo, que madrugo siempre y que os quiero bien, me hubiera dicho: está haciendo una bellísima mañana, y á mi señorita le convendria respirar un aire puro y recibir sobre su cabeza un rayo del sol.... ha hecho tan mal tiempo en estos últimos dias.

—Y qué?

—Suponed que me hubiera dicho esto; y que interesada por vuestra buena salud como estoy siempre, hubiera venido aquí para deciros: "Qué hermoso está el dia! levantaos, señorita, y gozad del buen tiempo. Os sentará bien."

—Eres una embustera de marca, dijo Sara, tú no has venido á aquí para eso. Te conozco demasiado para fiarme de tu sinceridad.

—Convengo, dijo Ángela con el aire de un infantil desafío. No he venido aquí porque el sol estuviera triste ó alegre, ni porque el aire estuviera seco ó húmedo....

—Sino? ....

—Sino porque acaso me he dicho: "La funcion duró anoche más que de costumbre y ni el señor, ni la señora, ni el hermano de la señorita se levantarán ántes del medio dia. En conciencia, debo subir á los aposentos de mi señorita, despertarla y hablarle de *asuntos serios*.... tendremos disponibles tres ó cuatro horas. Y qué horas? horas en que todos duermen en la casa y en que no se siente en ella ni volar una mosca...." Señorita, señorita mia, sois un verdadero monstruo de ingratitud!

Ángela hizo que lloraba.

—Sobre embustera, eres hipócrita, Ángela.

—Ama mia, sois todo mi cariño, toda mi felicidad, hagamos las paces. Precioso es el tiempo para desperdiciarlo de ese modo. Me parece que yá van á dar las doce y que ese hambriento de Juan llama yá á almorzar con su campanaza, como si se tratara de tocar á fuego.

—Mira, Ángela. Sobre mentirosa y sobre hipócrita, eres zalamera.



—Convengo. Mas, ¿ quién tiene la culpa de todo eso ?

—Querrás decir.... ?

—Quiero decir que aunque yo me llenara de más defectos de los que tengo por serviros y por agradaros, nada sacaria.

—Ángela !

—Me sostengo en lo dicho; y si no, ¿ á qué he podido yo venir aquí sino á hablaros de *él* ?

Al decir esto Ángela, Sara se estremeció desde la cabeza hasta los piés y repitió: *de él ! de él !*

Ángela miró á su señorita con alegría y con tristeza á un tiempo. Luégo continuó:

—Sí, á hablaros de él.

—Pero no me digas nada, te lo ordeno. Lo ví anoche en el teatro y me atormentó con sus miradas; me atormentó como siempre.

—Os atormentó ?

—Sí, porque le amo.

—Y eso os atormenta ?

—Sí. Escucha, Ángela; tú, que eres buena y noble; tú, que eres la única á

quien puedo decir cuánta es la melancolía de que está poseido mi corazon desde que.... desde que lo ví, sabe que no puedo dejar de verlo porque comprendo que me moriria, y que, si lo veo, sufro de un modo indecible. Me parece que Gil no me es desconocido, que lo he visto hace mucho tiempo, sin poderme recordar en dónde, cuándo ni cómo, y que hay entre él y yo un abismo espantoso. Si vieras el desden con que lo trata mi madre y el desprecio que le manifiesta mi hermano. Un dia que íbamos á entrar en el coche y que se le cayó á mi madre el pañuelo, él, que nos seguia como de costumbre, se apresuró á recogerlo y á presentárselo,— y en verdad que lo hizo con una gracia y una elegancia que mi madre no pudo ménos de notar,— sin embargo, le dijo ésta: —"Me habria sido más agradable pasarme sin vuestras atenciones."

—Y qué dijo él?

—Perdonad, señora, la dijo. He hecho con vos lo que se hace con cualquiera señora. No es culpa mia que se os haya cai-

do el pañuelo; pero sí lo hubiera sido el no levantarlo. Mi madre le volteó la espalda.

Otro dia que salia de casa mi hermano con uno de esos jóvenes con quienes suele andar, pasó Gil por junto de ellos y mi hermano dijo con marcada impertinencia: —¿No os parece, caro mio, que cuando uno ha nacido lacayo le sientan mal las botas y el frac? No sé lo que responderia el amigo de mi hermano, pero sí ví (yo estaba en uno de los balcones de la casa) que mi hermano y Gil se cambiaron una mirada que era un desafio á muerte.... ¿Comprendes tú lo que mi hermano queria decir con esas palabras? Es Gil hijo de algun lacayo?.. Si lo fuera, qué seria de mí! exclamó Sara y doblando la cabeza puso su frente entre sus manos con gran dolor.

Qué lindas eran aquellas manos. Parecian dos pimpollos de rosa entre el follaje abundoso de sus rubios cabellos.

—Valor! valor! dijo Ángela. No hay que desmayar desde el primer momento: sabeis lo orgulloso y altanero que es vuestro

hermano. Diria eso como habria dicho otra cosa para mortificar á Gil. Ademas, bien sabeis vos que Gil es un abogado de gran crédito, un literato distinguido y una persona de una conducta intachable. Si es hijo de un lacayo, seria mejor que fuera hijo de un príncipe; pero aquí en nuestro país no hay nobles y más de un Presidente de la República no habria podido llevar al Capitolio sus pergaminos, ni ninguno podrá ser llevado por ellos hasta él. Veremos cuál de los dos— vuestro hermano y el hijo del lacayo—va á ser más distinguido y más glorioso. El vivir en bailes, en paseos, en cenas y en lances de libertinaje no da derecho para....

—Cállate, Ángela, no digas nada malo de mi hermano.

—Es necesario decir. Ademas, vuestro hermano be......

Sara no dejó concluir la terrible palabra á su criada, pues le tapó la boca con una de sus preciosas manos. Ángela se calló y cogió la mano de su señorita y la cubrió de besos.

Hubo luégo un largo rato de silencio, pues ninguna de las dos interlocutoras sabia cómo anudar ni cómo cortar definitivamente su conversacion. Sara estaba cada vez más abatida y sentia que iba á enfermarse.

—Valor! volvió á decirle Ángela. En la vida todas son contrariedades y no debe una echarse á morir. Lo que hay de cierto es que vos amais al caballero Gil — porque es un caballero, por más que digan que no. Yo tambien lo quiero mucho, y siento que una fuerza irresistible me arrastra hácia él, como si fuera algo mio ó mi suerte estuviese unida á la suya con algun vínculo. Unámonos pues y luchemos contra *los bárbaros.*

—Llamas bárbaros, Ángela, á mis padres, á mi hermano y á la sociedad, que naturalmente estará con ellos en esta cuestion; pero las circunstancias no son á propósito para chanzas.

—No me chanceo: son bárbaros y muy bárbaros....pues, quiero decir inhumanos.

—¿Y qué crees tú que podamos noso-

tras contra ellos? Bien conoces la rigidez de mi padre en punto á fortuna y á nacimiento, el orgullo de mi madre y la altanería de mi hermano. Estoy segura de que preferirian que se hundiese nuestra casa y que se extinguiese nuestra familia ántes de consentir en que yo me desposase con Gil.

—No digo que no; pero quién sabe....

—Mira, Ángela, no hablemos más de eso. Mejor habria sido que me hubieras dejado dormir tranquila. Vete.... soy muy desgraciada.

—No os aflijais, señorita. Todo amor que empieza mal acaba bien, y al contrario. Los tiempos cambian de improviso.... el caballero Gil puede llegar á ser un grande hombre, y quién sabe!

—Tardías esperanzas y sobre todo vanas!

—Entónces vamos tomando una resolucion.

—Cuál?

—Vamos á voltear las espaldas al caballero Gil y á olvidarlo del todo.

—Puedo yo hacer eso, Ángela ?

Al decir esto los ojos de Sara se llenaron de lágrimas.

—Entónces qué hareis ?

—Morir. Yá lo he pensado y estoy resignada.

—Morir vos ? No ! que mueran los bárbaros, todos los bárbaros y todos los bo....

—Ángela ! Ángela ! no me insulteis insultando á mis padres, insultando á mi hermano.

—¿ Cómo quereis que consienta en que vos murais ?

—No hay otro remedio. Ademas, tu cólera es impotente como impotente es mi amor. Sí, es necesario morir. No cuento sino contigo ; todos en mi casa son adversarios mios....digo más : todos en mi casa están escandalizados con la pretension de Gil y si pudieran lo mandarian matar á palos.

—Meditemos.

—Déjate, Ángela, de palabras que no dicen nada. Cuán desgraciada soy ! ¿ Por qué no me dejaste dormir ; mira, Ángela,

tú eres la bárbara. Sí, eres una arpía. Vete!

—Es decir que no lo amais?

—Puedes tú creer eso? ¿Está acaso mi corazon lleno de otra persona? ¿Se ocupa mi pensamiento de otro que de él?

—Me viene una idea.

—Cuál?

—Averiguar por medio de él mismo la verdad.

—Nos la diria?

—Por qué no?

—¿Desgarraria él mismo con sus propias manos el velo que cubre los secretos de su vida?

—Creo que sí.

—¿Y si todo lo que se dice es cierto?

—Qué habria en ello de malo?

—Me lo preguntas!

—Sí, porque él no vale lo que vale por lo que ha sido sino por lo que es. Si ciertamente su padre fué un lacayo, ¿qué culpa tiene él de eso?

—Mi familia y la sociedad no ven las cosas de ese modo.

—Todos los tiempos no son iguales.

—¿Tienes seriamente alguna esperanza?

—No desmayo al ménos. Creo que podemos averiguar la verdad, y despues....

—Cómo?

—Por medio de él mismo. Suponed que él os escribiera....

—A mí!

—Sí; y que en sus cartas os contara su historia.

—No, Ángela; no me tientes. Vete, déjame en paz. Nada quiero de él, nada puedo recibir de él.

—Entónces es claro que no lo quereis.

—Sí lo quiero: lo quiero más que á mi vida; pero he renunciado á él para siempre. Eso es lo que debo hacer ahora.

—Y despues?

—Despues? morir!

—Si no os enojárais os diria que....

—Sara se enrojeció y Ángela se puso pálida.

—Ángela! exclamó Sara con tono acusador, no ayudes á hacerme más desgraciada de lo que soy. No me humilles á sus ojos ni á los mios!

—Humillaros? Yo! me echaria ántes diez veces al fuego. No, no, jamás! ¿Por qué pensais eso de mí? Bien sé yo todo lo que sois y todo lo que valeis, y si tratara álguien de humillaros me volveria una leona para defenderos.

—Tú has hablado con Gil.

—No digo que *no* ni que *sí*.

—Abusas de mi cariño, Ángela.

—Pues bien: sí he hablado con él.

—Has hecho mal.

—Nuestra conversacion ha sido inocente. Él es puro como vos.

—Sin embargo, me persigue y casi pudiera decir que me deshonra.

—Señorita! él? el más digno de los hombres?

—Habla; dime todo lo que haya, porque de no me desesperaria.... Ángela, te creia buena y te pierdo! Dios mio! Dios mio! qué va á ser de mí!

Ángela se aterró. Sara continuó:

—Te creia buena; te amaba, Ángela. No, no puede ser...... ¿qué has hecho, infeliz?

—Señorita. He hecho ciertamente una cosa de que estoy muy arrepentida: he recibido una carta del caballero Gil para vos. Os pido mil perdones y voy á quemar esa carta con mis propias manos.

Sara no dijo nada. Ángela frotó un fósforo y encendió una bugía. Luégo dijo:

—Voy á quemar la carta, pero no vayais á creer que en ningun caso ni por ningun motivo me habria hecho cargo de traeros una carta que vos no hubierais podido recibir y leer. Hace muchos meses que el caballero Gil me ha pedido este favor, que yo habia rehusado siempre hacerle. Últimamente me dijo: Ángela, te daré la carta abierta, tú la leerás y si hallares en ella una frase, una palabra siquiera que no sea digna de Sara en todos respectos, no se la entregarás. No me pareció mala aquella transaccion. Recibí la carta y la tengo en mi poder. La he leido veinte y hasta treinta veces, y he pesado en mi pobre juicio y en mi conciencia todas y cada una de sus palabras, y no he hallado ninguna reprochable.... Si vos la viérais!

—Poco importan, Ángela, los términos de la carta. El mal no está en los términos de ella sino en ella misma. Yo no debo recibir cartas de nadie, y ménos cartas de amores. Devuélvele su carta á ese caballero y dile que solo por el hecho de haberme escrito ha perdido mucho para mí.

—Pensad en que él no puede hablaros ni acercarse á vos.

—No importa.

Sara se vistió de pronto y por sí misma. Estaba yá serenada, y una aureola de dignidad rodeaba su cabeza de vírgen. Era yá tiempo: en aquel momento *tocó á fuego* Juan, como decia Ángela, para avisar que el almuerzo estaba servido. Al salir Sara de sus habitaciones se dirigió á Ángela y le dijo:

—Vuélvele esa carta á su dueño, no la quemes; pudiera creer que la hemos conservado.

—Sin decirle nada?

—Nada tengo que decirle.

—Habeis dejado de amarle?

—Tal vez sí; no sé. Lo que sé es que

él mismo me ha quitado de encima y con sus propias manos un peso muy grande.

Los vínculos de cariño que unian á Sara con Ángela eran muy antiguos: databan desde la niñez. La madre de Sara habia querido dar á su hija lo que ella llamaba *una criadita*, ya para que le hiciese ciertos pequeños oficios, ya para que la entretuviese jugando en ella, ya en fin para que le estimulase en sus lecciones de lectura y de escritura estudiando con ella, y el resultado fué que las dos niñas crecieron juntas y aprendieron juntas, hasta alcanzar el grado de familiaridad que acaba de verse.

Acostumbradas á estar juntas, no podia pasarse la una sin la otra, y casi se trataban como dos hermanas, salvo las reservas que les imponia respectivamente la diferencia de su estado; pero reservas que no fueron bastantes á impedir la íntima familiaridad de que usaban cuando estaban solas. El lector ha podido formarse yá una idea del carácter de la una y de la otra. Sara era buena y sentimental, y aunque

le cuadraba muy bien el nombre de *sensitiva* que le daba su madre, era enérgica y tenia el orgullo bien entendido de su posicion, de su hermosura y de su sexo. Comprendia que seria muy feliz casándose con Gil, á quien habia amado á primera vista; pero por lo mismo queria ostentarse ante él fuerte y sin tener que echarse en cara ninguna de esas debilidades y ridiculeces que tan comunes son entre enamorados. Cuando rechazó la carta se habia dicho: "Cuán dulce me seria leer las cartas de Gil si fuera mi esposo y si estuviera ausente ó si, por lo ménos, fuera mi prometido! Pero así no. Gil podria dejar de amarme y entónces no seria yo á sus ojos sino un altar profanado por él y á los mios una flor ajada por el primer paseante, como las flores de un jardin público."

Bella, rica, modesta, digna, instruida y con una alma grande, Sara era el tipo de la vírgen perfecta.

Ángela era tambien buena como su señorita; pero sus cualidades eran de otro órden. Era alegre, viva, franca, servicial

y abnegada. Habia aprendido muchas cosas á lado de Sara, pero habia entre ellas la diferencia que entre un armiño y una cabra. Ángela tenia cierta vulgaridad en sus formas y en sus modos, en tanto que Sara tenia toda la aristocracia posible en la belleza y en los ademanes, si nos es permitido hablar así. En una palabra, Sara era hija de su madre y Ángela de la suya, esto es, de la lavandera que murió la noche del bautizo del niño Napoleon-Alejandro, y á ella se parecia como un huevo á otro. Ángela y Gil eran pues hermanos.

Qué nuevo abismo se hubiera abierto á los ojos de Sara si hubiera sabido esto! Qué nueva tribulacion habria agoviado su espíritu!

Ángela habia sido sacada del hospicio por la madre de Sara y al pedir su filiacion se le habia dicho: "Fué hallada en la cuna el dia *tal* de *tal* año junto con otra niña; ambas eran recien nacidas y no traian nada que hubiera podido servir para reconocerlas. Su nombre es Ángela." Esto no daba ninguna luz. Sin embargo, la di-

rectora del establecimiento olvidó una circunstancia que se supo mucho tiempo despues y que decidió el punto: la otra niña era negra.

Gil mismo, cuando vino á seguir sus estudios en la capital, fué al hospicio á rastrear las huellas de su hermanita, de aquella hermanita que habia costado la vida á su madre y que él no habia conocido; pero todas sus preguntas y pesquisas fueron vanas. No tenia hora, mes, ni año á qué referirse, pues él mismo no sabia á punto fijo que edad tenia. Insistió sin embargo y hasta importunó, pero como en el establecimiento no habia ninguna jóven de la edad que debia tener entónces su hermana, se dejó de obra y se propuso amarla como una sombra, como un recuerdo. El desgraciado amaba tambien de ese modo á su padre y su madre. En él todas eran sombras, ménos la figura de Tobias, cuya silueta tomaba cada dia en su corazon y en sus recuerdos las dimensiones de la silueta de un gigante.

II.

El dia mismo de la escena de la carta dijo el hermano de Sara á su madre:

—Estoy resuelto á cortar de raiz las pretensiones del hijo del lacayo, y mañana me pondré en marcha para la aldea de...., de donde me prometo regresar cargado de buenas provisiones.

—¿Quién irá contigo, hijo mio?

—Genaro.

Genaro era el amigo y el compañero de disipasion del hermano de Sara y el prometido de ésta, segun el querer de la familia.

Ángela contó á Gil el mal éxito de su carta, pero se guardó bien de decirle que era amado, pues creyó peligroso hacerle un avance de esta especie tenidos en cuenta la susceptibilidad y el orgullo de Sara. Lo que sí no le calló fué que ésta le mandaba á decir que él habia perdido mucho para ella desde el momento en que la habia tratado como á una tonta, con quien

se podia mantener una correspondencia epistolar amorosa. Gil quedó anonadado con estas noticias, y para ver si ciertamente tenia algo que echarse en cara fuera de su atolondramiento leyó muchas veces la desgraciada misiva. Esta decia así:

“He vacilado mucho tiempo ántes de “resolverme á coger la pluma para dirigi- “ros estas líneas, mensajeras y confidentes “de mi amor, pues no se me oculta que con “ellas voy á hacer mayor mi desgracia si “usted me rechaza - lo que temo - ó á tur- “bar quién sabe cómo y por cuánto tiempo, “si usted me acepta, la tranquilidad y la “pureza de un corazon inocente. Hago “pues mal, muy mal, sea cual fuere el re- “sultado; pero mi deber ha sido débil en “presencia de mi pasion. Hace dos años “que la amo á usted, Sara; y durante esos “dos años he luchado con heroicidad por “contenerme dentro de los límites que hoy “salvo impelido por una locura extremada. “Millares de veces me he dicho: entre “Sara y yo hay distancias que no me es “dado recorrer.... Sara es un *imposible*

“ para mí; pero que sepa al ménos que la “ amo, y que por hacerme digno de ella “ ejecutaria lo que yo mismo no alcanzo á “ imaginar. Sí, que sepa Sara mi amor y “ despues que se desaten contra mí todas “ las furias del cielo y de la tierra. Sí, eso “ me he dicho, y eso no pasa de ser una “ trivialidad cualquiera......

“ Conozco que debia ocultar á usted, “ Sara, mi pasion como la he ocultado de “ todo el mundo y como se oculta la flor “ enferma que nace en las grutas hasta “ donde no llegan nunca los rayos del sol “ ni los besos del aura; pero si no confío “ á usted lo que le pasa á mi corazon, ¿á “ quién puedo confiárselo? Estoy sólo en “ el mundo, y si usted no me corresponde “ al ménos tendrá compasion de mí y se “ dirá: ‘Es un desgraciado; pediré á Dios “ por él.’

“ Sara! si usted pudiera ver lo que pasa “ en mí y lo que es mi alma, toda mi alma, “ comprenderia por qué me he atrevido á “ amarla á usted, y cuántos son los tesoros “ desconocidos que encierra mi sér para

“hacer la felicidad de usted. Sé sentir, sé
“trabajar y puedo comprenderla á usted.
“¿Qué más puedo decirle? Si fuera yo un
“príncipe en la tierra no me consideraria
“digno de amar á usted, porque no es de
“poder ni de grandezas de lo que usted
“necesita: es de respeto, de ternura, de
“consagracion y de idealismo. El cetro y
“la púrpura no dan la felicidad; pero sí
“puede dársela un esposo á su esposa,
“cuando sabe ser el orgullo de su casa y
“la gloria de la sociedad.

“Cuán insensato soy y cuántos delirios
“padezco! Perdone usted, Sara. Mi amor
“á usted es una temeridad, y mis ilusiones
“respecto de usted son otra mayor: yo no
“podré penetrar nunca en el corazon de
“usted ni en el seno de su familia....
“nunca! pero sepa usted al ménos que la
“amo; que la amo con toda la pureza y
“las fuerzas de una alma que está todavía
“en capullo. Sépalo, y cuando usted quiera
“hacer feliz al más desdichado de los
“mortales, recoja mis suspiros en los rui-
“dos de la noche y una siquiera de mis

" lágrimas entre las gotas del rocío de la
" tarde."

El desórden y la incoherencia de esta carta pintan mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros la turbacion del ánimo de Gil y las tempestades que azotaban su pecho. Amaba á Sara con la intensidad con que se ama siempre la primera vez, y la amaba conociendo que no podia aspirar á ella, no por su posicion actual (que era yá muy distinguida), ni por falta de riqueza, pues Gil era relativamente rico, sino por las sombras y el fango que manchaban su pasado. Para todo el mundo Gil podia ser un jóven cualquiera y para muchos era una persona amable y distinguida; pero para sí mismo él no era sino el huérfano de la lavandera, el muchacho perdulario de las calles de la ciudad, el *perro de la aldea*, que llevaba en la frente la huella del fuete de los grandes. Estas mortificantes consideraciones le hacian exclamar: " Soy una larva! El abandono me hizo réprobo; ¿á dónde iré sin llevar conmigo, como Cain, el sello de mi caida y de mi infamia?"

Por supuesto que Gil no raciocinaba así sino porque estaba poseido de melancolía, y ésta ofuscaba su espíritu y sus luces; si no se habria dicho: "Yo no soy responsable de mi conducta en los primeros años de mi vida. Sin padres, sin deudos, sin el uso siquiera de mi razon, ¿ qué hice yo que no fuera el resultado lógico de mi debilidad, de mi inconciencia y de mi abandono? ¿ Qué hizo por mí el Gobierno despues de que me quitó á mi padre? ¿ Qué hizo por mí el destino despues de que me arrebato á mi madre? Como fuí el perro de la aldea pude ser tambien el lobo de la aldea.... No soy responsable de mi orígen ni de mis primeras desgracias, aun cuando la sociedad me cobre ahora ese orígen y esas desgracias.... Mejor seria que se me llamase á cuentas por mi conducta desde cuando la edad y la reflexion me hicieron responsable, y desde que me consagré á desandar todo el largo y fatigoso camino que habia hecho, y á desandarlo de rodillas. Sí, ¿ por qué no se me llama á cuentas desde el dia en que prestando al hijo pródigo sus elo-

cuentes palabras, con las lágrimas en los ojos y la alegría en el corazon, dije en la Sala de la aldea á esa misma sociedad que ahora me censura y me escarnece por lo bajo: 'He pecado contra ti y delante del cielo, y no soy digno de llamarme hijo tuyo.' A pesar de eso, yo no era el hijo del vicio sino de la culpable indiferencia de ella misma.... Hoy soy un corazon honrado, una alma dispuesta á trabajar para servir y para honrar á mi país, y un hombre que quiere tener un hogar y fundar una familia, que no seria tronco de ramas podridas ni de frutos dañosos.... ¿ Será mi desamparo grande como lo fué en mi niñez....? Ay, Tobias, padre mio! por qué me has abandonado?.... Si es posible y si Dios lo quiere, asiste á tu hijo desde el cielo y cuida como otras veces del perro de la aldea!"

Gil habria salido victorioso de este debate. Si el pecado hunde, la expiacion rehabilita y levanta; pero su triunfo habria sido vago y abstracto. Todos hacemos coro para aplaudir á los caidos que se levantan

y luego hacemos uso de nuestras reservas mentales. La familia de Sara no se habria prestado á pagar por sí sola el premio de la regeneracion del hijo del artesano, aunque quizá hubiera reconocido su virtud y aunque hubiera estado convencida de que el verdadero mérito de las personas es el que depende de ellas mismas y no de las circunstancias accidentales que las rodean.

Con el tiempo, Ángela llegó á ser la amiga y la confidente de Gil y éste le contó su historia y sus desventuras, porque su corazon rebosaba y le era necesario desahogarlo. Al saber la vida de Gil y al compararla con la suya propia — que conocia por lo poco que habia podido averiguar rerpecto de ella misma — Ángela vió la luz, toda la luz (era la única que podia verla); pero no le dijo nada á su hermano, temerosa de hacerlo más infeliz de lo que era. Dejó pues para más tarde la ruptura del velo.

III.

Privado Gil del consuelo de escribir á Sara, engañaba su pasion y se engañaba á

sí mismo escribiendo sus *impresiones de amor* de cada dia. Hé aquí algunos de esos rasgos, que eran otras tantas páginas arrancadas del libro de su corazon.

"Yo nací para amar á Sara y todo lo
" que no es ella ni se refiere á ella no tiene
" para mí interes ninguno. El sol me pa-
" rece bello porque fecundiza las flores que
" á ella le agradan; y las flores me pare-
" cen hermosas porque son un dón digno
" de ella. El universo sin Sara seria para
" mí un yermo espantoso....

"La ambicion de la gloria pudo hala-
" garme por algunos instantes, el orgullo
" del mando pudo embriagarme, el humo
" y el estruendo de los combates seducir-
" me, el estudio absorberme y la populari-
" dad arrebatarme; pero lo único que ha
" llenado por completo mi corazon es Sara.
" Así estoy constituido y así soy sin que
" yo tenga la culpa de ello. ¿Quién acusa-
" ria al pez porque nada, al ave porque
" vuela? Tampoco se puede acusarme por-
" que amo á Sara; y es verdad que si pu-
" diera dejarla de amar y borrarla para

" siempre de mi memoria, no lo haria por-
" que me mostraria torpe y malo.... Si me
" entrase en un claustro y en él torturase
" por veinte ó treinta años mi corazon y mi
" vida, y en él me hiciese mártir, no por
" eso dejaria de amarla. Hay que dejar que
" los rios corran y que los montes se estén
" quietos, que ruja el leon y que silben las
" sierpes. Lo que está hecho está hecho, y
" está hecho que yo la ame. Solo podria
" dejarla de amar degradándome; pero
" nunca pondré mis piés en la escala del
" vicio."

....

" ¿Por qué escribo estas líneas? Por lo
" mismo que solemos visitar los sitios en
" donde hemos sido felices y detenernos
" en la márgen de sus arroyos, dormirnos
" en la sombra de sus árboles y suspirar á
" la vista de su cielo. Eso es volver á vi-
" vir el tiempo huido y respirar las gratas
" emanaciones de los recuerdos.... Ade-
" mas, como no puedo hablar con ella, es-
" cribo. Esto me hace feliz, pues miéntras
" lo hago me parece que está á mi lado,

“ que me sonríe y que me fortalece para “ esperar. ¿Para esperar qué?....No creo “ en el amor de más allá de la tumba por- “ que no creo en las pasiones de la tierra “ delante de Dios.

“ ¿ Deberé decir á Sara cuál fué el lugar “ de mi nacimiento y quiénes fueron mis “ padres? No, y sí. No, porque me tendria “ asco; sí, porque quizá me amaria rege- “ nerado como se ama la larva hecha ma- “ riposa. ¿ Le diré que tengo en la frente “ una cicatriz que no produce en mí odio “ contra nadie sino compasion por mí mis- “ mo y sentimientos de perdon hácia mis “ semejantes? No; lo que debo decirle es “ que tengo una alma buena, purificada en “ el crisol de la desgracia, y un corazon “ bueno en donde guardo su imágen como “ en una ánfora invisible.

“ Mi espíritu ha entrado en la vida como “ entra en el valle un torrente largo tiem- “ po comprimido y que salta por sobre los “ obstáculos que ántes le cerraban el paso; “ pero no entró desbordado ni amenazador. “ Por el contrario, su propio ímpetu le

" dió un cauce seguro — el de la virtud, " gracias á los desvelos de mi padre adop- " tivo. Él me hizo amar las letras; su " ejemplo llena todos los dias de mi exis- " tencia y me enseña á cada instante á " separar los sueños de las realidades de " la vida. Bendito seais, espíritu supremo! " Corazon lacerado, bendito seais!......

" Paso revista y me detengo á examinar " todas las bellezas de la época para com- " pararlas en seguida con mi Sara. He es- " crito *mi Sara*, ¡qué sarcasmo!.... Veo " á Elvira, blanca como un lirio y de cabe- " llos negros, que unas veces me parece " una hada y otras una niña. Veo á Rosa, " la de los vivos ojos, la de las grandes ce- " jas. ¿Seria yo feliz al lado de una de " estas criaturas? No: me parece que, como " á los arreboles de invierno, á Elvira la " creó un rayo pasajero del sol, y que lué- " go luégo la han de borrar mil nubes tor- " mentosas. La distancia y la separacion " pondrian fácilmente entre Rosa y yo el " muro del olvido.

" ¡Cuán desconocidas son para los mor-

“ tales las verdaderas regiones del amor!
“ Semejantes á los colibríes que visitan un
“ jardin que han de abandonar pronto por-
“ que no es el suyo, los ojos de los jóvenes
“ se detienen sobre el cáliz de cada flor
“ nueva. Sí, se detienen, pero solo un mo-
“ mento!

“ Veo á Lola y tambien te veo á ti, Ma-
“ ría, picante morena. A ti, la de la boca
“ recogida y graciosa como una concha, la
“ del albo seno y la de los brazos mórbi-
“ dos; á ti, nueva Psiquis. Cuando recuer-
“ do que casi estuve enamorado de ti, te
“ veo atravesar por los ámbitos de mi fan-
“ tasía silenciosa como una vision y tenta-
“ dora como un ángel malo; .... entónces
“ tambien las márgenes del rio, el peñon
“ escabroso, la fuente escondida, el pala-
“ cio y la cabaña, las lunas de verano y
“ las grutas del monte me hablan de ti.
“ Tambien me parece que recuerdo mil
“ promesas y mil juramentos, mil ansias,
“ muchos suspiros y mayor cantidad de lá-
“ grimas.... más, todo eso se desvaneció
“ con los desengaños; y fué mejor que así

"fuera, porque desdeñosa y amante, tier-
"na y dura, religiosa y coqueta, habrias
"ejercido sobre mí la influencia del amo
"sobre el esclavo. Tu amor no será sino
"una servidumbre. Se te amará siempre
"demasiado temprano y tú corresponderás
"siempre demasiado tarde. Sin embargo,
"los desgraciados que te amen amarán las
"cenizas de su amor, como amaria Plinio
"las lavas del Vesubio que le dieron la
"muerte si le fuera dado volver á la vida!

"Te veo á ti, Lucila, dulce y casi sin
"igual sobre la tierra, con tus ojos serenos,
"con tu sonrisa casta, con tu aire mejes-
"tuoso. Te veo con el traje negro con que
"te conocí, turbada aún la claridad de tu
"rostro por las sombras de un pesar pro-
"fundo. Me pareció entónces que eras el
"ángel de la noche.... Cuán feliz hubiera
"sido yo si hubiera podido borrar de tu
"frente la huella de las penas, quitarte el
"crespon de que estabas vestida y ador-
"narte con oro y con gasas, coronarte de
"flores y hacerte una ninfa de la mañana,
"para que te envidiara la aurora y el céfi-

“ ro tomara tu pecho por el de la reina de
“ las rosas.... tu voz me parecia un reme-
“ do de las arpas celestiales; pero huí de
“ ti. Por qué? no lo sé. Ah! sí lo sé: por
“ que habia nacido para adorar á Sara! Sí,
“ huí de ti, Lucila; yo, que habria volado
“ por verte como una ave afanosa y roto el
“ aire como una flecha. Pero huí porque
“ no te amaba. Hoy te recuerdo como un
“ dia de felicidad, como un crepúsculo que
“ no termina. Si te volviera á ver, besaria
“ con gusto tu mano, te apretaria tranqui-
“ lamente contra mi corazon. No te he ol-
“ vidado y tu imágen llega hasta mi espí-
“ ritu al traves del tiempo, como llegan á
“ un lindo valle los rayos de la mañana
“ por encima de una nube lluviosa, tibios
“ y blandos.

“ Tambien te veo á ti, la alegre, la risue-
“ ña.... á quien no quiero nombrar; á ti,
“ que eres el tipo de la alegría. Tus ojos
“ son dos chispas, tu boca es una risa, y
“ tu cuerpo es el de un pájaro-mosca. Las
“ dulces puerilidades de tu carácter te
“ hacen la mejor compañera en el teatro y

" en el paseo, para bailar y para reir. Eres
" la mejor de las amigas, pero serias la más
" atolondrada de las esposas.

" Y á ti, Niobe, belleza vigorosa, tipo
" oriental, de ojos de deseo, consagrada al
" lujo. Llena de perlas, de diamantes, de
" flores; con los versos por único recreo,
" la música por lengua, la soledad por com-
" pañera, la luz artificial por sol y por cetro
" la noche. Sirena de la playa, tu canto
" denuncia al mundo tu mansion y tus mis-
" terios.... Cuando estás sentada al piano,
" pienso en Anfion construyendo los mu-
" ros de Tébas, aunque tú lo que haces es
" destrozar los corazones de los mortales.

" Te ví la primer vez en un teatro en me-
" dio de las emociones del drama, y no sé
" por qué sentí hervir mi sangre en las ve-
" nas. Incomprensibles misterios del afecto
" y de la antipatía! ¿ Por qué es que el uno
" y la otra tienen por causa una mirada,
" una sonrisa, un suspiro, un roce, una pa-
" labra? ¿ Será cierto que el corazon no es
" más que una estopa rodeada de fuego?
" ¿ Qué eres yá para mí? Una página de

" cortos renglones en el libro de mi exis-
" tencia, sobre la caal no volveria á poner
" mis ojos aun cuando no tuviese más tra-
" bajo que abrirlos; pero te oiria con
" gusto imitar á Norma indignada ó á Ro-
" meo cuando golpea con el alma hecha
" pedazos sobre la tumba de Julieta....

" La escena cambia de colores. Veo las
" ondas turbias de un rio cargadas con el
" peso de los cocodrilos y decoradas de cei-
" bas centenarias. El mar de Balboa sobre
" su orilla cristiana viene á repeler esas
" ondas y á cerrar el horizonte con un cír-
" culo más azul y más accidentado que el
" del cielo. Mis recuerdos retrogradan un
" lustro, y tu mirada, Apasia, que atraviesa
" selvas y cordilleras, viene á herir mi
" pecho como una espada.... habia tánto
" dolor en tus ojos! Cuento aún, una á una,
" todas las lágrimas de nuestra despedida.
" Las tuyas eran grandes como perlas y
" silenciosas como las últimas gotas de la
" tempestad. Pobre Apasia! te babias
" convertido en la urna funeral de un se-
" pulcro. Me llamaste *tu amigo* y acertaste.

" De tus labios no solo se desprendia una
" miel más dulce que la de los panales del
" monte Himeto sino el licor de la sabidu-
" ría. La antigüedad hubiera reconócido
" en ti una sibila. En Francia hubieras ri-
" valizado á madama Stael, poetisa de la
" filosofía, ó á madama de Sevigné, ge-
" nio de las confidencias. Sobre las orillas
" del Pacífico no fuistes sino una de esas
" flores salvajes de América, cuyos perfu-
" mes absorbe el desierto y cuyo brillo
" opaca el mismo sol que las produce. Des-
" cansa en paz! No he olvidado tu con-
" sejo: 'Busca una jóven como tú y ámala
" con el amor que bendice la religion,' me
" dijiste. Yá he buscado esa jóven y la he
" encontrado: es Sara, y la amo con el
" amor del cielo; esto es, con el amor de
" la esperanza en Dios, que es la única que
" me queda.

" ¿Para qué escribir más? Es inútil.
" Veo y veo mujeres bellas, interesantes;
" pero me parece que todas están ciegas;
" que todas no son sino un esqueleto ves-
" tido con las galas de la vanidad y de la

“mentira, verdaderos sepulcros blanquea-
“dos. Se puede codiciar el diamante pero
“no se le ama. Hay que buscar en la mu-
“jer el *mundo invisible*. Sin alma, sin ideas
“y sin la grandeza de su sexo, las mujeres
“son pájaros, son flores, son fuegos fatuos.
“Los caballos que corren en una inmensa
“pradera, los trajes que flotan, las plumas
“que ondean, la seda que cruge en los
“saraos, la risa de los banquetes, los de-
“vaneos de la hermosura, son un prisma
“engañoso, como todo prisma, para juz-
“garse amado y para amar. Todas esas no
“son sino las ilusiones de los sentidos,
“mirajes de la vida. Hay que ir un poco
“más hácia el fondo y ponerle al hogar,
“base de la sociedad y luz del corazon,
“piedras más sólidas y techados más sóli-
“dos que un simple pétalo de rosa. Hay
“que llevar al altar á las Cornelias y á las
“Penélopes y no á las ninfas del deseo ni
“á las muñecas de la moda. Es por eso
“por lo que yo te amo, Sara mia. Te amo
“porque descubro debajo de tus cándidas
“gracias de vírgen, el alma de una romana

"de los grandes tiempos y de las grandes "circunstancias."

Así era como Gil amaba á Sara; así era como Sara debia ser amada.

Estas dos almas se habian visto y se habian comprendido. ¿Podrian juntarse aquí en la tierra, como lo deseaban?

Sara conocia todo el valor de Gil, quien llegaria á los más altos honores sociales por su talento, por sus conocimientos y por sus virtudes; y cuando llegaban á sus oidos algunas de esas mordacidades de los afortunados y de los envidiosos, vertidas para mortificarlo ó para deslustrar su brillo, lloraba á solas y se decia á sí misma:

—Si él es hijo de un lacayo, ¿por qué no soy yo hija de una esclava?

Entre tanto y por una compensacion de la Providencia, Gil triunfaba más y más cada dia y se alzaba sobre sus denigradores y sobre sus émulos, como se alza el águila sobre los reptiles. Varon fuerte é instruido desde niño con la sabiduría del Evangelio, hacia frente con raro valor á todos los embates de la fortuna y no era

débil sino en presencia de su amada. Entre tanto el hermano de Sara, el hombre del dinero y de los vicios, no era sino un Baco dorado.

Qué contraste!

IV.

Las pesquisas del hermano de Sara y de Genaro en la aldea de.... tuvieron un buen resultado, á juzgar por lo que vamos á referir.

De regreso de la aldea, los padres de Sara y el hermano de ésta conferenciaron largamente y acordaron citar á Sara á un consejo de familia, no solo para informarla de los hechos — que habian resultado más graves de lo que se esperaba — sino para noticiarle perentoriamente lo acordado respecto de élla y de Gil.

La escena fué fria y solemne. El padre de Sara estaba preocupado, y la madre estaba triste por el golpe que iba á recibir su hija querida, pero aliviada de ánimo como toda persona que sale fácil y repen-

tinamente de una mala situacion. El único que estaba contento, pues se reputaba vencedor en una batalla reñida, era el hermano de Sara, jóven insoportable, orgulloso y engreido con lo que él llamaba *su linaje y su dinero* y con la posicion social de sus padres, aunque no honraba con su conducta ese linaje, esa posicion, ni esa riqueza.

Sara era la hija de la señora que habia pasado por la aldea de.... y la misma niña que habia extendido sus blancas y pequeñitas manos para que el cochero no flajelase á Gil. El látigo de la madre era el que habia marcado en el rostro al pretendiente de la hija!

¿Qué haria ésta al saber eso?

Tambien cabe aquí preguntar: ¿la compasion que en aquel entónces sintió Sara por Gil fué hija de sus buenos sentimientos y del horror que le causaba ver maltratar á un niño, ó la naturaleza habia preconstituido entre esos dos séres, tan distantes entónces el uno del otro y tan encontrados en posicion social, una relacion de

simpatía secreta, que más tarde debia desarrollarse con la fuerza de una pasion irresistible? No podemos decir sobre esto sino que Sara y Gil se habian amado á primera vista. Si fuera como creemos, habria que convenir en que la fatalidad entra por más de lo que parece en las cosas de la vida.

El descubrimiento del orígen de la cicatriz de Gil mantenia á Napoleon-Alejandro en un estado de felicidad indescribible. Llegado el momento oportuno, habló éste de la manera que sigue, despues de haber dirigido á su hermana una mirada de triunfo. Sara estaba tranquila aunque en su pecho luchaban de un modo violento el temor y la esperanza. No se hacia empero ninguna ilusion respecto del orígen de Gil; pero sí la mortificaba que pudiese haber en la vida de éste alguna cosa desagradable, fuera de su humildad y de su pobreza, que pudiera ser imputada á él solo.

—Debo empezar por informaros, dijo Napoleon-Alejandro, que el Gil que conocemos y que ha venido á ser una mortifi-

cacion para nuestra familia, no es siquiera lo que todos dicen y lo que nosotros mismos habiamos creido: el hijo de un lacayo. No: ese hombre está más abajo aún: es el hijo de una lavandera y de un soldado— probablemente hijo ilejítimo. Quedó huérfano desde pequeño y fué un pilluelo rematado durante ocho ó diez años. Estos datos no los recogimos Genaro y yo de la boca de la señora que tiene en la aldea de.... una especie de Escuela-Asilo, porque esa señora, de quien se dicen muchas cosas buenas, estaba enferma, sino de la directora actual de la Sala.

—En esa clase de establecimientos, dijo el padre de Sara, suele llevarse un libro de notas relativas á los escolares, ¿ habeis tomado alguna copia, hijo mio?

—Ciertamente. Hé aquí lo que ella dice:

Napoleon-Alejandro sacó una cartera de uno de sus bolsillos y leyó lo que sigue, y al leer miró dos ó tres veces por debajo de las cejas á su hermana:

—"*Inscripcion número* 3. Gil, por otro nombre el perro de la aldea. *Padres*. Se

ignora quiénes sean, pero se dice que lo fueron una lavandera y un recluta. Gil tiene una hermana en un hospicio y fué recogido por una mujer que vive ahora en esta aldea. Esta mujer es completamente ignorante y se llama Plácida. Su ocupacion es la de tendera. *Observaciones*. Gil es un muchacho completamente perdido. Es el tormento de la poblacion, de cuantos pasan por el camino real y de cuantos viven á distancia de una legua de la aldea, pues es de una índole perversa, no tiene ninguna nocion de moral, ningun temor de Dios, ningun respeto por sus iguales ni por sus superiores. Le saca los ojos á las aves domésticas, descuartiza vivos á los reptiles, profana los vasos sagrados y cometeria crímenes de todas clases si estuviera más desarrollado.” Aquellas líneas habian sido trazadas por la mano de la señora Berta en el libro de notas de la Sala.

Paró allí su lectura Napoleon-Alejandro y para dar mayor importancia á lo que faltaba de ella, dijo:

—Sabeis que el guapo personaje de que

nos ocupamos á pesar de nuestra voluntad, usa un poco los cabellos á lo nazareno, lo que lo ha puesto muy de moda entre las Didos de nuestra sociedad. Pues bien, escuchad cuál es la causa de ese capricho.

Napoleon-Alejandro continuó su lectura:

"Se le llama el *perro de la aldea* porque se entra en todas partes y en todas partes se come cuanto encuentra. No respeta puertas ni cercados, ni le hacen mella ninguna los palos ni los azotes. Los muchachos del pueblo lo apedrean cuando se encuentran con él, y es el objeto del desprecio y de la excecracion general. Tiene en la frente una gran cicatriz producida por uno de los latigazos que le hizo dar una señora que pasó un dia por la aldea y á quien el pilluelo le robó unas manzanas."

Al oir esto, Sara sintió algo parecido al frio de la muerte; pero no dió ninguna muestra de agitacion. Su impasibilidad tenia alarmado á su padre, quien veia que su hija se ponia cada vez más pálida.

—Hé ahí, dijo Napoleon-Alejandro con

tono de desprecio y de ironía, por qué el pedante se cubre la frente con el pelo. Cree ocultar así ú oculta ciertamente el sello de la infamia. Divulgaré esto para que se sepa cuál es la verdadera causa de ese extravagante peinado.

—Qué dices de esto, Sara? preguntó á ésta su madre.

—Perdonad, madre mia; pero no sé á qué se encamina lo que se está haciendo. No acuso ni defiendo al jóven de quien os ocupais con tánto interes, aunque sí comprendo que sus desgracias pasadas, que se refieren á un tiempo en que él no podia ser responsable de sus acciones, tienen muy poco qué ver, ó mejor dicho no tienen nada qué ver con su estado presente y con su conducta desde la época en que él empezó á regirse por las leyes de la moral y del honor. La naturaleza es tan grande y tan misteriosa en sus creaciones, que es muy difícil clasificarlas y decidir doctoralmente de los medios que ella pone en accion para sus altos fines.

—¿Qué quieres decir con eso, hija mia? preguntó su padre á Sara.

—Digo que si mi querida y respetada mamá se pusiese á considerar cuánto fango y cuánta basura han entrado en la formacion de esa bella y costosa flor que adorna su pecho, acabaria por arrojarla léjos de sí. No hay pues que ver el cieno donde nacemos sino la limpieza en que vivimos.

Napoleon-Alejandro y su madre se miraron consternados. El padre de Sara meditó.

—Y la cicatriz! dijo un momento despues la señora; ¿qué decis de esa funesta cicatriz, Sara?

—Querida y respetada madre mia, digo una cosa muy sencilla, y que no hubiera dicho si no me interrogárais....

—Qué cosa?

—Esta. Si mis recuerdos no me engañan, fué nuestro cochero el que hizo con su fuete esa cicatriz al jóven de quien os ocupais, y se la hizo porque vos le mandásteis que lo azotara cuando cogió una de las manzanas que se nos cayeron del cesto en que iban nuestras golosinas.

—Vos? preguntó el padre de Sara dirigiéndose á su esposa.

Ésta no contestó, pero sí se ruborizó.

—Qué coincidencia y qué fatalidad! exclamó el padre de Sara.

Ésta continuó:

—Creo que hubo en ese desgraciado incidente alguna ligereza. Esa pobre criatura no merecia el castigo que se le impuso.

—Qué! exclamó Napoleon-Alejandro.

Sara continuó:

—Recuerdo que yo lo defendí entónces con mis ruegos; pero nada alcancé. Hoy, despues de los años que han pasado, lo defiendo todavía, y lo hago con mis reflexiones.

—Sara! exclamó la madre.

—Sí, madre mia! Entónces con mis lágrimas y hoy con mi razonamiento; y haria más si pudiera.

—Qué harias? preguntó Napoleon-Alejandro enfadado.

—Borraria esa cicatriz.

Al oir esto, el padre se cubrió la cara con las manos y la madre palideció y tembló. Napoleon-Alejandro dijo con despecho y cólera:

—Tánto así lo amas?

—Dios es testigo de que al hablar así no entra el amor para nada en mis palabras. Lo mismo diria si se tratara de cualquiera otra persona.

—No dices verdad, Sara, dijo la madre.

—Sí, madre mia. Diria lo mismo aun cuando se tratara del más desgraciado y humilde de los hombres.

—Por qué, Sara? preguntóle su padre, quien no podia ocultar la angustia que lo devoraba.

—Porque esa cicatriz deshonra más á los que se la causaron que á Gil.

Era la primera vez que Sara pronunciaba el nombre de ese desgraciado en presencia de sus padres.

La palidez y el temblor de la madre tomaban un carácter alarmante. El padre volvió á cubrirse el rostro con las manos y Napoleon-Alejandro rugió como un tigre provocado.

Sara continuó con serenidad y respetuosamente:

—He dicho que borraria esa cicatriz, y

agrego que la borraria con la sangre de mis venas, y al hacerlo me sentiria orgullosa y perdonada porque habria borrado una mancha de mi familia.

—Sara, abusas de nuestro cariño, dijo la señora.

—Sara, abusas de mi generosidad, dijo Napoleon-Alejandro.

Solo el padre de Sara nada dijo. Amaba á su hija y estaba contento de ella; y como la historia de la cicatriz de Gil, historia que él ignoraba, colocaba ciertamente á su esposa en un mal predicamento, estaba arrepentido de haber consentido en que tuviese lugar aquel acto deplorable, cuyas consecuencias empezaba á temer. Sin embargo, no se atrevió á tomar ninguna determinacion, pues era muy débil y su esposa lo dominaba con un gesto, con una palabra y lo hubiera dominado de otro modo si hubiera sido necesario.

Napoleon-Alejandro volvió á anudar el debate doméstico, diciendo:

—Madre mia, es innegable que Sara está instruida por el perro de la aldea.

—Sara, dijo su madre, confiésalo.

—Nunca me ha dirigido la palabra ese jóven.

—Pero te habrá escrito y tú habrás recibido sus cartas.

Sara miró con tánta altivez á su hermano que éste no pudo resistir la impresion de su mirada. Luégo dijo:

—¿Cómo se atreveria á escribirme no siendo yo su esposa ni su prometida....?

—Vamos, hijo mio, dijo la señora, evitemos estas cuestiones, que no pasan de ser incidentes ridículos, y termina informándonos del resultado de tus pesquisas en la aldea. Es indispensable que lo sepamos todo.

Napoleon-Alejandro dijo:

—Me resta poco. Lo que dice el libro de notas del Asilo de la aldea nos lo confirmaron á Genaro y á mí los habitantes de ella. Todo lo relativo al hijo de la lavandera es allí de pública notoriedad. Supimos tambien que un viejo criado de la maestra lo habia adoptado por hijo y lo habia constituido su heredero. A falta de otro ape-

llido el perro de la aldea lleva hoy el del sirviente que lo adoptó.

—Basta, pues, dijo la madre de Sara. Hemos cumplido con nuestro deber como padres amantes y como personas de calidad que somos. Sara sabrá ahora si se casaria con un hombre que seria un baldon para nosotros y si iria á buscar al hospicio á la hermana de su novio para que fuese su cuñada.

—Entrando en ese camino, dijo Napoleon-Alejandro, es sensible que se haya muerto el filántropo Tobi, pues podriamos decirle mi hermana y yo: *papá lacayo.*

—No sé, dijo Sara, que el jóven de que se trata haya pedido mi mano, que yo haya sido consultada, y que mis padres hayan dado su permiso, circunstancias que reputo de absoluta necesidad. Ese jóven puede amarme ó nó, puede solicitar ó nó mi mano; nada sé yo de esas cosas. Lo único que yo sé es que así como estoy dispuesta á no apartarme de la voluntad y de los consejos de mis padres en un asunto tan grave como el de mi matrimonio, tam-

poco aceptaré, impuesto, ningun esposo.

—Dices eso por Genaro? preguntó Napoleon-Alejandro.

—No, hermano. Como de costumbre, no pensaba en él. Genaro no entra para nada, en bien ni en mal, en mis determinaciones. Decia eso como regla invariable y general.

En seguida Sara se acercó á su padre y le dijo:

—Perdonadme, padre mio, si he dicho alguna cosa inconveniente. Me he exhibido como soy y como quiero ser. Os debo la existencia, la educacion y los beneficios que me prodiga todos los dias vuestro cariño, y la gratitud y el deber no me permiten ser hipócrita. Si no estais disgustado de mí, dadme vuestra mano á besar.

El padre estrechó á su hija en los brazos.

Sara se dirigió luégo á su madre y le dijo:

—No sé si algun dia las leyes de la naturaleza levanten alguna tempestad de amor en mi pecho; mas si así fuere por desgracia mia, estad segura de que ella no llega.

rá hasta vos ni os causará ningun enojo. No me llevará al altar sino el hombre que vos y mi padre hayais aceptado y bendecido previamente. Y tú, Napoleon-Alejandro— dijo dirigiéndose á aquél — el más querido y el más ingrato de los hermanos, sé alguna vez para tu hermana lo que ella será siempre para ti. Has querido mortificarme y te perdono.

Dijo, y le sonrió con dulzura.

Así terminó aquella escena de familia. Sara volvió á su habitacion y cayó casi desmayada en los brazos de Ángela. Esta lo habia oido todo escondida detras de una puerta y no tuvo para qué preguntar nada á su ama. La hermosa é inteligente criatura habia sostenido una lucha interior superior á sus fuerzas, pues aunque supuso que no se le iba á decir nada nuevo ni nada más de lo que ella sabia yá, la evidencia y la confirmacion de los hechos la habian aterrado.

—Ángela! dijo despues de un rato de silencio. Todo es cierto.... lo veo; lo veo cubierto de harapos, lleno de mugre, voraz,

salvaje, casi estúpido, alzando las manzanas del suelo! Oigo los gritos que le arrancaron los latigazos de nuestro cochero.... quién habia de pensar entónces que esos latigazos habian de caer más tarde no sobre mi conciencia sino sobre mi corazon, cuando yo sola fuí la inocente en ese entónces, cuando sola yo supe apiadarme de él! Ironía del destino! conozco que estoy separada de Gil para siempre, para siempre! Sin embargo, nos une á ámbos aquel lazo de humillacion y de vergüenza.

—Tranquilizaos: él no sabrá nada de esto. ¿Quién habia de decírselo?....para qué mortificarlo?

—No, Ángela, es mejor que lo sepa todo, que no ignore nada, que se aleje, que no piense más en mí. Nunca podriamos vencer el orgullo de mi madre ni la altanería desmedida de mi hermano. No digo lo mismo de mi padre; pero mi padre no tiene voluntad propia: mi padre es débil. Mi corazon me dice que Gil es bueno y que seguirá brillando entre sus conciudadanos; pero mis ojos no son los de la sociedad, ni mi corazon es el de mi familia.

—No hay que desmayar, no! dijo Ángela é hirió el suelo con el pié en ademan de desafío.

—No te hagas ninguna clase de ilusiones. Preferirian morirse á ceder. Bien los conozco. Por otra parte, yo no puedo hacer un matrimonio de lágrimas ni llevar la discordia á mi casa desde el primer dia. Busca á Gil y hazle saber todo lo que pasa, sin ocultarle nada, pero sin darle á entender que soy yo quien te envía. Dile que yo soi la misma que extendió por él sus manitas de cinco años y que imploró en la plaza de la aldea una misericordia que mi madre no quiso tener. Dile que con la misma inocencia y la misma justicia lo he defendido hoy ante un tribunal que lo tenia condenado de antemano. Ve, corre, dile todo eso, y que me olvide.

—No, señorita, solo las ovejas se dejan llevar al matadero sin oponer ninguna resistencia. Nó, y nó. Dios ha de permitir que os caseis con él y no con el otro....

—Con Genaro? no hay el menor peligro. Genaro es el jóven que ha perdido á mi

hermano, quien lo arrastra todos los dias á la crápula y al ocio, y yo, que soy incapaz de odiar á nadie, lo desprecio.

—Vuestro hermano es el responsable de todo.

—Sí, pero no digas nada de él. Te lo suplico y te lo ordeno. Bastantes censuras se le hacen yá para hacernos nosotras de la comparsa.

—Y si el jóven Genaro es un libertino, ¿por qué lo prefiere vuestra familia y no *á él*, que es un modelo de honor y de virtud?

—Porque Genaro es miembro de una familia rica y á la moda. Qué quieres? esa es la ley social.

—Yá tuviera yô poder, amá mia, y las cosas irian en esta dichosa tierra de otro modo.

—Qué harias? dijo Sara.

—Le quitaria los guantes y las botas á ese paranada y le pondria la azada en las manos. Mandado está que ganemos todos el pan con el sudor de nuestro rostro. Si no hubiera recompensa y aplauso para los hombres de bien, habria que dejarle el mundo á los tunantes. Nó, digo que nó!

—Santa pero impotente indignacion! Ángela, somos dos locas. Busca mi libro de oraciones y leeme algo. Estoy triste y necesito de palabras que alivien mi pobre espíritu.

V.

Ángela aprovechó el primer momento de que pudo disponer para buscar á Gil y hablar con él, pero no lo halló. Lo más que consiguió fué saber que hacia ocho dias que habia salido de la ciudad precipitadamente sin decir hácia donde iba. Volvió pues á la casa muy contrariada y dijo á Sara lo que sucedia.

—Es mejor que no le hayas encontrado: lo que íbamos á hacer era una locura — quizá una crueldad. Te retiro el permiso de hablarle. Hay muchos obstáculos entre nosotros dos para mortificarlo más; que ignore siempre que las manos de los que hoy lo rechazan son las mismas que en otro tiempo le marcaron la frente....

Sara dijo esto y se mostró completamente tranquila. Su corazon se habia calma-

do como se calma el océano despues de un momento de tempestad.

Hablaremos del paradero de Gil: éste habia sido llamado por la señora Berta á la aldea. La señora Berta estaba muy enferma y su avanzada edad quitaba á todos la esperanza de ser curada. Como era natural, Gil corrió y fué á ponerse al lado de su benefactora, pues como solia decirse él mismo al hablar ó al pensar en la señora Berta, ella le habia dado el pan del cuerpo y Tobi el pan del alma.

Gil llegó á la aldea cerca de la noche, y ántes de entrar en la casa de la señora Berta se dirigió á saludar la tumba de Tobi. Subió con pié tranquilo el repecho de la colina y fué deteniéndose á cada paso, ya para sonreir á las piedras y á las retamas que le eran familiares (en las que le parecia ver otras tantas amigas de su infancia), ya para contemplar el pintoresco cielo de la aldea, cielo que él habia contemplado muchas veces acompañado de Tobi y en cuyo remate iba á hundirse el sol entre abismos de oro y de púrpura.

Este último espectáculo era aquèlla tarde tan inponente por su majestad y por su hermosura, que Gil no pudo ménos de exclamar:

—Veo en ti ¡oh sol! la imágen de los grandes de la tierra! Naciste entre los suaves arreboles de la aurora, aplaudido por las sonrisas de los prados y de los montes. La bóveda celeste te brindó sus senos tranquilos y azulados para que hicieses tu carrera sin tropiezos, y ahora terminas entre las creaciones fantásticas de un caos de fuego seguido de la desolacion del universo! Qué dejas en pos de ti? nada! ¿Qué fué el esplendor de tu medio dia? Nada!..... Hermosos mirajes de la naturaleza, sois crueles porque servis solo para aumentar el dolor de los corazones desgraciados!

Gil continuó subiendo por la colina y suspiró. Luégo se dijo:

—Qué cambio tan espantoso se ha efectuado en mí! Al presente soy un hombre, dependo de mí mismo, las vanidades del mundo me cercan y se postran á mis piés.

Soy una fuerza en presencia de los que mè aborrecen, y sé que podria luchar y vencer; pero no soy feliz. Lo era, sí, cuando subia por esta misma colina cogido de la mano del más bueno de los hombres, y cuando buscaba en la aprobacion de sus labios toda la gloria de mi vida.... Ah! sí.. ¡insensato! ¿por qué me sorprende este cambio? ¿por qué no acepto con valor las consecuencias de mis propias faltas? En la época á que me refiero, mi corazon rebosaba con las grandezas del Evangelio; hoy las pasiones conjuradas rebosan en él.

Bastante era haber dejado de ser el perro de la aldea para ser el discípulo de Tobi.

¿Por qué no me detuve ahí? ¿Por qué he querido volar y volar hasta *ella*....tienen acaso alas los reptiles?.... ¿quién borrará de mi frente el sello del esclavo? Vosotros los ilusos; vosotros los que creeis en la eficacia de la virtud contra los afortunados de la tierra, probadme que no soy un triste y miserable siervo que quiere alzarse hasta ella!

Gil calló y siguió subiendo por el repe-

cho de la colina. Las aves de la tarde cantaban en los árboles del camino; pero él no las oía, arrebatado como estaba por una desesperacion melancólica. Un momento despues oyó el ruido del arroyo que iba á llevar á la aldea, como siempre, la amenidad y la frescura, despeñado entre grandes piedras y convertidas sus linfas en blancas espumas. Gil se detuvo pensativo. En seguida exclamó:

—Ese torrente es el hombre: rompe su frente contra las rocas y sus esfuerzos se convierten en espuma. Habla de noche y de dia, grita en la soledad y nadie comprende lo que dice.... Mas, cuán loco soy: la voz de ese torrente aprisionado entre las piedras de su cauce, ¿qué es sino una protesta eterna contra su infortunio? Pobre de él, que no puede morir!....

¿Por qué no me es dado celebrar mis bodas y cantar como el hebreo: "Quién "es esa que sube del desierto como la vara "de humo que asciende del incensario? "¡Oh qué hermosa eres, amiga mia! Tus "cabellos son como las cabras que pacen

"en el monte de Galaad; tus dientes son "manadas de corderillos esquilados; tu "talle es esbelto como la palma; tus meji- "llas son como los trozos de la granada; "tus pechos son semejantes á dos cerva- "tos que pacen entre lirios. Ven del Líba- "no, ven y serás coronada. Tú eres un "huerto cerrado, una fuente sellada. Ven "á mi huerto, hermana y esposa mia! Yo "recogí la mirra con las aromas, probé la "miel de las abejas, bebí el vino con la "leche. Oh amigos! comed, bebed, em- "briagaos, sí, mis muy amados!"

¿Cantará este torrente los infortunios de su amor?

Un momento despues estaba Gil junto de la humilde tumba de su amigo, de su padre, de Tobi. Era yá tiempo de que llegase, pues el desórden de su espíritu crecia por momentos. Echóse en el suelo y estrechó entre sus brazos aquel monton de tierra y de grama marchita, y al hacerlo exclamó:

—Aquí estoy, Tobi; Tobi, aquí está tu hijo. Yo creo en la inmortalidad del alma.

Sal por un momento de la tumba y ven á enjugar como otras veces las lágrimas del más desgraciado de los hombres.... Yá no soy el niño huérfano que tú sentabas sobre tus rodillas cuando le enseñabas á amar á Jesus: ahora soy un monstruo de pasiones, juguete vil de todos los desórdenes de la juventud. El infierno del amor ha entrado en mi pecho.... ¿Por qué abandoné la aldea y me separé de tu sepulcro?

Nada me respondes, Tobi. ¿Te has trasfundido acaso con la tierra que te cubre? no eres yá sino polvo? En dónde está aquel corazon tán grande? qué se ha hecho aquella inteligencia suprema?.... Insensato! Insensato! tú no puedes responderme, nó: tú no estás ahí, nó: la bienaventuranza eterna no está en las entrañas de la tierra.

Al decir esto una claridad inefable iluminó el alterado rostro del jóven. Su fe, que tambaleaba, habia vuelto á sentirse firme en su pecho. No era posible que Gil se apartara de Dios.

Tranquilizóse, y al volver los ojos hácia

otro lado vió una tumba recientemente abierta. Era la del cura de la aldea. Estaba á cuatro metros de la de Tobi y en medio de las dos habia una cruz y un cartel que decia: *espacio vendido.*

—Tambien él, murmuró Gil.

En seguida se puso de rodillas y oró largo rato. Los últimos destellos del sol, yá muy apagados, servian á aquel creyente de lámpara sagrada.

Gil volvió á bajar de la colina rodeado de las sombras de la noche y entró en la casa de su protectora.

La señora Berta estaba muy acabada. Sus cabellos se habian vuelto blancos, sus mejillas se habian enjutado y estaban arrugadas, y toda su cútis tenia el amarillo de la cera. Era difícil creer que en el cuerpo de aquella señora circulase una gota de sangre. Cuando cerraba los ojos y cuando dormia parecia un cadáver. El color negro de su traje la hacia más lívida y fúnebre.

—Te esperaba, Gil, dijo al ver á éste. Supe que habias llegado á la aldea y

que habias ido hasta el cementerio. No extrañé tu conducta....

—¿He hecho mal acaso?

—No.... tú siempre lo amaste á él más que á mí.... No digo *á ellos*, por que tú nunca amaste al cura y ademas no sabias que él habia muerto.

—Si, lo ignoraba y he extrañado vuestro silencio.

—El cura te importaba poco.

—Perdonadme si os contradigo. Vos, Tobi y el señor cura han sido y son para mí toda mi familia, toda mi patria y todos mis afectos.

—Me pones, Gil, en primer lugar por cortesía....

—Señora, habeis sido mi madre, mi benefactora, y no podria olvidarlo jamás sin ser el más ingrato y el más infame de los hombres, creedme: os amo y reverencio, y lo mismo al cura.

—Dejemos eso, Gil. Veo que estás convertido en un completo caballero. Me gusta la elegancia de tu porte y lo gracioso y desembarazado de tus maneras. No seria

extraño que las jóvenes quisieran ganar tu primer amor.... A propósito, ¿sabes tú qué objeto tenian las averiguaciones que sobre los primeros años de tu vida vinieron á hacer aquí dos individuos ahora pocos dias?

—Ignoraba eso completamente.

—Es natural; no seria para hacerte merced. Yo estaba entónces enferma y los recibió la nueva directora de la Sala. La pobre se dejó sorprender, no me consultó y puso el libro de notas en sus manos.

—Creo que obró bien la señora directora. Para qué ocultar lo que es verdadero?

—Supongo que esos dos jóvenes querian mortificarte y ha sido una falta haberles ayudado en esa mala accion.

Gil pensó en Napoleon-Alejandro y en Genaro.

—Bien, hablemos de otra cosa. ¿Viste en el cementerio un pedazo de tierra que está entre la tumba del cura y la de Tobi y en donde hay una cruz de madera?

—Sí, señora.

—Deseo que mis restos mortales sean

sepultados en ese sitio, y te encargo á ti de dar cumplimiento á mi deseo. Quiero dormir el sueño eterno en medio de los dos seres con quienes viví y con quienes compartí las penas de mi alma. Unidos los tres, hicimos el poco bien que pudimos y te levantamos á ti. Ojalá que tú sigas siendo en el mundo lo que has sido últimamente, y que seas enterrado junto de nosotros para que así quede reunida *toda la familia.*

Gil tomó las manos de la señora Berta y las besó con filial ternura. La señora continuó hablando así:

—No te quise avisar de la enfermedad y muerte del cura, porque ambas cosas tuvieron lugar en los momentos en que se iba á decidir esa célebre y ruidosa causa que ganaste en el alto foro y que ha dado tánta celebridad á tu nombre.... pensé que no podias separarte de la capital en esos momentos.

—Lo habria abandonado todo por venir á cerrar los ojos del buen sacerdote y por recibir su última bendicion.

—Así lo creí y por eso guardé silencio. Estaba yo aquí para hacer tus veces. Al presente no sucede lo mismo. El cura, tú y yo sepultamos á Tobi; yo sola sepulté al cura, y tú sólo me sepultarás á mí.... en cuanto á ti, eso está distante todavía. Te he mandado llamar para que me acompañes y estés á mi lado los quince ó veinte dias que me quedarán aún de existencia. Hace poco tuve la idea de suplicarte que despues de mi muerte te pusieses al frente de la Sala, pero luégo me reí bien de tal absurdo. Tú estás destinado á llevar una vida brillante en la sociedad, preveo tus altos destinos futuros, ¿qué harias tú metido como un buho entre las peñas de esta aldea? Lo más seguro es que te cases y seas el padre de una familia preciosa y feliz. No olvides hablar á tus hijos de *la abuela Berta.* Ahora, buenas noches. Vete á dormir, pues estarás cansado y yo he hablado más de lo que conviene á mi salud.... Nada ha sido cambiado en la casa; el cuarto de Tobi lo encontrarás como cuando él vivia y tú vivias con él. Si

quieres cenar y si necesitas alguna cosa, llama á la sirvienta; su nombre es Mercedes.

Gil dió las buenas noches á la señora y entró en la antigua habitacion de Tobi. Un nuevo dolor traspasó su corazon y mil recuerdos se agolparon á su mente como otras tantas fantasmas. Púsose á pasear. Estaba agitado y sollozaba. De repente se detuvo y dijo:

—Cuán triste es mi estado!...... me siento desfallecer y morir como una encina jóven helada por el frio del invierno! Todo ha concluido para mí, todo: ambicion, honores, empresas. Cuán engañados están los Silas que se han empeñado en ver en mí un pequeño Mario y me odian en la duda de mi fortuna cuanto me amarian en la certeza de ésta, si fueran profetas.... Hubo un tiempo en que sentí la fuerza en mí; ahora no soy sino el sepulcro de mí mismo. Los que me temen son unos insensatos. Los que me denigran debieran trabajar como yo he trabajado y ser ménos viciosos ó ménos perezosos de lo que he

sido yo. Los que me aborrecen, se engañan.

Algunos dias despues de la llegada de Gil, la señora Berta tuvo que meterse en la cama y renunciar á buscar el sol de la tarde, como lo hacia cogida del brazo de *su hijo*. Dos dias despues, y en momentos muy graves para la vida de la señora, Gil recibió una carta de Ángela en que ésta le decia:

" Al fin hemos sabido en donde os ha-
" llais (en la aldea). Venid pronto, pron-
" to: la señorita ha estado mala de tos y
" de una calentura lenta, y los médicos
" dicen que está atacada de una ulceracion
" en los pulmones.".…

—Tísis! exclamó Gil espantado.

" Se ha resuelto nuestra partida para
" Europa. Se cree que el clima de Italia
" le sentará bien y tambien ciertos baños.
" Como hay que evitar el invierno, que se-
" ria mortal para ella, nos parece á todos
" que los dias son siglos. Venid; el viér-
" nes seria yá tarde."

—El viérnes seria yá tarde! repitió Gil, y hoy es miércoles. Es imposible: me debo á *mi madre*.

Tomó luégo una pluma y escribió á Ángela.

"Partid sin verme. Es imposible. Os acompaño con el corazon desgarrado."

Envió este lacónico billete con el hombre que habia traido la carta de Ángela, y volvió á sentarse en la cabecera de la enferma con una tranquilidad estoica.

—Qué tienes, Gil? preguntóle la anciana. Estás pálido y desencajado.

—Soy un hombre maldito, respondió éste.

—Tú un hombre maldito! qué dices? ¿Habrás tenido alguna contrariedad en tus negocios? Eso no vale la pena. Sé valiente como Tobi.

Gil se decia entre tanto: Que parta, que vaya hasta las más apartadas regiones de la tierra, que no la vuelva yo á ver; pero que se cure. Tísica! tísica! Dios infinito y bueno, ten misericordia de ella y de mí!

La señora Berta agonizó durante el juéves, el viérnes y parte del sábado. En este último dia rindió su espíritu al Señor. Ese mismo dia recibió Gil otra carta de Ángela en que no habia sino estas palabras:

"Partimos. Seguidnos."

Ántes de espirar la señora Berta dijo á Gil: —Muero llevándome conmigo los secretos de mi pobre vida, y hago bien. Esos secretos no tendrian ninguna cabida en la historia y serian poca cosa para una novela.

Gil llevó el cadáver de la buena señora, como debia, y lo sepultó en medio de sus dos fieles amigos, y al volver del cementerio exclamó á su vez: —*Sólo!* completamente *sólo!*...... Esa misma noche tomó el camino de la capiral.

VI.

Cuando Gil llegó al hotel en donde vivia encontró una tercera carta de Ángela. Ésta le decia en ella lo que sigue:

"Al fin nos hemos puesto en camino. En "el lugar en donde teniais lo que escribiais "á la señorita encontrareis el retrato de "ésta y una guedeja de sus lindos cabellos. "Yo puse todo eso allí sobornando un "criado del hotel. Ella no sabe que yo "hice eso. En cambio tomé vuestros escri- "tos y la marchita corona de rosas y de

"yedra que os pusieron en la Sala de la
" aldea el dia de la fiesta de la Expiacion.
" Supe lo de la fiesta por la nota que ha-
"biais puesto en la tapa de la caja en que
" guardábais la corona. En la primera
" ocasion que podais venid á buscarnos.
" Vamos á Italia.

" Genaro no pudo seguirnos porque la
" señorita se opuso heroicamente. Os de-
"jamos nuestros corazones."

Gil se precipitó como un loco hácia el retrato de Sara y lo contempló ébrio de felicidad, al tiempo mismo que cubria de besos y de lágrimas el rizo de su amada. Pasado este primer arrebato exclamó:

—Ángela querida, ¡cuánto has hecho por mí! Mi pobre hermana, si hubiera vivido, apénas te igualaria en bondad. El cielo te bendiga, verdadero y único consuelo de mis desventuras!

En seguida lloró amargamente y repitió muchas veces la terrible palabra: *sólo! sólo!* y creyó que las tinieblas iban á cercar para siempre su corazon.

VII.

El sedicioso que habia causado la muerte del padre de Gil, el Coronel, el Gobernador de márras, habia coronado yá su carrera: era el Jefe de la nacion. Las repúblicas pueden ser ingratas, pero las democracias son siempre lógicas.

Volvemos á hablar de este personaje por la circunstancia de haberle ofrecido á Gil un puesto en el ministerio nacional. Gil rehusó el empleo, y en cambio le fué ofrecida la legacion de Roma. Este destino le permitia seguir á Sara hasta Italia y le daba una posicion distinguida en aquel país. Gil vaciló al principio; despues nó y solía decirse:

—Qué iria yo á hacer á allá? No es la distancia física la que me separa de élla sino la distancia social. Los mismos obstáculos que he encontrado en América hallaria en Europa. Basta que los padres de Sara no me acepten para que no intente yo hacer un matrimonio desgraciado. El

Señor ha dicho: "Honra á tu padre y á tu madre para que vivas largo tiempo sobre la tierra," y no se les honra huyendo de su hogar para fundar otro en que ellos no han de entrar. Ademas, preveo las rápidas y desastrosas consecuencias de esa enfermedad.... Oh! la tísis! la tísis!

En seguida tomaba el retrato de Sara en las manos y se ponia á contemplarlo con arrobamiento. Primero fijaba los suyos en los ojos de aquél — aquellos ojos grandes, azules, claros, serenos, llenos de una ternura inefable, que parecian mirarlo y decirle: "*Yo te amo*, pero mi amor no "tiene nada de mundano. Muérete y ven "á juntarte conmigo.... seremos los des- "posados del cielo." Despues contemplaba la boca de su amada — aquella boca pequeña, graciosa, de labios ligeramente arqueados, ligeramente sonrosados y habitados siempre por una sonrisa mitad infantil, mitad angelical, en que todo era inocencia y pudor; aquellos labios incapaces de hablar de amor á un hombre que no tuviera sobre ellos el derecho de la ley y de la re-

ligion, pero que parecian estremecerse levemente como dos pétalos de una rosa y decir á Gil: "*Yo te amo*, pero mi amor no "tiene nada de mundano. Muérete y ven "á juntarte conmigo.... seremos los des-"posados del cielo."

El huérfano contemplaba tambien la frente de Sara — aquella frente ancha, despejada, eminente, medio oculta entre dos cascadas de rizos de oro; aquella frente de vírgen cristiana, perfecta como su razon, tranquila como su espíritu, noble y casta como su porte, y que denunciaba al mundo una nueva Pulqueria. Esa frente tambien le decia á Gil: "*Yo te amo*, pero "mi amor no tiene nada de mundano. "Muérete y ven á juntarte conmigo.... "seremos los desposados del cielo."

Asimismo fijaba Gil sus ojos ardientes y bañados de lágrimas en el pecho turgente de Sara, en su talle de palma real, que él habia visto robusto y cimbrador en los saraos, elegante en el paseo, erguido en las calles y majestuoso en el templo, y no podia comprender cómo un punto imper-

ceptible y maligno en una de las entrañas de aquella estatua animada, podia estallar y reducirla en un momento á impura ceniza! Esto le hacia exclamar desconsolado:

—¿Es cierto que se va á acabar la música de su voz, á apagarse la luz de sus pupilas, que van á inficionarse los aromas de su aliento? ¿Es cierto que se va á consumir y á desaparecer como una neblina á los rayos del sol? que se va á marchitar como una flor al paso de las horas? Oh! vanidad de vanidades! Oh! engañosos mirajes de la vida!

Gil acabó por renunciar á su carrera, á sus glorias, á su fortuna. Tomó resueltamente su partido y se volvió á la aldea. Una alma vulgar se habria desesperado un poco, habria llorado despues otro poco, despues se habria consolado y últimamente habria echado á correr detras de otras mariposas, como lo hacen los niños en la vera del bosque. Así somos todos: todos ahogamos el dolor de ayer con los placeres de hoy, y pocas son las lágrimas que alcanzan hasta nuestros labios para borrar en ellos nues-

tras nuevas sonrisas. Mas, escrito está que sea así: es una ley de lo alto, es una ley de la sabiduría eterna. Si el dolor barriera las vidas de todos los hombres como barre el simoun todas las arenas del desierto, haría muchos siglos que la humanidad habria desaparecido de la haz de la tierra. Adan y Eva habrian perecido bajo el peso de su culpa, y el poema del paraíso habria sido tambien el del juicio final. Pero no fué así ni podia ser así. Lo que llamamos *el corazon* no es sino una arpa eólica, cuyas cuerdas baten dulcemente los céfiros con sus alas y los huracanes con sus borrascas; y esa arpa tiembla, suspira, gime ó canta; pero no se rompe. No se rompe porque Dios no lo quiere, y el rio de la vida sigue imperturbablemente su curso hasta el océano, llevando consigo todas las espumas de sus aguas y todos los cercos de sus olas.

Gil, empero, era una excepcion, como lo son todos los desgraciados que comprenden la magnitud de sus penas: era una arpa rota!

VIII.

Han pasado algunos años. Gil se ha establecido en la aldea, ha hecho construir en ella un magnífico edificio para la Sala de Asilo y ha dotado á ésta con todos los útiles necesarios. Lo que á la señora Berta le parecia un imposible se ha realizado: Gil es el director de la Sala, y está consagrado á ella, ménos en los momentos de los crepúsculos vespertinos, que son los que emplea en visitar las tumbas de los tres amigos de su infancia. Gil no lleva á esas tumbas las flores de su jardin sino los pensamientos de su alma.

No tenemos para qué decir que la Sala es un modelo, que los niños están contentos en ella y parecen otros tantos cupidillos sin alas y sin flechas. Hay vastos departamentos, empleados y un concurso numeroso. La aldea se ha puesto de moda. En la entrada del salon hay un magnífico cuadro al óleo, que representa á un niño desgreñado, sucio, harapiento, en

actitud de recoger del suelo unas manzanas y á quien azota un lacayo. Una señora ricamente vestida presencia el castigo y áun parece que lo ha ordenado; un niño, tambien ricamente vestido, aplaude la flagelacion, en tanto que una niñita de cuatro ó cinco años, de traje blanco y de cabellos rubios recogidos con una cinta de color de cielo, extiende sus manos, que parecen dos botones de rosa, hácia la señora é implora el perdon del ladronzuelo. En la penumbra del cuadro se descubre una cuadrilla de muchachos que corren hácia el castigado en ademan de apedrearlo.

En el centro del mismo salon hay otro hermoso cuadro, tambien al óleo, que representa la fiesta de la *Expiacion* en el momento en que ha sido coronado un niño por su aplicacion é intachable conducta. Este niño tiene una gran cicatriz en la frente, que no alcanzan á cubrirle las rosas y la yedra de la corona que tiene en la cabeza. Hay una semejanza completa entre el niño azotado y el niño coronado. Los visitantes de la sala suelen hacer comen-

tarios respecto de estos dos cuadros. Algunos de estos comentarios son contradictorios. Se cree que hacen alusion á antiguos acontecimientos de la aldea, y tambien que son simples cuadros alegóricos.

Los dos objetivos principales de la nueva Sala son formar el corazon de los niños educándolos para el bien, y desarrollar su cuerpo y sus sentidos por medio de ejercicios adecuados. Haciéndolos correr y jugar al aire libre, haciéndolos saltar y luchar, el director de la Sala lograba que todos estén robustos, sanos y alegres, y como gritan y se rien libremente en las horas de recreo, su sistema muscular y su sistema nervioso adquieren la fuerza que les es necesaria. La quietud, el silencio, la represion y la falta de aire libre hace á los niños misántropos y débiles. "Formemos bien el corazon de los niños — cosa "fácil porque el corazon del niño es una "blanda cera y guarda eternamente lo que "se graba en él; — hagamos robustos sus "miembros y ejercitados sus sentidos, y "le habremos hecho á la República el ma-

" yor de los bienes. El buen corazon hace
" el buen padre de familia y el buen ciuda-
" dano; los miembros robustos y los sen-
" tidos expertos hacen el buen trabajador.
" La instruccion es una grande ayuda para
" el hombre; pero no basta por sí sola y
" puede llegar á ser un mal, porque un
" hombre instruido y corrompido es peor
" que un monstruo: hay que acompañarla
" de la *educacion*, es decir, de la moral del
" alma y de la higiene del cuerpo." Gil habia hecho grabar esos renglones en bronce y los habia colocado en la entrada del edificio.

IX.

Es una de las altas horas de la noche. Todo en la aldea es silencio, todo en la Sala es quietud. Solo se ve una luz, y esa luz brilla en el fondo de la oscura masa de ésta, como una estrella solitaria en el fondo de un cielo tempestuoso.

Esa luz la despide un quinqué, y de ella se sirve un hombre para leer una carta por la quinta ó sexta vez. El hombre es alto,

bien hecho, hermoso, de maneras dulces y sueltas; tiene corto el pelo de su barba, que es crespo y blondo, y usa la cabellera, que es bastante larga, á estilo nazareno. Las manos de aquel hombre son blancas, mórbidas, y de sus ojos (de un celeste melancólico) se desprenden miradas dulces, profundas, resignadas, como de los ojos de un mártir.

Cuando ese hombre se sonríe, lo que no hace con frecuencia, toda su cara y parte del espacio que rodea á ésta se llenan de una especie de claridad sobrenatural.

Gruesas gotas de sudor se desprenden de la frente de aquel hombre verdaderamente hermoso, quien al enjugar esas gotas levanta sus cabellos y deja ver una cicatriz cárdena en la parte superior de la ceja izquierda.

Aquel hombre es Gil, y en la ocasion presente tiembla y llora. Tiembla y llora por lo que ha leido en la carta que tiene en sus manos, carta que no puede ni quiere soltar ni dejar de leer.

Esa carta es de Ángela, y dice así:

"Señor mio.

Junio de 18....

"Ayer hemos desembarcado en este
" puerto despues de un viaje penoso y des-
" graciado. Aprovecho unas horas de que
" puedo disponer — pues todo el mundo
" duerme en el hotel — para escribiros lo
" que nos ha sucedido. Es bien triste por
" cierto.

" No os fatigaré con la relacion de nues-
" tro viaje á Italia en busca de la salud de
" la señorita; os baste saber que visita-
" mos en vano ciudades, villas, pueblos,
" rios, playas y aldeas apartadas. La se-
" ñorita no encontró alivio en ninguna par-
" te. Cómo encontrarlo? Su enfermedad
" era mortal y la agobiaba una tristeza
" profunda. Las gentes que la veian — y
" á todos interesaba y entusiasmaba — de-
" cian: 'Qué beldad! lástima que desfa-
" llezca y se marchite como una flor de
" otro clima!

" Cambiando de médicos y de aires he-
" mos gastado mucho tiempo. Los invier-
" nos los hemos pasado en África para huir

" del frio. Últimamente fué resuelto en "consulta de médicos que se volviese la "señorita cuanto ántes á su país natal, "para probar la última esperanza de cura "que le quedaba. La señora madre vaciló "mucho ántes de decidirse, y dijo que "habia necesidad de tomar su parecer al "señorito Napoleon-Alejandro, quien — "de paso sea dicho — se habia fastidiado "con nuestras correrías y se habia ido á "vivir alegremente en Paris. Sin embargo, "mi señorita se puso tan contenta con la "decision de los facultativos que dijo: 'Sí, por piedad, llevadme á mi país. No 'quiero curarme acá ni allá, pero deseo 'que mis restos no queden en tierra ex'tranjera.' Era el primer deseo que ma"nifestaba despues de mucho tiempo y la "única cosa que habia hecho sonrosar sus "mejillas.

"Pronto nos pusimos en camino para "acá, pero entiendo que hubo algunas di"ficultades para que recibiesen á bordo á "la señorita, pues decian que su enferme"dad era contagiosa y que estaba yá en

"el período extremo. Los primeros dias
"de navegacion le fueron favorables y las
"brisas del mar le hicieron bien, al decir
"de ella misma. Despues se agravó mu-
"cho, pero como de esta maldita enferme-
"dad se muere úna sonriendo segun he
"oido decir, nadie percibió el peligro, y
"ella me rogó que se lo ocultase á sus pa-
"dres para ahorrarles dolores. Una noche,
"despues de haber hecho que le leyera lo
"que vos habiais escrito para ella, sacó
"la corona marchita y me dijo:

—'Ángela, necesito que me hagas una
'promesa. —Cuál? la dije: yá está he-
'cha. —Esta: si muero en el mar, me
'pondrás esta corona, y despues de que-
'mar estos escritos echarás sobre ella sus
'cenizas.' "Sentí que se me salia el alma
"del cuerpo y estallé en sollozos. —Con-
"solaos, me dijo entónces con una amar-
"gura que hacia esfuerzos por ocultar.
"Esa será mi corona de martirio, como fué
"en él la corona de la expiacion premia-
"da.... en cuanto á las cenizas.... ceni-
"za somos él y yo, y no veo otro modo de

" llevar conmigo esas generosas palabras,
" que tan bien pintan su alma y su bene-
" volencia para conmigo. Le prometí lo
" que quiso. Luégo me dijo: 'Ahora déja-
' me.' Así lo hice, pero en lugar de acos-
" tarme me puse en acecho, pues sospeché
" que tenia algun plan. En efecto, mé-
" dia hora despues salió de su camarote
" y subió sobre la cubierta del buque há-
" cia el lado de la proa. El buque estaba
" tán solo que parecia abandonado. El ti-
" monero mismo era una estatua, y no se
" oia otro ruido sino el de las cadenas del
" timon y el de algunas olas débiles que se
" rompian sobre los costados de la nave.
" Mi señorita estuvo contemplando el cie-
" lo, iluminado entónces por los rayos de
" una luna plácida y cubierto en partes
" con nubecillas blancas y tranquilas. Tra-
" tó luégo de sondear con la vista las pro-
" fundidades del horizonte hácia las cuales
" tendió sus brazos en actitud de despedir-
" se, murmuró un *adios* doloroso y cayó
" de rodillas. Estaba vestida de blanco y
" las brisas saladas del Océano jugaban

" con sus largos cabellos. ¡ Qué hermosa!
" qué santa estaba así ! Corrí hácia ella
" para quitarla de ese ambiente que la
" mataba, pero no alcé en mis brazos sino
" un cadáver. Sara habia dejado de exis-
" tir......

" Al dia siguiente tuvo lugar una escena
" espantosa. Estábamos en plena alta mar
" y á inmensa distancia de la tierra en to-
" das direcciones — ademas, el vapor en
" que estábamos embarcados hacia, como
" todos los vapores de línea, un viaje obli-
" gado y no se habria desviado por nin-
" gun motivo. No hubo modo de embalsa-
" mar el cadáver de la señorita como lo
" quisieron sus desventurados padres, y
" tuvimos todos que resignarnos. Figuraos,
" señor, cuánto sufririamos : el cuerpo de
" la señorita fué puesto dentro de un saco
" de lona junto con una gran bala de
" cañon. Luégo se le colocó sobre una ta-
" bla. Todos los pasajeros y todos los ma-
" rineros estaban presentes : las señoras
" rezaban y lloraban, y los niños veian lo
" que pasaba con ojos espantados. Ofició

" un misionero católico que venia de Je-
" rusalen é iba para el Paraguai. La
" escena fué solemne y desgarradora.
" Cuando llegó el momento terrible, cuatro
" robustos marineros alzaron la tabla so-
" bre sus hombros y la pusieron sobre el
" antepecho de la popa, el misionero ben-
" dijo por última vez el cadáver, pronun-
" ció el *requiesca in pace*.... los marineros
" levantaron la tabla del lado en que esta-
" ba la cabeza de la bella y desgraciada
" vírgen, ésta se deslizó rápidamente, atra-
" vesó el espacio, cayó en el agua, se hun-
" dió, y el Océano volvió á juntar sobre
" ella sus olas por toda la eternidad de los
" siglos. Rogad por ella, señor! rogad
" por ella!"

Así terminaba la carta que Gil habia leido tántas veces. Incomprensibles contradicciones del corazon humano! Gil habia tomado su partido, Gil estaba resignado y habia renunciado á Sara para siempre; sin embargo, la realidad de su desgracia, la consumacion del hecho que él habia aceptado en teoría, estuvo á punto

16

de acabar con su razon y tambien con su vida. Dos ó tres veces, á grandes intervalos, se levantó del asiento en que leia, abrió el balcon de su estancia y buscó anhelosamente en el confin del horizonte la imágen de Sara, la que le pareció ver volando en medio de las sombras del remoto ocaso, vestida de blanco, con los cabellos ondeantes y la cabeza coronada con una corona de yedra y de rosas marchitas cubiertas de ceniza. Un resplandor divino parecia que la guiaba al través del espacio infinito.

Gil se arrodilló y oró.

Despues dijo:

—Habia nacido para el cielo y yá está en él. Me amó como debia ella amar en la tierra. Su memoria me fortificará en mis labores, y seré feliz pensando en que le sirvió de corona fúnebre la que le habria servido de corona nupcial si hubiéramos podido desposarnos.

X.

Algun tiempo despues, en una hermosa tarde de verano, subia un hombre de barba blanca y de blancos cabellos, aunque jóven aún, por el repecho de la colina del cementerio de la aldea. Llevaba debajo del brazo izquierdo unos periódicos y con la mano derecha empuñaba un grueso baston, que le servia de apoyo. Ese hombre, como de costumbre, iba á visitar las tumbas de Tobi, del cura y de la señora Berta. Al llegar á éstas, leyó el capítulo del Evangelio que le correspondia aquella tarde. Luégo se puso á ojear los periódicos y en uno de ellos encontró el artículo que va en seguida, el cual le llamó la atencion por el título. Ese artículo decia así:

COMBUSTION ESPONTÁNEA.

“Entre las calamidades que afligen á la
“humanidad no hay otra más misteriosa
“en sus causas que la combustion espon-

"tánea, ni más espantosa en sus efectos.
"Este hecho extraordinario, que los anti-
"guos desconocieron y la realidad del cual
"ha sido contestada por mucho tiempo, se
"halla yá clasificado irrevocablemente
"entre los fenómenos positivos aunque no
"explicados, y consiste en la inflamacion
"y combustion espontánea del cuerpo hu-
"mano, interior y exteriormente. Este in-
"cendio del cuerpo humano casi no se ve-
"rifica sino en individuos dados por mucho
"tiempo al uso excesivo de las bebidas
"espirituosas. Estos viciosos, empapados
"en espíritu, arden de repente y se consu-
"men sin que se pueda apagar la llama
"que los devora. Esta llama — idéntica
"en su naturaleza ligera y en su color
"azulado á la que se levanta en la super-
"ficie del aguardiente y del alcohol — pa-
"rece que concentra toda su terrible ener-
"gía en el cuerpo humano, en el que pe-
"netra fácilmente, al tiempo mismo que
"no tiene accion ninguna sobre las otras
"materias. Sin exhalar humo, sin dar
"calor, sin dejar vestigio ninguno de su

"tránsito, toca sin alterar las sustancias "más inflamables y quema á su víctima con "gran fuerza y actividad, sin ofender otra "cosa. Huesos, pellejo, carne, partes infe- "riores, pulmones, entrañas, nervios, mús- "culos todo queda devorado, consumido "y hecho ceniza. Algunos puñados de "polvo amontonados en el sitio en donde "acaba la víctima es lo que queda de ella, "y miéntras chorrea la grasa liquidada "fuera de aquel horno, solo los cabellos— "que nunca son atacados — pueden ates- "tiguar que aquellos miserables restos "pertenecian á un sér humano. Á las ve- "ces perdona el fuego miembros enteros, "pero éstos entran inmediatamente en "una horrorosa putrefaccion.

"En el desgraciado caso que nos ha "puesto la pluma en la mano, el lance "tuvo lugar en una comida de gentes li- "bres y la combustion se produjo porque "la víctima equivocó el cabo de su cigarro "y se lo puso en la boca por el lado del "fuego. En el momento se le prendió "aquélla, y llamas azuladas y pavorosas

"le empezaron á salir por boca, narices, "ojos y orejas. Los convidados se aparta- "ron de él con horror y gritaron: *la com-* "*bustion! la combustion!* Luégo formaron "grupo al rededor de él y lo vieron arder "con ojos extraviados por el terror y por "la crápula. Parecian algo así como almas "de condenados mostrándose unas á otras "á Satanas vestido con su manto de fuego!

"A pesar de todas las investigaciones "científicas sobre un fenómeno tan extra- "ordinario como éste, los pocos casos en "que él puede ser observado hace que "sean incompletas las explicaciones que "hasta ahora se han dado acerca de su "naturaleza y de los sistemas que se han "expuesto para explicar cómo el cuerpo "humano puede llegar á un estado propio "para esta combustion. Hay sabios que "sostienen que el cuerpo conveniente- "mente preparado puede abrasarse espon- "táneamente, esto es, sin que se ponga en "contacto con el fuego; pero otros afirman "que para que se verifique la inflamacion "es indispensable que una parte del cuerpo

"se ponga en contacto con el fuego, y que "cuando esa parte es la boca el caso es "fulminante.

"Desde tiempos muy antiguos son cono- "cidos dos casos de combustion humana "espontánea. En el primero de ellos el "fuego consumió á un tiempo á un hombre "y á una mujer que bebian inmoderada- "mente licores fuertes. Se dice que la "combustion apareció en una de las vícti- "mas y que la otra se prendió queriendo "socorrer á su compañera. En el segundo "caso pereció una mujer. La mayor parte "de su cuerpo quedó en estado de inci- "neracion, y la pieza en que estaba y "los objetos que la rodeaban no conserva- "ron ninguna señal del fuego. La mujer "habia sido atacada junto de la chimenea "y probablemente cuando se ocupaba en "encender algun leño soplando sobre él. "Cayó contra una silla, á la cual no le su- "cedió nada, y ni siquiera se quemó el "pedazo de piel de carnero de los zuecos "que tenia puestos, á pesar de que por la "posicion de los restos del cadáver se

"comprendió que los piés habian estado
"en el foco del fuego.

"En la Edad-Média y siglos subsiguien-
"tes habia yá noticia de la combustion
"espontánea, pero tenida por una cosa
"milagrosa no habia dado lugar á ninguna
"observacion científica. A principios del
"siglo XVIII se formó causa á un hombre
"acusado de haber muerto á su mujer
"quemándola, sin reparar que es mate-
"rialmente imposible destruir un cuerpo
"humano con el fuego ordinario sin dejar
"señales del incendio.

"Por lo general, la apoplegía mata al
"individuo en el primer instante de la
"combustion; otras veces el desgraciado
"arde á fuego lento. En los anales de la
"medicina se hace mencion de un hombre
"que murió despues de cuatro dias de in-
"flamacion. El individuo que acaba de
"perecer tan tristemente era un surame-
"ricano, hombre distinguido y de gran
"fortuna. No han quedado de él sino los
"cabellos, que la policía ha recogido para
"enviárselos á sus padres. Su nombre era
"Napoleon-Alejandro de......"

Poco á poco se fueron apagando los tenues resplandores del crepúsculo y la noche cubrió con sus sombras todos los ángulos del cielo. No por eso el hombre del cementerio se retiró de él. Sin duda esperaba algo. En efecto, cuando yá la oscuridad de la tierra se hubo mezclado con la de la altura, creyó que sus ojos, siempre clavados en el remoto ocaso, veian una mujer vestida de blanco, con los cabellos ondeantes y la cabeza coronada con una corona de rosas y de yedras marchitas cubiertas de ceniza. Un resplandor divino parecia guiarla al través del espacio infinito. El hombre siguió á aquella vision hasta que la perdió de vista. Entónces bajó de la colina y al entrar en su casa dijo á una mujer que lo esperaba en la puerta:

—Vamos á la capilla del Asilo, Ángela. Debemos pedir á Dios por el alma de un muerto.

—Vamos, hermano, le contestó Ángela.

FIN.

Propiedad de

Mariana

Machiedo

Dominguez

shoulc
or befo

e cents
nt beyo

